

dó ir, para que por aquella parte fuese recogiendo gente é impidiendo que ninguno viniese por allí á Centeno, diciendo que luego él partiría por los llanos haciendo lo mismo. Y así quedó Gonzalo Pizarro aprestando y aparejando lo necesario para la partida.

CAPÍTULO LXIII

Cómo estando Gonzalo Pizarro aparejando su partida la dejó por la venida de los navíos á Lima, y sacó la gente al campo, y el capitán Peña vino á hablar á Gonzalo Pizarro, y le trajo los despachos, y lo que en razón dellos pasó en la consulta.

Lo que se acordó en la consulta.—Sale Gonzalo Pizarro de Lima con la gente.—Envía Pizarro á Juan Fernández á los navíos.—Viene el capitán Peña á hablar á Pizarro.—Lo que persuade Pizarro al capitán Peña.—Llama á consulta Gonzalo Pizarro.—Lo que dijo Carvajal en la consulta.—Pláticas entre Carvajal y Cepeda.—Dicho de Francisco de Carvajal.

Estando Gonzalo Pizarro en esto, vínole nueva que la armada que traía Lorenzo de Aldana había parecido quince leguas de Lima, y, habiendo consultado lo que sobre el caso se debía proveer, acordóse que Gonzalo Pizarro sacase toda la gente de la ciudad y se fuese á poner con ella cerca de la mar, temiendo que si una vez llegasen los navíos al puerto tendría lugar quien quisiese para irse á embarcar. Luego se dieron pregones para que ninguno se quedase en la ciudad, so pena de muerte, y dióse orden que para efecto de ejecutar los pregones se quedase dentro el Maestro de campo con cien arcabuceros. Andaba la gente tan asombrada y turbada con el temor de la muerte, que no tenían ánimo para huir, aunque en voluntad lo tuviesen, y muchos hubo que se escondieron por los cañaverales y arcabucos y cuevas, y al tiempo que Gonza-

lo Pizarro había de salir otro día con la gente, descubriéronse los navíos junto al puerto del Callao de Lima, con lo cual se alborotaron más, y tocando arma salió Gonzalo Pizarro con la más gente que pudo, y con banderas tendidas asentó real, una legua de la ciudad, que es en medio del camino que hay de la ciudad á la mar. Tomó aquel sitio para que los de la mar no saltasen en tierra ni los suyos se pudiesen embarcar. Proveyó que estuviesen ocho de á caballo junto á la mar para efecto que, si alguno de los navíos saltase en tierra, no pudiese volver á ellos, ni echar cartas, ni hacer otra diligencia alguna, y así estuvieron hasta otro día que Gonzalo Pizarro envió á Juan Fernández, vecino de los Reyes, para que fuese en una balsa á los navíos y dijese á Lorenzo de Aldana le enviase un caballero de los suyos y que él quedase en rehenes para tratar la razón de su venida, y como Juan Fernández pareció solo en la costa, luego del armada se envió á Juan Alonso Palomino en un batel, donde tomó á Juan Fernández y le llevó á la Capitana.

Entendido, pues, por Lorenzo de Aldana la razón de su venida, envió al capitán Peña (hombre práctico y experimentado en la guerra) quedando en su poder Juan Fernández. Mandó Gonzalo Pizarro que Peña no entrase en el real hasta ser de noche, porque no pudiese hablar á nadie; Peña le dió la carta que traía de creencia del perdón general y poder que el Presidente traía con la revocación de las ordenanzas, y, habiendo mandado salir fuera á los capitanes, quedando á solas con Peña, le dijo y persuadió que diese orden como pudiese haber el galeón á sus manos (que era do estaba toda la fuerza de la armada) haciéndole grandes ofertas y ofrecimientos si se efectuase; el capitán Peña rehusó tan sucio trato con buenas y coloradas razones, y se volvió á la armada, viniendo luego á tierra Juan Fernández que quedaba en rehenes. Luego Gonzalo Pizarro llamó á consulta las personas de quien más confianza tenía y les hizo jurar que no comunicarían á nadie lo que allí se tratase, y mostróles los despachos que Peña había traído y encargóles que los viesan muy bien y le diesen libremente su parecer.

Los cuales, siendo bien vistos y entendidos, se comenzaron á rogar sobre quién había de hablar primero, con palabras de comedimiento, semblantes y ademanes, especialmente el licenciado Cepeda y Francisco de Carvajal. El cual (después de haberse rogado con Cepeda y que Gonzalo Pizarro le mandó hablar) dijo: "Señores, lo que á mí me parece es que estas son buenas bulas y que las debe tomar el Gobernador, mi señor, y todos nosotros, porque traen grandes indulgencias„. Replicó el licenciado Cepeda, diciendo: "¿Y qué es la bondad que tienen?„. Respondió Carvajal estrechándose de hombros: "Señor, que son muy buenas y muy baratas, y así las debemos tomar y traerlas por reliquias al cuello„. Dijo entonces Cepeda á manera de escarnio: "Ya tiene miedo el Maestro de campo„; y algunos murmuraban de Francisco de Carvajal, y sintiéndolo les dijo: "Yo, señores, doy mi parecer y voto como servidor del Gobernador, mi señor, que, en lo demás, tan buen palmo de pescuezo tengo para el cabestro como cada uno de vuestras mercedes„. Gonzalo Pizarro barajó luego la plática mandando que no se tratase más del negocio. Y con esto salieron de la consulta sin resumirse en cosa alguna. Luego, incontinenti, quemó Gonzalo Pizarro los despachos, haciendo grandes fieros que castigaría ásperamente á quien los traía y á quien se los enviaba, como había hecho á todos los que le habían ofendido.

CAPÍTULO LXIV

Cómo del campo de Gonzalo Pizarro se huyeron muchas personas y fueron tras ellas, y estando Hernán Bravo para le ahorcar, fué suelto por una su parienta, y luego se tornó á huir.

Los que se huyeron de Pizarro á los navíos.—Envía Pizarro tras los huídos.—Prenden á Hernán Bravo y mándale Pizarro ahorcar. Perdona Pizarro á Hernán Bravo y luego se huye.—Húyese Martín de Robles y otros con él, y vánse para el Presidente.

Cuando Gonzalo Pizarro salió de Lima para sitiá su campo, dejó por su Alcalde mayor á Pero Martín de Sicilia, y con orden que, si alguno se quedase en la ciudad sin su licencia, luego sin dilación le ahorcase; y que lo mismo hiciese al que sin licencia viniese del campo á la ciudad. Vinieron, pues, del real, con licencia, algunas personas á proveerse en Lima de cosas necesarias (á lo menos con esta ocasión) entre los cuales fueron Vasco de Guevara, Hernán Bravo de Laguna, Diego Tinoco, Nicolás de Rivera, Francisco de Ampuero, Alonso de Barriónuevo y otros sus amigos y aliados; y todos juntos se huyeron con sus armas y caballos, y, siendo vistos por las guardas, dieron luego mandado á Gonzalo Pizarro, y mandó que luego los siguiese Juan de la Torre con algunos arcabuceros; el cual los siguió más de ocho leguas, y no los pudiendo alcanzar se volvió, y en el camino topó de vuelta á Hernán Bravo (que por se haber detenido en al-

guna cosa se había quedado atrás) y prendióle, y llevándole á Gonzalo Pizarro luego le mandó ahorcar. Y estando Hernán Bravo de rodillas pidiendo misericordia á Gonzalo Pizarro, rogando que le perdonase, Hernando Bachiaco le quitó arrastrando por las barbas para le ahorcar, mas, intercediendo por él una su parienta, Pizarro le perdonó. Y de ahí á tres horas que esto pasó se huyó el capitán Alonso de Cáceres y este Hernán Bravo y otros muchos. Causó en el real grande alboroto la huída desta gente, porque había muchos entre ellos que desde el principio habían seguido á Gonzalo Pizarro y metido grandes prendas. Otro día siguiente el capitán Martín de Robles se fué á la ciudad con achaque de proveer de cosas necesarias á sus soldados, y debajo desta cautela llevó muchos de los de su compañía, y en llegando á la ciudad salió con treinta dellos en buenos caballos la vuelta de Trujillo en demanda del Presidente. Luego vino la nueva al real, y fué tanto el escándalo y alboroto que hubo que no se podía creer menos sino que aquel día todos se huyesen ó matasen á Gonzalo Pizarro. El cual procuró de lo apaciguar lo mejor que pudo, mostrando no tener pena por los que se le habían huído, mas antes placerle por ello por mejor apurar sus amigos, afirmando que con sólo diez buenos amigos que le quedasen había de conservarse y conquistar de nuevo todo el Perú.

CAPÍTULO LXV

Cómo se huyeron el capitán Lope Martín y el licenciado Carvajal y otros muchos, y Gonzalo Pizarro alzó su campo y se partió para el Cuzco.

Húyense de Pizarro Lope Martín y otros.—Canta Francisco de Carvajal.—Consideración de los soldados de Pizarro.—Natural condición de tiranos.—Ahorcó Carvajal doce hombres sin confesión.—Dicho de Carvajal.

En todo el tiempo que Gonzalo Pizarro tuvo allí sitiado su campo, siempre los de la armada estuvieron muy comedidos en palabras y hechos, y ponían muchos despachos por la costa en varas hincadas y banderillas en ellas; y á los que por ellos venían se les daba seguridad y con ella los tomaban y llevaban al real de Pizarro y otras partes sin que de los navíos se les tirase tiro alguno; porque en todo se cumplió la instrucción que en Panamá el Presidente les había dado.

Viendo, pues, Gonzalo Pizarro, lo que pasaba, determinó alzar su real para otro día por la mañana; y habiendo prevenido para hacerlo aquella noche se huyó Lope Martín, vecino del Cuzco, á vista del real; y venida la mañana mandó que la gente caminase para se poner dos leguas de aquel sitio junto á una grande acequia, poniendo muchas guardas y corredores para que nadie se le pudiese huir. Y pareciéndole que toda la dificultad estaba en sacar la gente diez leguas de Lima, mandó al licencia-

do Carvajal que velase aquella noche para que ninguno se fuese. Empero, cuando la gente estaba sosegada, él se huyó la vuelta de la ciudad de los Reyes para irse á Trujillo, llevando mucha gente en su compañía; y esta misma noche se huyeron Gabriel de Rojas con Gabriel Bermúdez y Gómez de Rojas con otras personas de calidad. Venida la mañana, como Francisco de Carvajal entendió lo que pasaba, comenzó á cantar á voz en tono:

Estos mis cabellicos, madre,
dos á dos me los lleva el aire.

Sintió esto mucho Gonzalo Pizarro, temiendo é imaginando ya su perdición, y sintió especialmente la ausencia del licenciado Carvajal; y hacía muchas conjeturas y consideraciones sobre qué podía haber sido la causa de haberse huido. Increpaba asimismo por le haber quitado la jornada de Juan de Acosta, y sobre esta razón cargaba mucho la culpa á Francisco de Carvajal, porque le había instituído y aconsejado le quitase aquella jornada. Carvajal se disculpaba con decir, pues ahora se había huido arriesgando la vida, que mejor lo hiciera si le diera la gente como á Juan de Acosta. En fin, el campo quedó tal, con la huída destes, que no se osaban mirar los unos á los otros.

Consideraban los soldados que, pues el licenciado Carvajal se había ido al Rey, sabiendo los negocios y secretos de Gonzalo Pizarro, habiendo metido tantas prendas y cortado la cabeza al Virrey, que era bien que todos así lo hiciesen. Los vecinos, pues, también decían y consideraban lo mismo. Otro día siguiente, caminando Gonzalo Pizarro con toda su gente, á vista de todo el campo y de sus ojos, se huyeron Francisco Guillada y Juan López (dos buenos soldados) dando voces y apellidando "¡viva el Rey y muera el traidor de Pizarro!". Lo cual hicieron confiados en los buenos caballos que llevaban; era ya tanto lo que Pizarro se recelaba de todos, que á nadie consintió que los siguiese, con temor que todos se le huirían, y viendo ya sus amigos por enemigos, unos en el puerto y otros en casa, no sabía de quien confiar pudiese,

y de todos generalmente se temía (como es natural condición de tirano).

Dando otra noche siguiente gran priesa á caminar por los llanos la vuelta de Arequipa, se huyeron muchos arcabuceros y algunos de caballo. Y así de toda parte que el real se juntaba se disminuía la gente, puesto que ahorcó Carvajal doce hombres que dellos se tomaron, sin dilación alguna y sin dar lugar á que ninguno dellos se confesase; y si alguno pedía confesión con instancia, le decía que no tuviese dello pena, porque él le pondría en un momento con Dios para que con él se confesase *facie ad facien*; y allende los que Carvajal justificó, á otros muchos mataron á lanzadas y á estocadas. Así que desta manera iba Gonzalo Pizarro caminando, recelándose no le diesen de noche alguna arma falsa que fuese ocasión que todos se le huyesen. Desta suerte, pues, llegó Pizarro á la Nasca (cincuenta leguas de la ciudad de los Reyes) con sólo doscientos hombres, porque todos los demás se le habían huído.

CAPÍTULO LXVI

Cómo los que quedaron en Lima alzaron bandera por su Magestad é hicieron pregonar el perdón general y la revocación de ordenanzas, y de lo que proveyó Lorenzo de Aldana.

Álzanse los de Lima por el Rey.—Lo que muchos afirmaron deste alzamiento.—Bandos y parcialidades del Perú.—Las cosas que hizo y proveyó Lorenzo de Aldana.

Dos días después que Gonzalo Pizarro salió de Lima, el alcalde Martín Pizarro y Antón de León y don Antonio de Rivera, y otras personas que, con licencia de Gonzalo Pizarro, se habían quedado, sacaron el pendón de la ciudad y alzáronle en nombre de su Magestad, y pregonáronse las provisiones reales (que ya Lorenzo de Aldana se las había enviado) y es cierto que muchos afirman (aunque no es de creer) haber mandado Gonzalo Pizarro que lo hiciesen, por razón que los que se le habían huído no ganasen aquel honor, y, haberse echado esta fama, puédesse juzgar ser invención de gente del Perú que, por sus pretensiones, bandos y parcialidades, usan de semejantes ardidés y quimeras, especialmente aquéllos en cuyos ánimos está arraigada aquella enemistad y pasión antigua de Pizarro y Almagro, que cierto es muy dañosa á los que han querido escribir las cosas del Perú. Alzada, pues, la bandera por el Rey y la ciudad reducida á su servicio, al-

gunos que en la ciudad se habían quedado, y otros que se habían huído, acudieron á la mar y dieron dello noticia á Lorenzo de Aldana. El cual estaba con mucho recato recogiendo los que á la mar se acogían, y para este efecto estaba en la costa el capitán Palomino con cincuenta hombres y los bateles á punto para recogerse siendo necesario. Porque se temía que Gonzalo Pizarro había de revolver sobre la ciudad, sabiendo cómo se le habían rebelado, y para efecto de saber prestamente el aviso proveyó que doce de á caballo, de los que se habían huído de Pizarro, estuviesen por los caminos para venir á toda furia á dar aviso de cualquier novedad que hubiese. Proveyó también polvoristas que fuesen á hacer gran cantidad de pólvora y otros que fuesen á hacer picas, y ocupó herreros en hacer hierro para ellas y en hacer y aderezar arcabuces. Asimismo proveyó que el capitán Alonso de Cáceres estuviese en Lima recogiendo la gente, y que Juan de Illanes subiese con la fragata la costa arriba á echar en el puerto de Arequipa un religioso, y á Pantaleón, clérigo postugués, para que allí diesen los recados, y de allí fuesen al Cuzco y diesen aviso á Diego Centeno y á Alonso Alvarez de Hinojosa y á los demás que allí estaban de lo que pasaba en Lima y de la ida de Juan de Acosta y de Gonzalo Pizarro. Encargándoles mucho que no rompiesen con ellos si no fuese sobre tener cierta la victoria, salvó que se entretuviesen hasta que todos se juntasen. Y esta fragata se partió de noche porque no viesen ir y diesen dello noticia á Gonzalo Pizarro. Envió por tierra también mensajeros prácticos y confiadados para que fuesen á Arequipa con cartas y recados para personas particulares, y que pasando más adelante llevasen otros al capitán Alonso de Mendoza y á Juan de Silveira. Proveyó también cómo por medio de indios se echasen también cartas y despachos semejantes en el real de Juan de Acosta para muchas personas, con el perdón general y poder del Presidente. De manera que en toda parte se tuviese noticia de la benignidad y clemencia que su Magestad usaba con todos los del Perú, y casi todos estos despachos vinieron á manos de aquellos á quienes

iban dirigidos, y tuvieron buen suceso, de donde resultó grande utilidad y provecho. También escribió á Juan de Espinosa, que estaba en Andaguailas, de quien Lorenzo de Aldana había recibido cartas y aviso de lo que en aquella comarca pasaba.

CAPÍTULO LXVII

Cómo se publicó que Gonzalo Pizarro daba la vuelta para Lima y puso en rebato la ciudad, y, sabiendo ser nueva fingida, Lorenzo de Aldana y los capitanes del armada saltaron en tierra.

Echa fama Pizarro que revuelve sobre Lima y la causa.—Manda enterrar Gonzalo Pizarro quince cargas de oro.—Entra Lorenzo de Aldana en Lima.

Entretanto que estas cosas pasaban no salió de la mar el capitán Lorenzo de Aldana, y de allí proveía todo lo necesario; y teniendo relación que á Pizarro le llevaban aviso de lo que se hacía, enviaba cada día corredores para lo estorbar y tener lengua de Gonzalo Pizarro. Diéronle en este tiempo relación que revolvía con todo su campo, lo cual fué forjado por el tirano, y escribióse por causa que no le fuesen á dar arma y los soldados se le huyesen. Sabido, pues, esto, en la ciudad de los Reyes, puso grande alboroto y turbación, así por no ser bastantes para resistirlos si revolviesen, como por la gente no estar puesta en orden ni debajo de capitanes y oficiales de guerra como era necesario. Visto esto se acordó de no le esperar en la ciudad, y así, los que no tenían caballo acudieron á la mar, y otros salieron del pueblo por el camino real de Trujillo; otros se dividieron por estancias y lugares secretos y arcabucos, cada uno do mejor le parecía; y desta suerte anduvieron alborotados aquella noche y el

día siguiente hasta que se tuvo nueva cierta que Gonzalo Pizarro iba prosiguiendo su camino á mucha furia. Luego se recogieron todos á la ciudad, y cada día venía gente de los que se huían, los cuales daban relación de lo que en el real de Pizarro pasaba; y la última nueva fué que Gonzalo Pizarro iba con gran temor de su misma gente, que llevaba gran recato y guardas para que no se le huiesen. De todo lo cual daba Lorenzo de Aldana relación al Presidente por mar y por tierra, y á todas partes del Reino. Finalmente, Lorenzo de Aldana tuvo nueva que Gonzalo Pizarro había pasado de la Nasca y que iba ya más de ochenta leguas de Lima, y que había mandado al padre Diego Martín, clérigo, que, con dos negros que consigo llevaba, atravesase por unos despoblados con quince cargas de oro y lo enterrase. Esto decían haber hecho con temor que tenía que, por tomárselo, los suyos le matarían.

Sabido, pues, todo por Lorenzo de Aldana, á los nueve de Septiembre de cuarenta y siete, saltó en tierra, y con él los demás capitanes y gente de guerra que tenía; y los de la ciudad le salieron á recibir con mucha gente de pie y de caballo, dejando Lorenzo de Aldana en guarda de la mar al alcalde Juan Fernández (de quien hemos hecho relación) entregándole la armada con la ceremonia que se requiere. Luego Lorenzo de Aldana procuró poner buena custodia y guarda en la ciudad, pertrechándose de todo lo necesario.

CAPÍTULO LXVIII

Cómo Gonzalo Pizarro escribió á Juan de Acosta que se juntase con él, y Martín de Olmos se huyó con muchas personas, y Acosta llegó al Cuzco, y, habiendo salido de la ciudad, se huyó Martín de Almendras y en el Cuzco alzó bandera y se vino á Lima, y Juan de Acosta llegó á Arequipa y se juntó con Gonzalo Pizarro.

Escribe Pizarro á Juan de Acosta.—Publica Juan de Acosta nuevas falsas.—Lo que el Obispo de Quito persuade á Juan de Acosta.—Respuesta de Juan de Acosta.—Alza Martín de Olmos bandera por el Rey.—Mata Juan de Acosta algunos de los que se huyeron.—Huye Martín de Almendras con otros veinte.—Lo que ordinariamente acaece á los tiranos.

Al tiempo que estas cosas pasaban en la ciudad de los Reyes, iba Juan de Acosta caminando por la sierra hacia el Cuzco con sus trescientos hombres bien aderezados. Al cual, Gonzalo Pizarro, escribió con fray Pedro, arcabuce-ro, mandándole que se fuese por cierta parte á la ciudad de Arequipa á juntarse con él, y que allí le esperaría y que lo tuviese secreto hasta que con él se juntase. Luego Juan de Acosta publicó que las nuevas que fray Pedro le había traído, eran de prósperos sucesos de Gonzalo Pizarro y de la gente que se le juntaba, y que había enviado personas confiadas para que, fingiendo que iban huídos y descontentos, se alzasen mañosamente con el armada; pasó á esta sazón por aquel camino el Obispo de

Quito, que venía del Cuzco, y procuró persuadir á Juan de Acosta viniese al servicio de su Magestad, poniéndole delante las mercedes que su Magestad hacía por medio del licenciado Gasca á todos los de la tierra, y díjole la llegada de la armada á la ciudad de los Reyes y de los que se habían huído de Gonzalo Pizarro (de lo cual ya Juan de Acosta y los que con él estaban tenían ya noticia por los despachos que Lorenzo de Aldana había enviado de Lima, que los indios habían colgado en árboles por los caminos por donde pasaban). Acosta respondió al Obispo que por la vida ni por todo el mundo no había de hacer cosa fea (como si lo fuera acudir á su Rey y dejar el camino de traidor).

Viendo, pues, el Obispo, el obstinado ánimo de Juan de Acosta, y que persuadirle era martillar en hierro frío, habló al capitán Martín de Olmos y á Páez de Sotomayor, los cuales concertaron con ochenta personas que todos juntos hablasen á Juan de Acosta que se redujese, y que si no lo quisiese hacer, le matasen. Y antes de lo efectuar, fueron sentidos por haber sido tantos en este concierto, y entendiéndolo Martín de Olmos, alzó su bandera á medio día, y dijo, que, con quien le quisiese seguir, se quería ir á servir á su Magestad, y acudiéronle cincuenta hombres, y muchos dellos de los principales que Juan de Acosta llevaba, y entre ellos Páez de Sotomayor. Juan de Acosta les fué siguiendo doce leguas, y en el camino se quedaron algunos dellos, que serían doce ó trece, que mató Juan de Acosta. Y todos los demás se escaparon con Martín de Olmos y se fueron á Jauja. Juan de Acosta hizo información y prendió algunos, y fué caminando para el Cuzco, matando por el camino á los que tenía por sospechosos y que se querían huir. Llegado que fué al Cuzco quitó las varas á los Alcaldes que las tenían por su Magestad, de Diego Centeno, y puso por Alcalde á Juan Vázquez de Tapia, y tomó luego la vía de Arequipa para juntarse con Gonzalo Pizarro; y en el camino se le huyeron, dos á dos y tres á tres, más de treinta hombres que se vinieron á Lima.

Desta manera, pues, salió Juan de Acosta del Cuzco,

y á diez leguas de la ciudad se le huyó el capitán Martín de Almendras con veinte hombres de los mejores que llevaba; el cual, volviéndose al Cuzco y con la gente que en la ciudad había, quitó las varas á los Alcaldes y las dió á otros en nombre de su Magestad, y envió preso el uno de los Alcaldes á la ciudad de los Reyes. Viendo Juan de Acosta que cada día se le menguaba la gente, determinó guardar bien su persona y alargar las jornadas por asegurar su vida. Y, desta manera, llegó á Arequipa con cien hombres de los trescientos que de los Reyes había sacado, donde halló á Gonzalo Pizarro con sólo trescientos y cincuenta; y estaba muy confuso y atónito de ver sus desastrosos sucesos, viéndose tan abatido y bajado del mando que poco antes tenía en común contento de todo el Reino. Lo cual ordinariamente siempre acaece á todo tirano, porque así como la tiranía sube y se ensalza con la voz y alabanza del vulgo, así, por el consiguiente, se abaja y abate cuando cesa y se olvida la voz popular; como y de la manera que agora se ve en Gonzalo Pizarro, que habiéndole poco antes el incipiente, rudo y confuso vulgo, inconsideradamente y sin tener atención á su propio daño, alzado en la cumbre del señorío y mando que tenía, agora, despertado de su sueño, y advertido del yerro en que estaba, le sigue y persigue por todas partes procurando su caída.

Y dejándolos en los lugares y de la manera que está dicho, volveremos á contar lo que hizo el Presidente Gasca después que despachó á Lorenzo de Aldana y á los capitanes, gente y navíos que envió de Tierra Firme.

CAPÍTULO LXIX

Cómo estando el presidente Gasca en Panamá recibió una información hecha contra Diego García de Paredes, y lo que en ella se contenía y lo que sobre ella hizo y proveyó el Presidente.

Llega á Gasca una información contra Diego García de Paredes.—Lo que mandó Gasca sobre la información.—Ruegan al Presidente por Diego García de Paredes.—Perplejidad del Presidente.—Manda Gasca traer á Diego García de Paredes para ir en su compañía.

Al tiempo que el licenciado Gasca, Presidente del Perú, estaba en Tierra Firme dándose priesa con mucho cuidado para aviar á Lorenzo de Aldana y los demás capitanes y gente, casi al fin de su partida recibió del Nombre de Dios una información que allí había tomado don Pedro Cabrera contra el capitán Diego García de Paredes, que á aquel puerto había llegado. Por la cual parecía que él se había salido de la Corte de su Magestad (que á la sazón estaba en Flandes) muy descontento y con deseo loco de hacer algún deservicio, y que, entendiéndose esto ser así, en Sevilla se había mandado que ninguno le pasase. Y que, sin embargo, á título de criado de Cristóbal Gutiérrez (Regidor de Plasencia) se había embarcado y había dicho en el viaje grandes liviandades, representado lo mucho que pensaba ayudar á Gonzalo Pizarro, y que llegado al Nombre de Dios y entendido que aquello estaba reducido, había mostrado por ello pena y dicho pa-

labras de injuria contra los que allí tenía Pizarro, por haber dejado su voz y servicio por el Rey, y que no se había querido desembarcar hasta que don Pedro Cabrera le había sacado y puesto en prisión.

Vista, pues, la información, por el Presidente, sin dar parte á nadie, dió mandamiento para que don Pedro le tuviese preso, y que. á costa de Cristóbal Gutiérrez y del maestro del navío, le tornasen á enviar en el primer navío que partiese, preso y á buen recado. Lo cual no se pudo hacer tan en breve que no lo supiesen el Obispo de los Reyes, y Pedro de Hinojosa, y Lorenzo de Aldana, que todos eran deudos de Diego García, y éstos con grande instancia, por sí y por el mariscal Alonso de Alvarado, rogaron al Presidente no le mandase volver á España, sino que fuese á servir con ellos á su Magestad, prometiendo que sería el que debía, porque ellos le darían á entender el feo y vano yerro que había concebido en apartarse de su Rey, en el cual todos sus pasados siempre habían sido tan fieles y gastado sus vidas. Empero, no pudiendo atraer al Presidente en esto, le pidieron que á lo menos holgase que le trajesen allí á Panamá, y que, comunicándole, si le pareciese todavía que no convenía, le podría entonces tornar á enviar. Puso esto en perplejidad al Presidente por se le ofrecer hombre tan peligroso y que tan ruin pensamiento traía. Y también que se atrevía mucho, habiéndose en España mandado que no pasase á las Indias, llevarle consigo; y que asimismo recibirían aquellos sus deudos mayor descontento de tornarle á enviar desde Panamá, habiéndole hasta allí traído y visto y conservado que no si le enviase del Nombre de Dios. Por otra parte, se le ofrecía considerar la desgracia que aquellos deudos suyos (que eran personas tan principales en su negociación) recibirían de no condescender en lo que le rogaban, y aun también que concebirían dél que tenía la dureza y crueldad que en el Perú se había publicado, que era opinión que para el negocio á que iba no convenía; y que parecía que no se podía creer que Diego García estuviese tan dañado y duro que aquellos sus deudos no le pudiesen quitar del propósito que traía, especialmente

donde á ellos les iba tanto que la negociación tuviese buen fin. Y así determinó de mandar que le trajesen á Panamá y que se fuese en su compañía, ofreciéndole que sería premiado de lo que antes había servido y de lo que adelante sirviese. Y considerando el Presidente lo que á él mismo le iba (ya que contra la información que tenía le llevaba) en que sirviese como era obligado, procuró de hacerle todo buen tratamiento y mostrarle mucho amor. Y así, cuando los navíos se partieron, quedó Diego García con el Presidente muy en gracia y favorecido.

CAPÍTULO LXX

Cómo estando el Presidente aprestando su partida, le pidieron socorro contra los franceses que habían llegado á Santa Marta, y lo que en ella sucedió, y cómo el Presidente se hizo á la vela con el armada.

Hacen saber á Gasca que hay franceses en Santa Marta.—Confusión del Presidente.—Lo que proveyó Gasca.—Llega nueva al Presidente del desbarato de los franceses.—Hácese á la vela el presidente Gasca.

Partidos que fueron los tres navíos y fragatas, puso el Presidente gran diligencia en aderezar su partida, que cierto fué trabajada por todos como si á cada uno el negocio en particular tocara. Y así cada cual se desvelaba en lo que le era encomendado y ponía sus fuerzas con tanta llaneza y obediencia, que los obispos y clérigos y los capitanes y demás principales personas eran los que primero echaban mano y tiraban de las guminas y cables de los navíos para los sacar á la costa, y para echarlos después al agua y embarcar la artillería y hacer todo lo demás, con mirar hartó menos á su autoridad y con mayor diligencia que los marineros y la otra gente baja, en lo cual no se ponía pequeño deseo á éstos para más trabajar. Dándose, pues, tanta priesa en su partida, y estando casi á punto de embarcarse, hiciéronle mensajero de Cartagena y Santa Marta con un bergantín, haciéndole saber cómo en Santa Marta quedaban dos navíos franceses y un pataje y mucha gente dellos dentro del

pueblo, pidiendo al Presidente les diese ayuda y socorro, porque robado aquel pueblo venía á hacer lo mismo á Cartagena.

Puso mucha confusión en el Presidente esta nueva, porque dejar de partir por ocuparse en aquello no se sufría, así por ser ya tan tarde para la navegación de la mar del Sur como por ir ya delante los navíos que con los capitanes se habían enviado, á los cuales no se sufría sino seguir con toda brevedad y dejar al menos lo de Cartagena (estando tan á la mano), sin ayuda parecía cosa de inmunidad; por lo cual acordó que en el Nombre de Dios, de algunos vecinos y gente de la mar que allí estaban y navíos para volver á España, se aderezasen barcos y los navíos que allí estaban más prestos y que se metiesen en ellos, llevando por sus capitanes algunos soldados de los que con él habían de ir, y que entre éstos fuese Diego García de Paredes, pareciéndole al Presidente que no sólo ayudando en aquello comenzaría á tomar más amor al servicio de su Magestad, mas que también él se excusaría de pasarle al Perú hasta en tanto que las cosas de allá estuviesen con menos peligro, lo cual él y sus deudos aceptaron con buena voluntad, pareciéndoles que le honraba y daba en qué sirviese, y que después de hecha la hornada él y los demás le seguirían, y así con mucha diligencia se aprestó en el Nombre de Dios lo necesario, sin que por tanto aflojase la priesa en la partida del Presidente.

Y estando entendiendo en lo uno y en lo otro llegó al Nombre de Dios un bergantín que el Teniente de Santa Marta despachó, escribiendo al Presidente cómo él se había visto en grande aprieto y que no había tenido otro medio para salvarse á sí y á aquel pueblo sino hacer muy buen recibimiento á los franceses y la mejor vida que pudo; y que, con aquello y con venir muy necesitados de vituallas y deseosos de refresco, habían casi todos saltado en tierra; y que teniéndolos aposentados en el pueblo y comiendo, había dado sobre ellos con la gente que tenía y con los indios de la tierra (que aquel día hubo apercibidos) y había preso muchos, y otros por acoger-

se á la mar se habían ahogado, y que hubo lugar de tomar el navío y pataje con los barcos que en el pueblo había, y que el otro se había hecho á la vela falto de gente y de lo demás para navegar, y que con esto y hacer mucha agua pensaba se perdería, y que á lo que se creía llevaba la derrota de la Yaguana, y que el Presidente perdiese cuidado de aquel negocio. Y así el Presidente, teniendo aparejado ya todo lo necesario y los navíos á punto, en diez de Abril de cuarenta y siete, primer día de Pascua de Resurrección, se hizo á la vela, de Panamá á Taboga, donde estaba toda la otra armada (que era de veintidós navíos) dos días había haciendo aguadá. Porque el Presidente había quedado á hacer pliego para Castilla y para Nicaragua y la Nueva España, dando cuenta de su partida, y para dar la orden que los oficiales reales y justicia de Panamá y Nombre de Dios habían de tener en aviar la gente de Santo Domingo, que ya tenía nueva venia con ella el almirante don Luís Colón, y que Boscan (á quien por ella había enviado) había muerto pocos días después que á aquella isla llegó, y de ahí á dos días se partieron de Taboga el Presidente y general Hinojosa y Diégo García de Paredes y otras personas principales en la nao capitana, habiendo encomendado al capitán Juan Vendrel la galeota.

CAPÍTULO LXXI

De la gran tormenta que la armada corrió después que partió de Taboga, y cómo, queriendo todos arribar á Tierra Firme, lo estorbó el Presidente y las causas que para ello daba.

Dicen al Presidente que se debe volver á Tierra Firme y recibe gran pena.—Muestra mucho enojo el Presidente y lo que dijo.—Corren tormenta en la mar.—Requieren al Presidente que haga amainar las velas.—Constancia y ánimo del presidente Gasca.—Estando la tormenta parecen muchas lumbres en las gavias y todos dicen que es San Telmo.

Partido el Presidente y general Hinojosa, con toda la armada de Taboga, considerando como ya los tiempos y las corrientes les eran tan contrarios para la navegación, y que se había de temer cayesen á la Buena Ventura (adonde aquellas corrientes van y hacen remolinos, y donde no se puede sino tornar á arribar á Tierra Firme) procuraron de subir la costa arriba hacia Nicaragua, hasta las islas que dicen de Quicari, de donde les pareció que podrían atravesar aquel golfo, y que aunque el tiempo y corrientes les decayesen y llevasen hacia la Buena Ventura, no sería tanto que no tomasen la isla de Toboga á sotavento, dejándola á la mano izquierda. Pero no fué así, que las más de las naos la tomaron por la mano derecha y surtieron en ella. Y la capitana y otras cuatro que con ella quedaron cayeron debajo sin poder surgir en ella, aunque llegaron á dos leguas, y puesto que porfia-

ron todo lo posible de llegar á echar fondo, jamás lo pudieron hacer; antes en tres días que esta porfía tuvieron, descayeron entre el río de San Juan y la Buena Ventura, y tan cerca della que todos los marineros y personas que de aquella navegación entendían decían que nunca se había visto de aquel paraje ir al Perú y que se debían volver á arriba á Tierra Firme, cosa, cierto, que dió al Presidente gran pena, entendiendo que si volvía á Tierra Firme se perdería todo el negocio; porque desamparaban los navíos que habían ido delante y á todas las personas que les hubiesen acudido y hecho alguna demostración contra el intento de Gonzalo Pizarro; y que todos se desanimarían y los enemigos tomarían mucho ánimo; los cuales, teniendo tiempo de casi un año que había hasta volver otra vez á hacer la jornada, harían los efectos que se habían temido conque el negocio se haría muy dificultoso; y así resistió el Presidente para que no se hiciese, mostrando mucho enojo y desabrimiento que en ello se hablase, diciendo que él no había de volver á Tierra Firme sino ir por mar al Perú ó por la Buena Ventura por tierra, ó en ello acabar la vida, la cual decía tener en menos que volverse á Panamá, pues con perderla y morir cumplía con su Rey y con el mundo, y haciendo otra cosa caía en gran vergüenza y afrenta, y porque el Presidente deseaba en gran manera poder meterse en la galera pareciéndole que en ella (aunque fuese á gran trabajo) podría llegar á remo á la costa del Perú y juntarse con los navíos de los capitanes Lorenzo de Aldana, Mexía y Palomino, y recoger algunos de la armada que hubiesen tomado la costa más adelante, y las naos que andaban en su conserva eran mejores de vela y orceaban más que la capitana, mandó que ningún navío curase de la conserva de los otros, sino que cada uno procurase, cuanto en sí fuese, tomar á Taboga, y que el que la tomase con el navío ó con el barco dél hiciese que luego la galeota viniese en su busca, y con esta determinación y orden todos se apartaron y en poco dejaron los otros la capitana y se fueron metiendo hacia Taboga á muchos bordes y con mucho trabajo, lo cual la capitana no hacía sino siempre

decaer por ser como era muy zorrera y pesada, que era un navío grande, ancho y corto, que no se podía poner contra el tiempo á menos que á tres vientos.

Navegando, pues, desta manera y con esta congoja, sobrevino al anochecer un Norte muy deshecho, cual nunca allí, especialmente en aquel tiempo, se suele ver, y con muchos truenos y relámpagos; y entendiendo que sólo aquél los podía llevar á lo menos hasta la Gorgona, queriendo el Presidente aprovecharse dél, puso mucha fuerza en que se levantasen velas cuanto fuese posible, y aunque todos decían que aquel tiempo no era sino para asegurarlas, con la instancia que puso hizo que se echasen todas y levantasen todo lo que el alto del árbol sufriese. Y así comenzaron á caminar contra las corrientes la vuelta de la Gorgona, y el tiempo se arreció y embravecióse el mar tanto que muchas veces estuvieron á punto de zozobrar; y las olas eran tan continuas sobre la puente de la nao que no había quien allí parase; y del agua que entraba y de la que del cielo caía (que es mucha y muy grande en aquella parte cuando hay aguaceros) andaba continuamente toda la nao llena della, así cámaras como lo demás; y los truenos y relámpagos eran tantos y tales que siempre parecía que estaban en llamas y que sobre ellos venían rayos (que en todas aquellas partes caen muchos).

Toda la gente, marineros y pasajeros y soldados, y en especial Diego García de Paredes y don Antonio de Garay, pedían con grande instancia al Presidente y le requerían que hiciese amainar las velas dejando solamente el trinquete bajo para gobernar, diciendo que hacer otra cosa era á sabiendas tomar la muerte y género de desesperación; y con lo poco que en aquella sazón el Presidente estimaba la vida si no había de hacer la jornada y el gran deseo que tenía de hacerla, se puso contra ellos diciendo que cualquiera que le tocase en abajar vela le costaría la vida, y así por esto y que Pedro de Hinojosa y otros que allí iban deseaban seguir su voluntad y no le dar desabrimiento, bastó para que nadie hablase en abajar vela, aunque muchos si osaran se desvergonzaran á ha-

cerlo. Y con este trabajo y temporal (y porfiando con el Presidente que se abajasen las velas) fueron hasta las tres de la mañana que el Presidente se entró en su cámara para ver cómo iban con el agua las escrituras y provisiones que llevaba, y luego que le vieron entrar, Diego García y don Antonio y otros fueron á los marineros á decir que el Presidente mandaba que amainasen la vela grande y que asegurasen el trinquete. Y no lo queriendo hacer dió causa para que hablasen en ello tan alto que el Presidente lo sintió, y por presto que puso el mejor recado que pudo á las escrituras y salió con el deseo que todos tenían de que aquello se ejecutase, ya estaba mucha gente aflojando las escotas y otros de pie encima de la entena procurando hacerla bajar, porque como el tiempo era tan recio y el agua había sido tanta estaban las velas muy empapadas y tiesas y el encarrilamiento de la entena no quería correr.

Las voces y el ruido eran tan grandes y la inclinación á abajar las velas tan vehemente que, aunque el Presidente daba voces que no las abajasen y tirasen las escotas y no las aflojasen no le oían ni querían oír. Y estando en esta confusión, parecieron gran muchedumbre de lumbres por todo el navío y entenas y gaviás que á todos dieron en esta sazón grande alegría, consolación y contento, diciendo que era San Telmo que se les aparecía. Luego se hincaron todos de rodillas rezando las oraciones que los marineros á San Telmo suelen hacer. Y con aquel poco de silencio hubo lugar para que oyesen al Presidente y le obedeciesen, volviendo á tirar las escotas y ayudando él mismo á Pedro de Hinojosa y otros, en lo cual puso gran diligencia y cuidado.

CAPÍTULO LXXII

Cómo habiendo visto señales de cesar la tormenta, el Presidente persuadía fuesen con ella á la Gorgona y lo que sobre esta razón decía, y cómo llegaron á la Gorgona y de allí á la isla del Gallo, donde halló á Paniagua y le dió la carta que Gonzalo Pizarro le escribía en respuesta á la suya.

Era el presidente Gasca curioso y bien leído en letras humanas.— Cuenta y relata el Presidente la fábula de Cástor y Polux.— Por qué una lumbre es señal de tormenta y muchas de haber bonanza.— El navío de don Pedro volvió á Tierra Firme y después, por tierra, al Perú.— Halla el Presidente á Pero Hernández en la isla del Gallo y dale la carta de Pizarro en respuesta de la suya.

Allende las buenas letras del Presidente y su mucha prudencia, buen juicio y claro entendimiento, era también curioso y bien leído en letras humanas, y así luego que vio aquella incensión de lumbres que aparecieron en el navío, entendió que, naturalmente, la tormenta no podría durar mucho acordándose de las razones que Aristóteles y Plinio asignan cuando afirman y dicen que la incensión de muchas lumbres es señal que quiere cesar la tormenta. Considerando, pues, que si se acababa antes de poder dar fondo en la Gorgona les volverían las corrientes adonde antes habían estado, procuró persuadir á todos para que hasta llegar á la Gorgona se esforzasen á volver al trabajo pasado y lo hiciesen como leales servidores de su Magestad. Y para mejor los atraer á ella, declaró á algunas personas que él conocía ser más leídas y

de mejor entendimiento aquellas causas naturales. Y tratando de la piadosa opinión de los marinos de San Telmo y Santa Elena, las contó con mucha gracia, lo que fabulosamente tuvo la gentilidad antigua, contando cómo los poetas habían fingido que estando Júpiter enamorado de Leda, para la engañar se había vuelto en cisne; del cual, siendo ella enamorada, se había empañado, y de un parto había parido tres hijos, que fueron Cástor, Polux y la hermosa Elena, y que estos dos varones hermanos habían sido grandes pilotos é habían hecho por tierra y mar grandes hechos y hazañas; á los cuales, siendo muertos, Júpiter había colocado en el cielo, y su constelación era el signo de Géminis; y que como éstos habían sido pilotos cuando vivían en el mundo después de llevados al cielo habían siempre tenido mucho cuidado de consolar en los peligros á los mareantes cuando les pedían su ayuda, y así llamaron (y hoy día muchos en otras provincias llaman) á la incensión de muchas lumbres Cástor y Polux, que por ser hermanos les parece que traen pacificación y concordia, y á la incensión de una lumbre. (que también naturalmente aparece, y es natural pronóstico de crecer la tormenta) llamaron Elena. Dando á entender que como Elena puso la discordia y desasosiego entre los griegos y troyanos, así aquella incensión era señal de mayor tormenta y peligro. Habiendo, pues, el Presidente contádoles esta fábula y declarado el alegoría della por sólo por hacer á su propósito (aunque el tiempo era incómodo para novelar) habiéndoles certificado que la tormenta duraría poco, todos lo tomaron bien y se pusieron de mejor ánimo y más conformes con él de lo que antes habían estado. Luego de allí les fué alojado el Norte y el agua, truenos y relámpagos; pero todavía les duró hasta una hora después de día, y á muy gran pena y con el abrigo que la Gorgona les hacía del Sur y de las corrientes que con él venían, pudieron echar fondos y surgir media legua della á cincuenta brazas. Y las otras naos que en su conserva habían andado, con ser mejores de la vela y orcear más por asegurar las velas, no llegaron á surgir hasta la tarde de aquel día; y una en que iba el capitán don Pe-

dro Cabrera y los más de su compañía descajó hasta arribar á la Buena Ventura, de donde el navío se volvió á Tierra Firme, y don Pedro y la gente que con él iba fué por tierra atravesando la Buena Ventura hasta Popayán y Quito, y, con grandes trabajos y quedando los más dellos en el camino, llegaron después á Jauja por el mes de Noviembre, habiendo caminado por tierra más de seis leguas. Luego, pues, que la capitana echó áncora, fué el Presidente á tierra en el batel y halló doce naos que allí estaban surtas con mucha pena porque dél no habían sabido, y la galera que estaba surta á la otra banda de la isla. Luego hizo subir á algunos marineros á una sierra para saber de las otras naos, y descubriéronse que andaban dando bordes más adelante de la Gorgona.

Luego todos procuraron de juntarse, y el Presidente y Obispo de Lima, Pedro de Hinojosa y Diego García de Paredes, con cincuenta soldados arcabuceros, de los mejores que en la armada había, se metieron en la galera, y postrero de Abril de cuarenta y siete se hicieron á la vela de la Gorgona con intento de que ya que las otras naos no pudiesen navegar irse ellos en la galera aunque fuesen solos á remo al Perú á dar calor al negocio y hacer lo que pudiesen; y así, procuraron de navegar á vela y remo la vuelta de la isla del Gallo, y con estar menos de quince leguas de la Gorgona é ir trabajando á vela y remo por tomarla, no lo pudieron hacer hasta ocho de Mayo, porque las corrientes y tiempo son en aquel paraje tan contrarios y recios, que sólo en aquellas quince leguas gastaron nueve días, y halló allí el Presidente á Pero Hernández Paniagua con su barco, y habiéndose perdido una noche cerca de Paita de los navíos de los capitanes, y no entendiendo á la mañana qué borde habían tomado, acordó volverse á buscar al Presidente y la armada la costa abajo, y dió al Presidente la carta de Gonzalo Pizarro en respuesta de la suya, la cual era del tenor siguiente.

“Muy magnífico y muy reverendo señor:

„Una de vuestra merced recibí, hecha en esa ciudad de Panamá á veintiséis de Septiembre del año pasado, y

por los avisos que Vm. en ella me dá, beso las manos á Vm. muchas veces. Porque bien entiendo que salen de un ánimo tan sincero y limpio como es razón lo tenga una persona de tanta calidad y tan extremado en conciencia y letras como Vm. Y en lo que á mí toca, Vm. crea que mi voluntad siempre ha sido y es de servir á su Magestad; y sin que yo lo diga, ello mismo se dice de suyo, pues mis obras y las de mis hermanos han dado y dan testimonio claro dello; porque, á mi parecer, no se dice servir á un Príncipe el que le sirva con solas palabras, y aunque los que ponen obras á costa de su Magestad, sirven, pero no que tengan tanta razón de encarecer lo que sirven como yo, que no con palabras, sino con mi persona y las de mis hermanos y parientes he servido á su Magestad diez y seis años que ha que pasé á esta parte habiendo acrecentado en la Corona Real de España mayores y mejores tierras y más cantidad de oro y plata que haya hecho ninguno de los que en España han nacido jamás. Y esto á mi costa, sin que su Magestad en ello gastase un peso; y lo que de todo ello ha quedado á mis hermanos y á mí es sólo el nombre de haber servido á su Magestad; porque todo lo que en la tierra hemos ganado, se ha gastado en servicio de su Magestad; y al tiempo de la venida de Blasco Núñez se hallaban los hijos del Marqués, y Hernando Pizarro y yo, sin tener oro ni plata (aunque tanto habíamos enviado á su Magestad) y sin tener un palmo de tierra, de tanta como habíamos acrecentado á su Real Corona, pero con todo esto, tan entero en su servicio como el primer día. Así que de quien tanto ha servido á su Magestad no se debe presumir haya necesidad de saber el poder de su Príncipe más de para alabar á Nuestro Señor, que tanta merced nos hace de darnos un tal Señor que allende las muchas virtudes que en él (como en su morada propia concurren) le hizo tan poderoso y de tantas victorias que todos los Príncipes cristianos é infieles le temen y recelen. Y aunque yo no haya gastado tanto tiempo en la corte de su Magestad, como gastado en la guerra en su servicio, Vm. crea soy tan aficionado á saber las cosas de su Magestad (espe-

cialmente las que ha hecho en las guerras) que muy pocos hay de los que en ellas se hallan que me hagan ventaja en saber el verdadero punto de todo lo que en ellas ha sucedido. Porque con el afición que en mí conocen los que de allá vienen (que se me podría notar á curiosidad con ser tan amigo de verdad como en todas las cosas suelo ser) siempre procuran escribirme lo que realmente pasa, y yo, como cosa que tanto me deleita y satisface, siempre procuro tenerlo en la memoria.

„Diera Vm. larga relación de lo sucedido en esta tierra si los Procuradores destes reinos no fueran á su Magestad á informarle de lo que obró la venida de Blasco Núñez con las ordenanzas que consigo traía. De quienes Vm. podrá claramente conocer cuán grande es la justicia que estos Reinos pidieron en lo que han hecho y cuánta razón tienen en lo que suplican á su Magestad. En lo que á mí toca, sólo quiero sepa que á pedimento de todos los vecinos destes Reinos y parecer de todos los Prelados dellos, el Audiencia real me mandó con una provisión con sello de su Magestad aceptase la gobernación dellos, entendiendo que así convenía al servicio de su Magestad, y yo, conociendo ser así, lo acepté, y á mi costa pacifiqué estos Reinos, resistiendo y castigando todos los que en ellos, por sus particulares intereses, procuraban alterarlos. De manera que dende la Villa de Pasto hasta Chile (que son mil leguas) no hay cosa que no esté quieta y pacífica en servicio de su Magestad, lo cual hasta aquí no estaba, antes Blasco Núñez, y otros que tomaban su apellido, como con cabeza de lobo, robaron las cajas reales de su Magestad de las ciudades de Trujillo, Piurá, Guayaquil, Puerto Viejo, Quito, Pasto, Arequipa y los Charcas. Y después que Dios ha sido servido que yo lo pacificase y redujese al servicio de su Magestad, en todas las dichas ciudades están todos los quintos y derechos de su Magestad, de oro y plata, sin faltar un peso en sus cajas reales en poder de sus Oficiales, y lo que en esto yo he trabajado y gastado, Dios es testigo dello, y testigos todos los principales destes Reinos que lo han visto. Y si por sola mi voluntad se hubiese de guiar, ninguna cosa

deseo más que, descansando de tantos trabajos, dejar la gobernación á quien me descuidase y descargase. Pero todos los caballeros de estos Reinos (á quien yo debo todo lo que se puede encarecer en amor y obras) les parece que al servicio de Dios Nuestro Señor y de su Magestad no conviene por tantas razones que excederían el término que á carta se debe poner, y me importunan y fatigan (como Vm. verá por los despachos que Lorenzo Aldana llevó) no deje la gobernación hasta que su Magestad, siendo informado por sus Procuradores, provea lo que más á su real servicio convenga. Yo, aunque conozco la razón que tienen (especialmente dicho por personas á quien yo no puedo negar cosas) deseo que Vm. viniese á esta tierra para que, por vista de ojos, conociese cuanto conviene al servicio de su Magestad, que, á quien se diere poder en esta tierra de gobernarla, tuviese conocimiento y experiencia de las cosas della muchos días antes que el poder. Porque de la consciencia de Vm. estoy muy satisfecho y de la autoridad y crédito que con su Magestad, en esto como en lo demás tendría, y así creo yo que esta vía sería muy derecha y acertada para hacer los negocios destos Reinos.

„De una cosa me pudiera yo agraviar (si no tuviera tanto crédito de Vm., que todas las cosas, aunque no sean indiferentes ó neutrales, sino se inclinan conocidamente á no sana intención, las quiero echar á buena parte) y es que sabiendo Vm. que yo era Gobernador desta tierra por su Magestad, no siendo Vm. en ella recibido ni habiendo mostrado provisión de su Magestad por do lo debiera ser, no había para qué escribir á los cabildos, pues ellos no habían de hacer más de lo que mi voluntad fuese. Y hacerlo parece que fué dar muestra de querer probar si había alguno que quisiese intentar cosas nuevas. Pero desta sospecha y de otras, yo me satisfago con sola la estimación buena que de Vm. tengo recibida.

„Dice Vm. en su carta que desde Roma fué uno á Sagonia á aconsejar un hermano suyo para que dejase la secta luterana y viniese á la fe de Jesucristo, y porque no pudo con él, por la injuria que recibía en quitarle la hon-

ra de sus pasados le mató, posponiendo todo peligro. Por cierto que él hizo como buen caballero y hombre de honra, y crea Vm. que si yo supiese que Hernando Pizarro hacía alguna cosa en deservicio de su Magestad, que yo dejaría esto que tengo entre manos (aunque importa mucho á estos Reinos) y le iría á dar de puñaladas donde está. Que los hombres de bien en mucho más han de tener la honra y el ánima que otra cosa ninguna. A todo lo demás de su carta no respondo particularmente, porque la justificación de mi intención y obras lo muestran, y Vm. lo verá claramente por los despachos que los Procuradores destes Reinos llevan. Y Vm. crea que estoy en ésto tan satisfecho de mí mismo, que, por el servicio de su Magestad y pundonor de mi honra, perderé la vida y la hacienda. Y como todos los deste Reino conocen esto de mí, tienen tanto cuidado de la guarda de mi persona (entendiendo que en ello á su Magestad se hace servicio) y procuran el bien deste Reino, que aquel que se tiene en menos que menos diligencia pone en guardarme. Plega á Nuestro Señor me haga tanta merced que su Magestad oiga las suplicaciones y clamores destes sus vasallos con el amor y piedad que á la fidelidad que á su servicio tenemos se debe. Que en ello yo estoy satisfecho que su Magestad será de los Pizarros y deste Reino tan servido cuanto vasallo ha servido jamás á su Príncipe. Y los demás viviremos bienaventurados.

„Pero Hernández Paniagua estuvo en Piurá, al cual yo escribí en respuesta de una que me escribió como se quería volver á Panamá que le diese licencia, yo aquí se lo escribí, y antes que los despachos llegasen él se partió para donde yo estaba, y en el camino le erraron y vino acá el vido, la tierra y los caballeros que en ella están, el cual dará á Vm. relación de todo como lo ha visto. Yo le dije dijese á lo que venía. El respondió que no venía más que de traer las cartas y que con la respuesta della se quería volver. Y yo le di licencia para ello, y se va aunque en el camino se le receren hartos trabajos por causa de los muchos ríos que hay y es ahora el tiempo de invierno. Vm. se informará dél de todo lo que ha visto y pa-

sado, porque es persona que dará muy buena razón dello. Yo no quisiera se fuera tan aína; él me importunó se quería ir, porque iba mucho hacerlo con brevedad. Nuestro Señor la muy magnífica y muy reverenda persona de Vm. guarde con la prosperidad que desea. De los Reyes veintinueve de Enero de mil y quinientos y cuarenta y siete años.—Besa las manos á Vm., *Gonzalo Pizarro.*„

CAPÍTULO LXXIII

Cómo el Presidente y capitanes llegaron á la bahía de San Mateo, y queriendo echar parte de la gente en tierra llegó Gómez Arias con un navío de provisión que el Audiencia de los confines enviaba.

Llega el Presidente á la bahía de San Mateo.—Encalla el navío del Mariscal.—Tómase agua dulce en la mar de[sde] los navíos, en creciente y no en menguante.

Dos días estuvo el Presidente con la armada en la isla del Gallo tomando agua y dando lado y sebo á la galera, porque á causa de ser aquel mar, especialmente lo que está cerca de la tierra, muy sucio y viscoso, iba ya pesada. Y á la mañana dieciocho de Mayo salieron del puerto, y á la salida encontraron tres naos que venían á entrar en él, y vieron luego todos los otros navíos que de Taboga habían partido andar dando bordes por llegarse á la isla, y dijeron á Pablo de Meneses (que era el Capitán de los más delanteros) diese priesa á los navíos que allí llegasen para que luego les siguiesen navegando á la bahía de San Mateo á do les aguardarían; y poco más adelante toparon los navíos del mariscal Alvarado y adelantado Andagoya, que habían tomado al atravesar más arriba de la isla del Gallo, y volvían arribando á ella con necesidad de agua, de la cual venían tan necesitados que la gente y bestias que en las naos venían había dos días que no bebían sino la que cogían de los aguaceros en cal-

déras y otras vasijas. Y aunque les quisieran dar de la que llevaban porque no arribaran, no hubo lugar á causa de andar el mar alto y temer que luego que los unos y los otros hiciesen quitar velas les llevarían las corrientes la costa abajo. Por lo cual les dijeron lo mismo que á Pablo de Meneses y siguieron su camino navegando con mucho trabajo á causa de las corrientes. Y en veintiocho de Mayo tomaron la bahía de San Mateo, de donde luego el Presidente quisiera partir por ir á dar calor á los que delante iban y á los que en servicio de su Magestad se hubiesen mostrado y saber lo que pasaba, y aun porque ya les iba faltando la comida, porque no comían sino maíz en grano cocido y alcaparra y algún poco de queso, porque el bizcocho y cecina que en Panamá (y después en la Gorgona) habían tomado se les había ya gastado. Empero no se partieron por aguardar el Presidente algunos navíos á quien dejase la orden que habían de llevar. Y así estuvo cuatro días esperando hasta que llegaron los navíos del mariscal Alvarado y del adelantado Andagoya, y otro en que traía provisiones de respeto Juan Gómez de Añaya, proveedor de la armada.

Es tan baja esta bahía que todos los navíos que á ella llegan en menguante encallan, pero sin peligro alguno de abrirse por ser de lama, aunque algunas veces acaece trastornarse; y así lo hizo el de Mariscal, que, si no fuera por el socorro que con barcos y la galeota se le dió, cayera de lado. Ordenóse que luego todos echasen en tierra las bestias que habían quedado vivas, y que lo mismo hiciesen los otros navíos que allí llegasen, por causa que en los navíos no había maíz aun para la gente, y también porque desembarcados dellas mejor pudiesen navegar; y encargóse á Juan Pérez de Vargas (Capitán que había sido del Virrey en la de Quito) que los llevase por tierra á Guayaquil tan despacio como se requería, saliendo tan flacos y fatigados é habiendo de ir de allí adelante solamente con hierba.

Señaláronse cuatro navíos que fuesen por la costa hasta los Quiximines (que son unos esteros ó restañaderos de la mar que entran á diez y más leguas dentro y

hacen toda aquella tierra de tantas cinagas y tan pantanosas que por ninguna manera se puede andar) para que allí tornasen á tomar las bestias y las pasasen seis leguas por la mar que de ancho duran aquellos destañaderos, y mandó el Presidente que se repartiase por los navíos la provisión que Juan Gómez de Añaya traía, porque toda la gente venía con hambre. Mandó asimismo que en un navío pequeño que atrás venía, volviese Gómez Orezco con cartas para el adelantado Benalcázar y el licenciado Almendáriz á llevarlas por la Buena Ventura, en que los avisaba como iba ya por la costa del Perú, y encargaba al Adelantado se llegase todo lo que pudiese á Quito, porque él acudiría por aquella parte á desembarzarle camino de Pedro de Puelles, y al licenciado Almendáriz que diese priesa á enviar la gente de la manera que le había escrito; y para lo hacer dejó al Mariscal y á Juan Gómez de Añaya. Aquí, en esta Isla, se proveyeron de agua, la cual allí se toma desde los navíos en creciente de mar y no en menguante (que es contrario de lo que se hace comúnmente en las entradas de los ríos en la mar) y es la causa por que el río que entra en aquella bahía cae buena pieza de allí de una sierra y después va muy llano, y así, cuando la mar crece hasta donde cae de la sierra, recibe el agua salada á la dulce encima, y así se va hasta la bahía; y cuando es menguante, como el río viene llano, al tiempo que se junta en la bahía con la salada mézclase con ella.

Tomada, pues, el agua, continuó su camino el Presidente en la galera y el Adelantado en su navío; y después que fueron partidos llegaron las naos á la bahía, y descargándose de las bestias las entregaron al capitán Juan Pérez conforme á la instrucción que el Presidente había dejado, y venían tan faltos de mantenimientos, y eran tan pocos los que podían tomar del navío de Juan Gómez de Añaya que estuvieron en mucha confusión, pareciéndoles que no podrían llegar á Puerto Viejo con ellos si no descargaban gente que se fuese á su ventura por tierra buscando maíz ó raíces que comiesen (como en muchos descubrimientos en aquella tierra se ha hecho). Y teniendo

determinado de echar los negros y muchachos y otra gente inútil para la guerra, y no con poca pena, entendiendo que era echarles allí como á la muerte, pues todos los más se creía que morirían antes de llegar á Puerto Viejo, llegó á esta sazón el capitán Gómez Arias, que los de la Audiencia de los confines enviaban, en cumplimiento de lo que el Presidente les había escrito, con un navío cargado de maíz, tocino, cecinas y alpargates. Del cual pudieron proveerse de todo lo necesario sin vaciar gente, y dieron maíz para que las bestias comiesen en el camino, y así vituallados se partieron en seguimiento del Presidente, dejando los cuatro navíos en los Quiximines, los cuales después de pasadas las bestias hicieron lo mismo.

CAPÍTULO LXXIV

Cómo el Presidente llegó á Manta y allí tuvo nueva de la reducción de los pueblos y gente por el Rey, y teniendo aviso que Pedro de Puelles enviaba gente contra los de Guayaquil, envió á Pablo de Meneses á hacer gente y lo que más el Presidente hizo y proveyó.

Llega el Presidente al puerto de Manta y dánle nueva de los pueblos que se han reducido.—Dan nueva al Presidente de otros pueblos que se han reducido.—Propiedad del pan de maíz.—Escribe el Presidente á muchas partes su llegada.—Llega mensajero de Guayaquil y da nueva que el pueblo está desamparado.—Envía Gasca gente en favor de los de Guayaquil.—Escribió Gasca á Pedro de Puelles.

Procuró el Presidente cuanto fué posible navegar en la galera la vuelta de Puerto Viejo, mas por causa de no se poder meter en ella á la mar por andar alta y ser la costa de muchas quebraciones y puntas para no poder seguramente navegar en la noche, érales forzado surgir cada tarde, y desta manera iban siguiendo á la galera el navío del Adelantado y otros dos que habían tomado encima de la bahía, los cuales habían llegado casi junto con ella al puerto de Manta, donde supieron la reducción de Trujillo, Piurá, Guayaquil y Puerto Viejo, que les dió grandísimo contento. Luego el Presidente despachó á Puerto Viejo, haciendo saber su llegada, de donde con mucha presteza y alegría vinieron la justicia y Capitán que por su Magestad habían puesto cuando se redujeron,

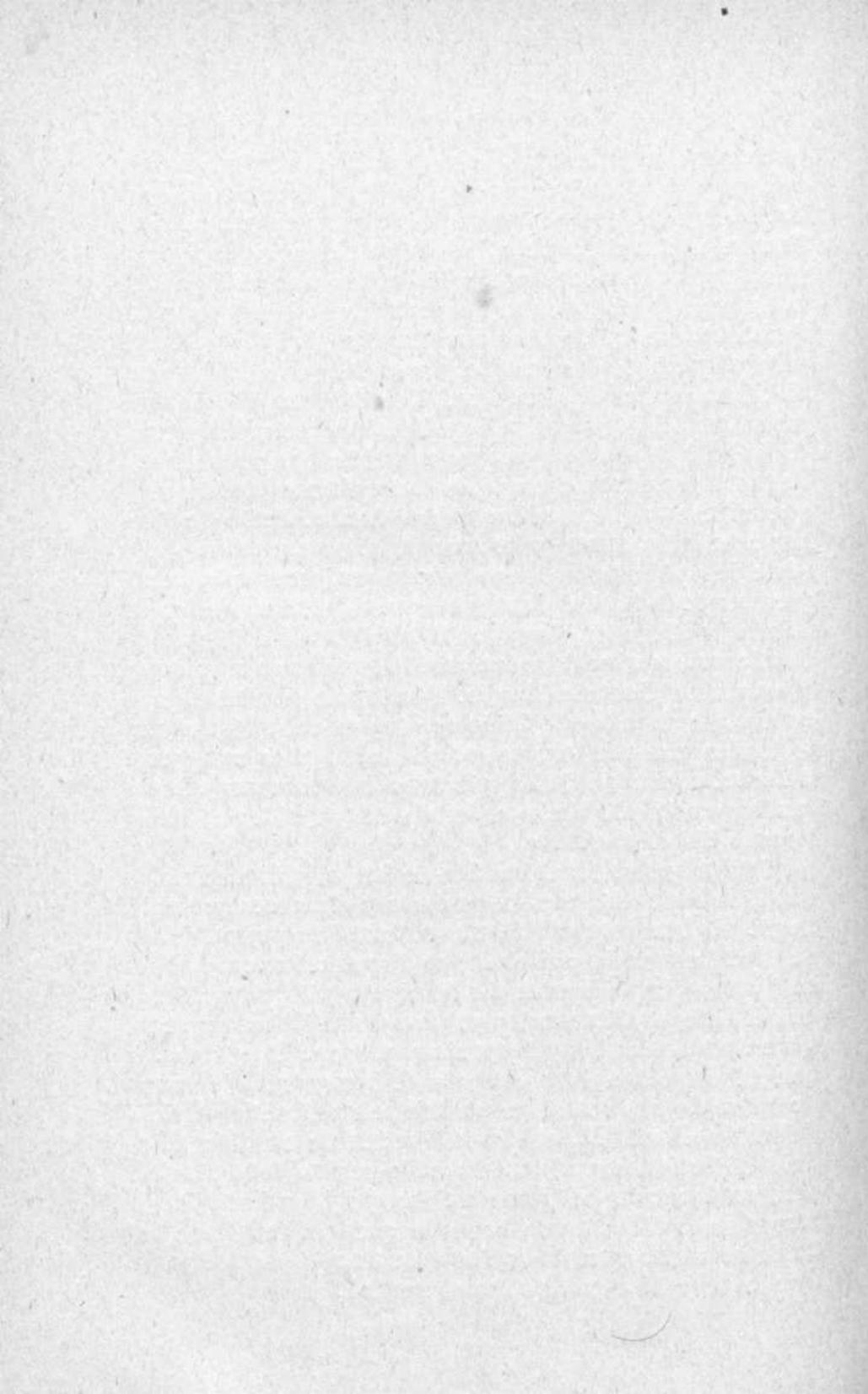
y con ellos otros muchos, y les llevaron refrescos y mantenimientos, de que tenían harta necesidad. Y estos más particularmente informaron de la reducción, y de como Diego de Mora, Juan de Saavedra, Gómez de Alvarado y Juan Porcel estaban en Cochabamba con golpe de gente aguardándolos para se juntar con ellos.

Luego encargó el Presidente á algunas personas de aquellos que sabían bien la tierra, que fuesen á los Quiximines á ayudar á Juan Pérez de Vergara á traer las bestias á Puerto Viejo, y llevasen maíz para ellas y comida para los que viniesen con ellas. Y así mismo ordenó que fuesen por todos aquellos lugares de indios donde se coge mucho maíz á recogerlo y traerlo, y hacer que se trajese todo el más pan cocido que se pudiese hacer dello. Porque aunque en todo el Perú (y comúnmente en todas las partes donde se come maíz) el pan que dello se hace no se puede bien comer sino reciente, el de aquella parte se detiene tanto como el pan de trigo; y en esto pusieron todos mucha diligencia y proveyeron de mucho maíz en grano y cocido y de mucho pescado (que en aquella costa se toma) y aves de las de España y carne de puerco. Porque en aquel tiempo aun no había en aquella comarca vacas, ovejas ni cabras, porque en esta sazón se comenzaban á criar.

De aquí escribió el Presidente su llegada á Guayaquil, Piurá, Trujillo, y á los que estaban en Cochabamba, animándolos y diciendo que lo mismo ellos hiciesen á todos los otros pueblos y partes del Perú. Escribió asimismo á Hernán Mexía creyendo ya habrían llegado él y Lorenzo de Aldana y los demás á Lima, y que volverían con el galeón la costa abajo conforme á la instrucción que en Panamá les había dado; encargó este despacho á Esteban Jiménez, vecino de Puerto Viejo, y estando ya aparejando para le enviar al paso de Guayaquil, y que de allí en una balsa pasase treinta leguas de mar á Túmbez, y desde allí fuese por tierra dando cartas, llegó un mensajero que hacían desde Guayaquil á Puerto Viejo diciendo cómo los que en aquel pueblo habían quedado le habían desamparado y pasádose con sus haciendas é mujeres é hijos á la costa

que estaba hacia Puerto Viejo, dejando la otra que estaba á la parte de Quito, porque Pedro de Puelles enviaba sobre ellos y pedían socorro á los vecinos de aquel pueblo. Porque es de saber que al tiempo que Lorenzo de Aldana y los otros capitanes llegaron á Trujillo y se alzó bandera en aquel pueblo por su Magestad, venía un criado de Pedro de Puelles de Lima por Trujillo y vió lo que allí pasaba, y cómo Piurá estaba por su Magestad. Y entendiendo cómo los de Guánuco, Chachapoyas y Bracamoros salían á juntarse con Diego de Mora, cómo fué llegado á Quito dijolo á su amo y aconsejóle que pues estaba de todas partes tan cercado, no se quisiese perder, sino que hiciese lo que aquéllos habían hecho. Pedro de Puelles se enojó tanto por lo que le dijo, que estuvo por darle de puñaladas, y luego procuraron hacer más gente y crecer della las dos banderas que allí tenían Pedro de Salazar y Diego de Ovando. Y suiplólas á cada uno de doscientos hombres con intento de guardar aquello ó irse á juntar con Gonzalo Pizarro. Y sabiendo después lo que en Guayaquil y Puerto Viejo se hizo y que habían muerto los tenientes de Pizarro, envió contra ellos con gente á Lunar, vecino de Quito, y habiendo este mensajero entendido en Puerto Viejo la llegada del Presidente, había llegado á darle la nueva.

Sabido, pues, por el Presidente luego á diligencia hizo que Pablo de Meneses con su nao y otras tres que eran llegadas, tomase cantidad de la gente de Puerto Viejo y de la de la armada, que en mejor disposición venía y fuese á favorecer y defender los de Guayaquil, y que fuese con él Esteban Jiménez, para que de allí continuase su viaje á dar las cartas y despachos que con él enviaba. Y que asimismo fuese don Antonio de Garay (grande amigo de Pedro de Puelles) á persuadirle se redujese al servicio de su Magestad. Y para ello el Presidente escribió á Pedro de Puelles, ofreciéndole no sólo perdón de lo pasado, pero gratificación de lo que hiciese, y así partieron luego para Puerto Viejo, para hacer lo que el Presidente les había mandado, puesto que en este tiempo ya á Pedro de Puelles le habían muerto, como se dirá.



CAPÍTULO LXXV

Cómo el capitán Pedro de Salazar y otros mataron en Quito á Pedro de Puelles y se redujo la ciudad al servicio del Rey, y sabiéndolo el Presidente, envió provisión de Capitán y Justicia mayor al capitán Salazar.

Tratan de matar á Pedro de Puelles.—Muerte de Pedro de Puelles.—
Redúcese la ciudad de Quito al Rey.

Después que Pedro de Puelles despachó la gente contra Guayaquil, considerando Rodrigo de Salazar (1), su Capitán, y de quien mucho se fiaba, y otros sus soldados lo que en servicio de su Magestad habían hecho los otros pueblos, comunicaron entre sí y trataron de matar á Pedro de Puelles. Fueron, pues, en este concierto, Morillo Tirado y Hermosilla y otros algunos soldados de quien más confianza Salazar tenía; y estando ya todos bien prevenidos, entró el capitán Salazar un domingo muy de mañana á visitar á Pedro de Puelles, el cual aún no era levantado, y entrado el Capitán en su cámara, le dijo Pedro de Puelles: "¿Qué hay por acá, señor Capitán, tan de mañana?,". Salazar respondió que venía para se ir con él á misa, y que Morillo le había rogado le entrase á suplicar le hiciese volver una cierta india que se le había tomado, y que si era servido que él entraría á darle la ra-

(1) El nombre de éste en el epígrafe es Pedro de Salazar y no Rodrigo como consta en el texto.

zón de su demanda. Pedro de Puelles dijo que entrase en buen hora, que con tal tercero no se podía dejar de hacer todo lo que pidiese. Salazar entonces le llamó por su nombre, y él entró muy comedido, con la gorra en la mano, y comenzó á explorar su petición, y en diciendo dos palabras arremetió á él denodadamente y comenzóle á dar de puñaladas, y al mismo punto entraron Tirado y Hermosilla y otros, y diéronle de estocadas y matáronle. Luego salieron fuera con las espadas desnudas y arcabuces con mechas encendidas, dando voces y apellidando ¡Viva el Rey y mueran traidores! Y aunque el otro Capitán y su Alférez y otros que con él se hallaron salieron contra el capitán Salazar y sus aliados, no fueron parte, antes fueron algunos muertos y el pueblo reducido á la voz de su Magestad. Luego fué cortada la cabeza á Pedro de Puelles, y se puso en el rollo donde él había puesto la del virrey Blasco Núñez, y porque Lunar, con la gente que llevaba, no hiciese algún daño en Guayaquil despachó el capitán Salazar (á quien el pueblo había hecho su Capitán y Justicia mayor por su Magestad) un mensajero escribiéndole que volviese luego con la gente que llevaba, sin hacer daño á nadie, y darle la obediencia como á tal Capitán y justicia, y así lo hizo; y este mensajero pasó delante á dar la nueva á Guayaquil de lo sucedido en Quito, y sabido por Pablo de Meneses, que á la sazón aquí llegó, envió este mensajero á Manta á dar la nueva al Presidente, con que él y todos mucho se holgaron así por la parte que era Pedro de Puelles como por que el adelantado Benalcázar y los del Nuevo Reino podían venir á juntarse con el Presidente sin impedimento alguno. Luego escribió el Presidente á Quito al capitán Salazar y á los del pueblo loándoles lo que habían hecho y haciéndoles saber su llegada, y envió á Salazar provisión de Capitán y Justicia mayor por su Magestad en aquella ciudad, encargádoles que á Benalcázar y su gente y á la del Nuevo Reino (que por allí vendrían) avisasen y les enviasen las cartas que el mensajero llevaba en que les daba cuenta donde quedaba y lo sucedido en Quito y en los otros pueblos, mandando que estuviesen á punto para

cuando los enviase á llamar. Escribió también á Pablo de Meneses recogiese todo el maíz que en la Puná y en la comarca se pudiese haber, y con ello y las naos se fuese á Túmbez, donde, con el ayuda de Dios, sería con él muy en breve.

CAPÍTULO LXXVI

Cómo el Presidente llegó al puerto de Túmbez y las cosas que allí proveyó.

Manera de enfermedad de verrugas como mal francés.—Razón por que se causa esta enfermedad.—Llega el Presidente á Túmbez.—Llega Manuel de Carvajal á Gasca y dále la embajada de los de Arequipa.—Especialísima gracia del Presidente Gasca.—Halla el Presidente en Túmbez mensajeros de diversas partes.—Lo que hizo y despachó Gasca.—Dió Loaysa al Presidente relación de lo sucedido y envióle á Quito.

Habiendo el presidente Gasca enviado á la ciudad de Quito la provisión de Capitán y Justicia mayor al capitán Rodrigo de Salazar, y hecho limpiar y dar sebo á los navíos, mandó sacar dellos todos los que venían enfermos (que eran muchos) y que los llevasen á Puerto Viejo para que allí se curasen. Porque allende, la dolencia y flaqueza que traían, les dió allí un mal de verrugas tan grandes como una nuez y mayores que nacen en las puntas de las narices y en las cejas y en la barba, de un humor entre negro y bermejo que, al tiempo que se hacen y días después, dan dolores como mal francés; y así, los que las tienen, dan voces y se quejan, y suelen durar tres y cuatro meses hasta que se van marchitando y se resuelven, y quedan los que las han tenido después con buena disposición. Dicese que este mal, y otros que en aquel paraje hay se causa por estar debajo la línea equinoccial, donde

en el cielo debe haber algunas constelaciones que lo causan, que por ventura allí tienen más fuerza que en otras partes.

Habiendo, pues, proveído esto, y recogido el maíz en grano y bizcocho que pudieron y dado orden y encargado á los vecinos de allí que proveyesen de lo necesario á Juan Pérez de Vergara para las bestias que traía y fuesen con ellas al paso de Guayaquil, y estuviesen allí hasta enviar por ellas, en veintitrés de Junio se partieron de aquel puerto, y con la buena navegación que tuvieron llegaron en seis días á Túmbez á gran pieza de la noche, donde halló el Presidente á Pablo de Meneses, que con sus navíos, y Manuel de Carvajal, mensajero de Arequipa, con su fragata, aquel día habían llegado. Manuel de Carvajal se llegó luego á la galeota y dió al Presidente la embajada que traía de los de Arequipa; y asimismo dió relación de todo en lo de arriba sucedido, y como los de Arequipa se iban á juntar con Diego Centeno. El Presidente le hizo alegres recibimientos (que cierto en esto tenía especialísima gracia) agradeciéndole mucho su trabajo y peligro en que se había puesto por venirle á dar tan alegre y buena nueva. Y atento que su vuelta de Arequipa por mar no era segura ni lo era tampoco la ida (si de allí iba á juntarse con sus vecinos) el Presidente mandó que fuese en su compañía por tierra, para que, cuando llegasen en parte segura, pudiese partir con la respuesta. Y otro día de mañana (dejando quien guardase los navíos y galeota) se desembarcaron en balsas que para aquello allí hay de los indios, porque, á causa de ser de muy gran tumbo el mar de aquel puerto ordinariamente, no se puede desembarcar en él sino de mañana, que anda más manso, y en aquellas balsas que, por ser más anchas, no zozobran como los bateles. Empero, con todo esto, no faltaron muchos de ser bien mojados y aun algunos que corrieron riesgo de ser ahogados.

En llegando el Presidente á Túmbez halló que le estaban esperando mensajeros de diversas partes de Lorenzo de Aldana y Hernán Mexía y de los que Cochabamba, de Diego de Mora, Juan de Saavedra y Mercadi-

llo y de la ciudad de Quito. El Presidente los recibió con mucho amor y dió buen despacho á todos, escribiendo á todas partes la nueva de su llegada á aquel puerto, mandando lo que en cada parte se había de hacer; envió á Guayaquil para que los caballos y bestias se trajesen con brevedad, escribió á Quito para que Pedro de Salazar viniese con la gente á juntarse con él, y también á Benalcázar y licenciado Almendáriz para que se trajesen ó enviasen solamente la gente que de su voluntad quisiese venir y que no hiciese falta en las granjerías ni defensa de sus gobernaciones, y que fuese de manera como en el camino no hiciesen daño ni desorden alguno, y envió á don Antonio de Garay para que viniese con esa gente. Luego, en llegando, dió provisión de Capitán y Justicia mayor de Piurá á don Juan de Sandoval y mandó que residiese allí, así para la defensa del pueblo como para tener siempre aviso de Gonzalo Pizarro, por ser aquel pueblo buena comarca para ello.

Halló el Presidente, entre otras personas que allí en Túmbez le esperaban, al padre Baltasar de Loaysa, que le dió entera relación de todo lo de la tierra, y persuadióle para que no mandase venir la gente de Santo Domingo y Nuevo Reino ni de otra parte alguna, dándole muchas razones para ello y afirmando que todos los vecinos que estaban con Gonzalo Pizarro le dejarían luego que viesen su presencia. Y de algunos dellos dió cartas que traía al Presidente, el cual mandó que Loaysa fuese á Quito con una instrucción que le dió para el capitán Salazar, y á él mandó que residiese en Quito y detuviese la gente que viniese de Bogotá y del Nuevo Reino. También llegó en esta sazón á Túmbez el padre Juan Rodríguez, que venía del Cuzco de parte de Diego Centeno, avisando al Presidente lo que había hecho en el Cuzco, y supo que era ya partido é ido á recoger la gente de Arequipa que traía el capitán Jerónimo de Villegas.

CAPÍTULO LXXVII

Cómo el Presidente se partió de Tumbéz, y de las cosas que en el camino hizo y proveyó, y cómo llegó á Jauja con su compañía, y los que allí halló, y los que más fueron llegando.

Va desde Tumbéz por tierra el Presidente.—Llegan al Presidente Ventura Beltrán y otros.—Las cosas que ordenó el Presidente.—Llega el Presidente á Piurá.—Intento y consideración del Presidente Gasca.—Llega el Presidente á Trujillo.—Llega el Presidente á Jauja.

Después que el Presidente hubo estado algunos días en Tumbéz, habiendo hecho y ordenado lo que hemos referido, partióse por tierra, y con él don Jerónimo de Loaysa (Obispo de los Reyes) y el general Hinojosa y el mariscal Alvarado, habiendo ya enviado los capitanes y gente que fuesen por mar á Paita. Y llegado al campo de Casacaos despachó mensajeros con cartas para Lima y el Cuzco, y en este camino llegó Ventura Beltrán, que había Gonzalo Pizarro enviado á guardar el puerto de Guaura, y habiase de allí venido con Hernando Alonso, Diego del Castillo, Juan de Agreda y Alonso de Esquivel. Vino también Juan Porcel á comunicar el camino que él y los demás capitanes habían de llevar, al cual luego el Presidente despachó para Caxamalca, dando la orden por do habían de ir, mandando que Juan Porcel fuese delante de la gente que había de ir por la sierra para allanar y aderezar el camino y proveer de lo necesario. Mandó que la gente de armada fuese parte della por la mar hasta el

paraje de Trujillo, y la otra viniese por Piurá y á Caxamalca para que, juntada con la de los capitanes, caminase por la sierra hacia Lima y el Cuzco y tras ella por el mismo camino la de Quito. Ordenó que él y el Obispo de Lima y el mariscal Alvarado, con alguna gente de caballo, fuesen por los llanos, así por dar calor y ánimo á los del Cuzco como por tener proveído lo de Lima cuando por la sierra llegase la gente y que hubiese ya salido de Lima, de manera que no hubiese necesidad de detenerse después de llegados. Mandó que el General fuese por la sierra porque la gente fuese por más orden y concordia, y porque con su bondad se excusase de dar molestia á los naturales.

Ordenó y mandó que todas las naos que de Paita quisiesen volver á Panamá se les diese licencia, y que á ellas y á todas las demás las dejasen venir con mercaderías, pues la mar y puertos ya estaban por su Magestad, con que la Justicia de Panamá y oficiales reales no dejasen venir en ellas sino mercaderes y marineros, y que las otras naos pasasen adelante y llevasen la gente que había de ir por mar, y que quedase á proveerlas Juan Gómez de Añaya. Prosiguiendo, pues, el Presidente por tierra su camino llegó á Piurá, do llegó el licenciado Sánchez con cartas de Lorenzo de Aldana y los demás capitanes y de muchos vecinos de Lima y de Guamanga en que le decían cómo Gonzalo Pizarro iba más de sesenta leguas de Lima, y que aguardaba á Juan de Acosta para juntarse con él para ir sobre Diego Centeno. Luego el Presidente salió de Piurá, y, prosiguiendo su camino, á media jornada antes de Copi, llegó Gaspar de Rojas con cartas de Aldana y Hernán Mexía. El general Hinojosa se partió para Caxamalca, como el Presidente lo había ordenado, por el camino que llevaba la gente de la armada para efecto de ir con todo el campo (así de la armada como capitanes de Caxamalca y Quito) á salir por la sierra á Jauja, y el Presidente con el Obispo y Mariscal y capitán Mercadillo partió con ochenta de á caballo para la ciudad de Trujillo para ir á Tampoá y de allí á Guailas, y por la sierra salir á Jauja; y porque le pareció que sería bien ponerse

brevemente en Jauja para dar calor á Diego Centeno y á los que estaban con la voz de su Majestad y á los que quisiesen acudir á ella y desanimar á Gonzalo Pizarro y los de su valía, por esto el Presidente enviaba de continuo mensajeros á solicitar al general Hinojosa se diese prisa á caminar con el campo para que llegase á tiempo con él y su compañía á Jauja. El intento del Presidente en mandar que la gente fuese por la sierra, allende otras buenas consideraciones que para ello tuvo, fué porque no entrando la gente en Lima se excusaban grandes gastos é importunidades que antes de salir de la ciudad la gente le daría, que eran cosas que se debían huir, no sólo por que el gasto sería mayor más aún por no haber dinero alguno de su Magestad, que todo lo había llevado Gonzalo Pizarro, y asimismo los mercaderes y vecinos y estantes llegaron tan robados y necesitados que no tenían posibilidad de dar ni de prestar cosa alguna.

Antes de llegar á Trujillo envió el Presidente á Gaspar de Rojas á Lima, y escribió el camino que el General y campo llevaban por la sierra, y el que él y su compañía llevaban para Trujillo, Santa, Guailas y Jauja, encomendando mucho que con toda brevedad saliesen todos de Lima á juntarse con ellos en aquel puerto, y que Lorenzo de Aldana quedase en el gobierno de la ciudad y guarda de la armada y puerto, para proveer lo que de allí fuese menester al ejército y otras partes, porque le pareció ser cosa necesaria é importante que tal persona quedase para cosa de tanta importancia y calidad. Pues, esto así ordenado, prosiguió su camino con el Obispo y los demás de su compañía, y llegando á Trujillo vino allí Alonso de Alarcón con cartas de Lima y luego prosiguió hasta Santa y de allí tomó el camino de la sierra y enderezó hasta Jauja, adonde, llegado que fué, halló al capitán Palomino con cien soldados de su compañía, é asimismo eran llegados los capitanes Juan Porcel, Mercadillo y Hernán Mexía y los licenciados Carvajal y Polo, y don Pedro Cabrera con su gente, que por la tormenta había venido por Quito, Vasco de Guevara y el capitán Cáceres y otras personas con ellos, y luego fueron en-

trando Martín de Robles, el adelantado Andagoya, y Juan de Saavedra, y Gómez Arias con sus compañías, y Serna y Pardavé con la gente de pie de los de Diego de Mora, y Francisco de Olmos con la suya. Lo cual ahora deja la historia hasta su tiempo por contar el suceso de Gonzalo Pizarro y Diego Centeno.

CAPÍTULO LXXVIII

Cómo Diego Centeno tuvo nueva de la venida del presidente Gasca, y Alonso de Mendoza y Juan de Silvera se juntaron con él con ciertas capitulaciones, y Francisco de Carvajal ahorcó al padre Pantaleón y otras personas.

Llega Juan de Mazuelas y da nueva cómo la armada se ha entregado al Presidente.—Llega el padre Márquez con el perdón general.—Los capítulos que envió Alonso de Mendoza á Diego Centeno.—Acepta Diego Centeno los capítulos.—Llega Alonso de Mendoza y vándose todos al desagüadero.—Dan garrote á León.—Ahorca Carvajal al padre Pantaleón.

Después que la gente de Arequipa se juntó con Diego Centeno, vino don Martín de Guzmán al campo del Rey, y dijo á Diego Centeno que venía en su seguimiento gente de la Villa de Plata, y que habían cortado la puente del desagüadero. Luego se proveyeron corredores que fuesen á correr el campo y á hacer aquella puente, que estaba más de treinta leguas de aquel sitio, y que estuviesen allí algunos soldados de guardas para que diesen el aviso de lo que hacían Alonso de Mendoza y Juan de Silvera. Vino en este tiempo al campo Juan de Mazuela, (hermano de Gómez Calavantes, vecino de Lima), que se había huído de Gonzalo Pizarro, y dió nueva cómo la armada de Pizarro se había entregado al presidente Gasca, el cual había llegado á Túmbez, y que Lorenzo de Aldana estaba con los navíos en el puerto de Lima. Estaba entonces Diego Centeno en Hayohayo, y holgáronse

todos mucho con esta nueva, y sosegáronse muchos que tenían malas voluntades. Empero, como no llevaba cartas ni testimonio alguno, no se le daba entero crédito.

Mas de ahí á diez días llegó el padre Márquez con cartas y testimonios y el poder del Presidente y perdón general con que dió á todos grandísimo contento. Luego hizo Diego Centeno juntar toda la gente é hízoles un largo razonamiento, recibiendo las nuevas dando muchas gracias á Dios por ello, y exhortándolos al servicio del Rey, y envió las cartas y testimonios con Luis García San Mamés y el arcediano Rodrigo Pérez á Alonso de Mendoza, lo cual fué causa que más presto viniesen, porque luego enviaron ciertos capítulos á Diego Centeno que contenían: Que por cuanto Alonso de Mendoza traía mucha gente que había servido á Pizarro y aun robado á los servidores del Rey, que no les pudiesen pedir oro, ni plata, ni caballos, ni armas, ni otra cosa alguna, y que asimismo Alonso de Mendoza había de ser General de su gente y Centeno de la suya. Diego Centeno aceptó los capítulos, y como pasasen algunos días y no venían, quiso (con acuerdo del Obispo del Cuzco, que venía en su compañía) ir sobre Alonso de Mendoza. Y estando ya casi de partida llegó Juan de Silvera que dijo cómo Alonso de Mendoza venía con su gente, y sabiendo que ya llegaba cerca Centeno le salió á recibir, y se recibieron con mucho amor. Traía consigo Alonso de Mendoza más de trescientos hombres; luego acordaron irse al desaguadero y allí fortalecerse, é así el real se alzó de Hayohayo y se fué á poner al desaguadero, donde un fulano León habló en secreto á Juan de Silvera y le persuadió que matase á Diego Centeno y á otros servidores del Rey y se alzase con la gente en favor de Gonzalo Pizarro. Juan de Silvera se imaginó que León le tentaba por consejo de Diego Centeno, y así fué luego á él y se lo dijo, agraviándose mucho dél. De que resultó que á León se le dió garrote aquella noche, é otro día siguiente amaneció puesto en un palo con un letrado que decía: "por amotinador.". Pasáronse en este comedio cuatro soldados de Pizarro á Diego Centeno y el capitán Antonio de Ulloa que iba á

Chile, y dieron nueva cómo Gonzalo Pizarro y Acosta venían, y que Francisco de Espinosa había salido delante á correr. Luego proveyó Centeno que Alonso Alvarez de Hinojosa saliese á correr el campo con treinta de caballo, y dando la vuelta dieron nueva cómo venían á Chicuito y que serían hasta quinientos.

Informado, pues, Diego Centeno de su venida y cuántos serían, hizo escrebir al Presidente lo sucedido y el estado presente, dando particular cuenta cómo Alonso de Mendoza y Silvera se la habían juntado, y que tenían consigo más de novecientos hombres, lo cual escrebió juntamente con el Obispo del Cuzco, y las cartas se enviaron con el padre Pantaleón, el cual, luego que se partió, fué tomado por los corredores de Pizarro, y Francisco de Carvajal le ahorcó con las cartas y el breviario al cuello, y á otro soldado que estaba recogiendo comida le tomaron asimismo y le ahorcó sin confesión, y lo mismo hizo Carvajal de otros seis que tomaron.

CAPÍTULO LXXIX

De lo que hizo Gonzalo Pizarro después que supo que Alonso de Mendoza se había confederado con Diego Centeno, y del rompimiento de la batalla de Guarina.

Envía Pizarro un mensajero á Diego Centeno.—Lo que Centeno escribe á Gonzalo Pizarro.—Deja Diego Centeno el sitio fuerte por atajar á Pizarro.—Háblanse los corredores unos á otros.—Está Diego Centeno muy enfermo.—Viene Juan de Acosta á matar á Centeno. Hace razonamiento el Obispo del Cuzco á la gente.—Orden de la gente de Centeno.—Ordena Carvajal la gente de Pizarro.—Va el padre Herrera á requerir á Diego Centeno.—Ardid de Francisco de Carvajal.—Manda Carvajal, de industria, disparar á algunos arcabuceros.—Huye Bachicao y pásase á la parte de Centeno.—Avisado ardid de Carvajal.—Queda el campo y la victoria por Gonzalo Pizarro.

Sabido por Gonzalo Pizarro cómo Alonso de Mendoza se había confederado con Diego Centeno, y que estaba junto á la laguna Titicaca, por do él tenía intención de pasar para irse á Chile ó á la entrada de Diego de Rojas, enderezó para allá su camino (aunque dicen fué con intento de darle de lado) y envió delante á Francisco Boso con cartas y mensaje para Diego Centeno, en que le traía á la memoria las cosas pasadas, persuadiéndole que se juntase con él, y que, haciéndolo, pidiese todo lo que quisiese para sí y su familia. Llegado, pues, este mensajero á Centeno, y siendo dél bien recibido, escribió á Pizarro con mucho comedimiento, reconociendo las

buenas obras que dél había recibido, y persuadiéndole dejase su pretensión y que se redujese al servicio del Rey, que haciéndolo le sería buen tercero para con el Presidente.

Vuelto el mensajero á Gonzalo Pizarro, como le dijese la intención de Centeno, no quiso ver las cartas, y así las rompió públicamente, y de allí fué prosiguiendo su camino para las Charcas con propósito de desmentir el camino y colarse (que así Carvajal se lo había confesado) fué Diego Centeno avisado desta determinación con que Pizarro venía, y habiéndolo consultado con sus capitanes y con el Obispo del Cuzco, don fray Juan Solano (que con él venía) acordó dejar el sitio tan fuerte como tenía y atajarle aquel paso, necesitándole á batalla, y así comenzó á caminar con todo su campo bien en orden. Yendo asimismo con él el Obispo del Cuzco, con su cruz y una bandera pequeña con un letrero, y con sus clérigos y frailes para animar la gente, y estando ya á dos leguas el un campo del otro, todos se pusieron en arma y se vieron y hablaron los unos corredores á los otros, y aquella noche siguiente toda la gente estuvo en escuadrón fuera de los toldos, si no fué Diego Centeno, que venía muy enfermo, y estaba seis veces sangrado. Estando, pues, desta suerte, vino secretamente á la media noche Juan de Acosta con treinta arcabuceros, con intento de matar á Diego Centeno (por que ya sabían que allí estaba) y puesto que tomó una centinela y llegó á los toldos, unos negros dieron arma y así dispararon sus arcabuces, y aunque luego puso confusión en la gente, Juan de Acosta se volvió sin hacer otro efecto.

Otro día por la mañana, veinte de Octubre de cuarenta y siete, el Obispo dijo misa, y muchos clérigos y frailes de los que con él venían, y muchos confesaron y comulgaron, y á toda la gente hizo el Obispo un razonamiento exhortando y animándolos para la batalla, exagerando mucho la crueldad y tiranía de Gonzalo Pizarro y de Francisco de Carvajal, que hasta los clérigos y frailes sacerdotes se extendía. Y acabada su plática, de ahí á dos horas, todos se pusieron en escuadrón y comenzaron de marchar sus ban-

deras tendidas en esta manera: Hizose un escuadrón de quinientos piqueros, y á los dos lados del escuadrón ciento y sesenta arcabuceros, y los demás tenía el capitán Negro para sobresalientes. De la una parte del escuadrón iba el maestro de campo Luis de Rivera y Jerónimo de Villegas con la gente de Arequipa, y Alonso de Mendoza con la gente de la Villa de Plata, y por la otra parte de la infantería iban otros dos estandartes de á caballo, de que eran capitanes Pedro de los Ríos y Antonio de Ulloa, y mandóse que el escuadrón de á pie rompiese con la infantería de Pizarro y que los capitanes Jerónimo de Villegas y Alonso de Mendoza rompiesen con la gente de á caballo, y que Pedro de los Ríos y Antonio de Ulloa rompiesen contra el escuadrón de infantería en favor del escuadrón de infantería de Centeno. El cual iba en unas andas, por su dolencia, y un paje par de sí le llevaba el caballo, y Ervás, un soldado viejo, gran hombre de guerra, iba asimismo en unas andas por estar tollido de gota.

Estaba la gente de Pizarro (que serían quinientos) al pie de una sierra en que había trescientos y veinte arcabuceros diestros, y que traían buenos arcabuces y buena y mucha pólvora refinada, la cual no tenían los de Centeno, sino poca y que no valía nada. Estos, pues, ordenó Francisco de Carvajal de dos en dos, con orden que los seis tirasen y los seis cargasen. Puso la gente de caballos de tres banderas que traía en un escuadrón de ochenta y cinco hombres, y entre ellos cuarenta arcabuceros; eran capitanes de á caballo Gonzalo Pizarro, el licenciado Cepeda y el bachiller Guevara. De la gente restante hizo escuadrón de piqueros, de que eran capitanes Hernando Bachicao, Juan de Acosta y Juan de la Torre.

Estando desta suerte envió Gonzalo Pizarro al padre Herrera que hablase á Diego Centeno y al Obispo del Cuzco para que le dejasen pasar sin batalla, y que si no lo quisiesen conceder requiriese á Diego Centeno y protestase contra él todo el daño que della se recreciese. El Capellán fué luego con una imagen de un crucifijo en la mano, empero no le dejaban llegar entendiendo que iba á reconocer la orden para tomar ventaja en la suya, hasta que

Diego Centeno envió por él, y habiéndole oído le mandó detener en la tienda del Obispo.

Estando, pues, ordenada la gente de ambas partes, había seiscientos pasos de distancia de los unos á los otros, y el campo de Pizarro comenzó á caminar hasta cien pasos y muy á espacio é hizo alto; y los de Centeno, paso á paso, hicieron lo mismo y estuviéronse quedos. Viendo Carvajal que el campo de Centeno estaba parado pesóle mucho dello, y para los provocar mandó salir algunos arcabuceros sobresalientes y mandó marchar la gente muy á espacio no más que diez pasos. Y en esto ya habían salido treinta arcabuceros de los sobresalientes á escaramuzar con los de Pizarro; y en esta sazón los de Centeno comenzaron á ir marchando, y viendo esto Ervás (que iba en sus andas) dijo á voces: "¡alto, alto!, consejo, consejo.". El padre Domingo Ruiz y otros respondieron: "¡á las manos, á las manos! ¡á ellos, á ellos!.". E así fueron marchando apriesa, lo cual viendo Carvajal mandó disparar de industria á algunos pocos arcabuceros, y los de Centeno comenzaron luego á disparar de golpe sin hacer efecto alguno porque había más de trescientos pasos de distancia; el escuadrón de Centeno de la infantería fué marchando tan recio que á algunos se les caían las picas é iban tropezando y cayendo. Y cuando desta manera se acercaron, que no había de ciento y veinte pasos arriba de unos á otros, mandó Carvajal que toda su arcabucería descargase de golpe; y de la primera rociada mataron más de cien hombres y dos capitanes, y de la segunda mataron muchos y abrióse el escuadrón, perdiéndose toda la orden.

Habían Alonso de Mendoza y Jerónimo de Villegas acometido por un lado al escuadrón de caballo de Gonzalo Pizarro que estaban á la retaguardia de su gente de pie, y Pedro de los Ríos y Antonio de Ulloa dieron por el otro sin dar en la gente de pie como se les había mandado. Y fué de tal manera que casi derribaron toda la gente de Pizarro que no quedaron diez en la silla. Y, como hombres que tenían por cierta la victoria, comenzaron á desvalijar los contrarios y rendirlos y quitarles las armas.

Fué en este reencuentro derribado Gonzalo Pizarro, y Garcilaso (que había quedado en la silla) se apeó y le dió su caballo y le ayudó á subir, y el licenciado Cepeda estuvo rendido. Hernando Bachicao, creyendo estar por Diego Centeno la victoria se huyó y pasó á la parte de Centeno; y en este comedio, como la infantería de Centeno estuviese desbaratada sin venir á las manos, cargaron sobre la gente de caballo de Diego Centeno toda la arcabucería de Pizarro, de tal suerte, que los derribados y rendidos hubieron lugar de rehacerse y revolvieron contra los que habían sido vencedores y andaban muy trabajados y revueltos, porque los de Centeno se mantenían valerosamente. Llegó luego allí Carvajal, y como los vió tan revueltos, llamó á todos los arcabuceros y díjoles: "Ea, señores, á todos, á todos, á amigos y á enemigos, que así conviene,..". E así lo hicieron, de tal manera, que de los unos y de los otros fueron muchos heridos y muertos; y como los que se mantenían de caballo no serían más que ciento y vieron desbaratada toda su infantería que no había quien los pudiese hacer pie que se huían, hicieron ellos lo mismo, quedando el campo y la victoria por Gonzalo Pizarro. Diego Centeno, y el padre Vizcaíno y otros se huyeron (que después aportaron á Lima) y el Obispo fray Juan Solana se huyó con parte de gente al Cuzco. El saco que hubo fué grande, que se dijo ser de más de un millón y cuatrocientos mil pesos; fué la más sangrienta batalla que hubo en el Perú; murieron de la parte de Centeno trescientos y cincuenta, y más de otros tantos heridos, y de los capitanes, Luis de Rivera, Diego López de Zúñiga, Retamoso, Negral, Pantoja y Diego Alvarez, y muchos vecinos y soldados. De la parte de Pizarro, más de ciento y hubo muchos heridos.

CAPÍTULO LXXX

De lo que se hizo después de la batalla, y de la manera que pelean los de caballo en el Perú, y las cosas que Gonzalo Pizarro proveyó y se fué á la ciudad del Cuzco.

Crueldad de Francisco de Carvajal.—Cruel y desvariada manera de pelear.—Ahorca Carvajal al hermano del Obispo y un fraile y á otros.—Manda Pizarro traer presas las mujeres de los vecinos de Arequipa.—Mata Juan de la Torre á Juan Vázquez de Tapia y al licenciado Martel.—Mata Carvajal á Hernando Bachicao.

Reconocida, pues, la victoria y huídos los de Centeno, andaba Francisco de Carvajal con dos negros que con porras hacía matar á los que en el campo quedaban heridos; fueron muchos los que desta manera mató y todos los muertos fueron muy de prestos puestos en carne por los indios y negros del real. Había también más de cincuenta caballos muertos sin los que quedaron heridos, hubo grandes y mortales heridas de lanzada de los de caballo. Porque aquí, aunque muy pocos traen en el Perú arnés ni ristre, háse hallado en aquella tierra una nueva, cruel y desvariada manera de pelear los de caballo; y es que traen lanzas de fresno gruesas y largas metidas en unas bolsas de cuero, las cuales cuelgan en unas correas muy recias asidas del arzón delantero, que dan vuelta por el pecho del caballo, y cuando caminan llevan enarbolada y acotada la lanza en aquella bolsilla, y cuando se han de encontrar, meten la lanza debajo del sobaco y requiérenla en la bolsa; y como las correas vienen por

debajo del pecho del caballo, es el encuentro con toda la fuerza del caballo, y así la lanza ceba y ha de pasar al enemigo ó derribarle y muchas veces á él y á su caballo, y si queda sana la lanza y el de caballo es para ello, después de hecho el encuentro ó errado, ejecuta como jinete. Y para cumplir con estos dos oficios, cabalgan largos y no tanto como hombres de armas, y traen sillas jinetas como de la brida. Esta invención hallaron los de Chile, y se dice haberla inventado un clérigo que andaba con ellos.

Volviendo, pues, á la historia, acabada la batalla fué Francisco de Carvajal con algunos de á caballo dando alcance á los huídos, especialmente por ver si podía alcanzar al Obispo, de quien mostraba tener mucho enojo por haber ido con Diego Centeno y hallándose en la batalla, y cierto si le tomará no le perdonara la vida. El Obispo se escapó huyendo, y como Francisco de Carvajal no le pudo haber, ahorcó á Jiménez, su hermano, y á un fraile su compañero, y á otros, y volvióse á Gonzalo Pizarro, el cual mandó luego recoger y curar los heridos y enterrar algunos muertos y repartió la tierra entre su gente, haciéndoles grandes ofertas y ofrecimientos. Luego proveyó que Dionisio de Bobadilla fuese con alguna gente á Villa de Plata y las minas á recoger todo el oro y plata que hallase, y á Diego Carvajal el galán, mandó que fuese á la ciudad de Arequipa é hiciese lo mismo. Y como Pizarro y Carvajal estaban enojados de los vecinos de Arequipa por lo que habían hecho, mandaron á Diego Carvajal que trujese presas todas las mujeres de aquellos que contra Pizarro habían sido. Otro día después de la batalla, proveyó que Juan de la Torre fuese al Cuzco con cuarenta arcabuceros. El cual, en el camino, mató á algunos de los de Centeno, y llegado al Cuzco, luego ajustició á Juan Vázquez de Tapia, alcalde, y al licenciado Martel, y mandó que todos los de Centeno que á la ciudad hubiesen llegado se viniesen á poner debajo de la bandera, so pena de muerte, y perdonóles todo lo pasado, si no fuese á los que hubiesen hecho cosas señaladas. También envió Gonzalo Pizarro á Pedro de Bustinza con alguna gente para que fuese á Andaguaylas y tomase

los caciques de aquella comarca, y los tuviese presos por que proveyesen el campo de comida. Y de ahí á algunos días Gonzalo Pizarro se vino al Cuzco, haciéndole Juan de la Torre gran recibimiento, por ser la primera ciudad en que entraba después de la victoria de Guarina, que decían habérsela Dios milagrosamente dado. Y en el camino en Juli (pueblo del Rey) mató Carvajal á Hernando Bachicao diciéndole chistes y donaires, y fué porque en la batalla se había pasado á Diego Centeno.

CAPÍTULO LXXXI

De lo que más hizo Gonzalo Pizarro en el Cuzco, y cómo Diego Carvajal trajo las mujeres de Arequipa al Cuzco, y lo que él y Viezma hicieron con dos mujeres casadas, y cómo Francisco de Carvajal mató á doña María de Calderón, mujer del capitán Jerónimo de Villegas.

Ahorca Francisco de Espinosa á Alarcón y á Viera.—Ahorca en los Charcas á un alguacil y un regidor.—Quemó seis indios.—Fuerza Carvajal una mujer casada de Arequipa y ella toma rejalgar.—Viedma tuvo acceso á otra mujer casada y matóse con solimán.—Mata Francisco de Carvajal á Doña María Calderón.—Gracioso dicho de Diego de Carvajal sobre la muerte de Pedro de Puelles.

Luego que Gonzalo Pizarro entró en el Cuzco proveyó que Francisco Espinosa (natural de Valladolid) fuese con treinta arcabuceros á Arequipa y á las Charcas, y llegando á la ciudad de Arequipa ahorcó á Alarcón, vecino de aquella ciudad, y un Viera portugueses, por servidores del Rey, y llegado á los Charcas ahorcó á un alguacil y un regidor, por ser oficiales de su Magestad, y robó setenta mil pesos á particulares y recogió cuarenta hombres y vino con ellos (aunque llegó después de la batalla de Xaquixaguana) y quemó seis indios en el camino porque dieron aviso á españoles de su venida y se habían huído. Estando Gonzalo Pizarro en el Cuzco llegó Diego de Carvajal (natural de Placencia) á la ciudad de Arequipa é hizo muchos y malos tratos á las mujeres de los ve-

cinos y las robó de todo lo que tenían, hasta los vestidos; y porque la mujer de Diego García de Alfaro se escondió puso á tormento la madre, y la amenazó que se le daría si no dijese de su hija, y de miedo de se lo dijo; y después que la tuvo en su poder se aprovechó della carnalmente y por fuerza (según ella decía) y de afrentada del caso tomó rejalgar para matarse, y estando ya muy al cabo y cercana la muerte, vivió con remedios que la hicieron. Asimismo Antonio de Viezma (natural de Ubeda, alférez del licenciado Cepeda) que fué con Diego Carvajal, tuvo también acceso con una casada, mujer de vecino de allí, y llevada al Cuzco se mató con solimán, estando preñada, por lo que con Viezma había pasado.

Traídas, pues, todas las mujeres de Arequipa á la ciudad del Cuzco, dijeron á Gonzalo Pizarro que doña María Calderón, mujer del capitán Jerónimo de Villegas, hablaba mucho, y que decía que muchas más victorias habían alcanzado los romanos y que al fin se habían perdido, y que mucho mejor se perderían los que eran tiranos contra su Rey. Por lo cual fué Francisco de Carvajal una mañana á su casa y estando ella en la cama, la dijo: "Señora comadre (porque á la verdad lo era) ¿no sabe cómo la vengo á dar garrote?," Ella pensó que se burlaba con ella y le dijo que era un borracho y que ni aun de burlas quería que se lo dijese, que se fuese con el diablo. Finalmente, Carvajal hizo que dos negros la ahogasen, y así muerta la hizo colgar con una sogá de su misma ventana.

Había en este tiempo sabido Gonzalo Pizarro la muerte de Pedro de Puelles y cómo Rodrigo de Salazar le había muerto con Morillo, Tirado y Hermosilla, y estándolo contando dijo Diego Carvajal que á Pedro de Puelles perros le habían despedazado como á Anteón; lo cual decía porque Morillo y los demás eran nombres de perros, y sus nombres propios casi no había en el Perú quien los supiese. Dejando, pues, por agora á Gonzalo Pizarro en la ciudad del Cuzco, diremos lo que el Presidente hacía en el valle de Jauja.

CAPÍTULO LXXXII

De las cosas que el Presidente hizo y proveyó después que llegó al valle de Jauja, y de la mucha diligencia y cuidado que en todo ponía, y la querella de Diego de Urbina contra Rodrigo de Salazar sobre la muerte de Pedro de Puelles.

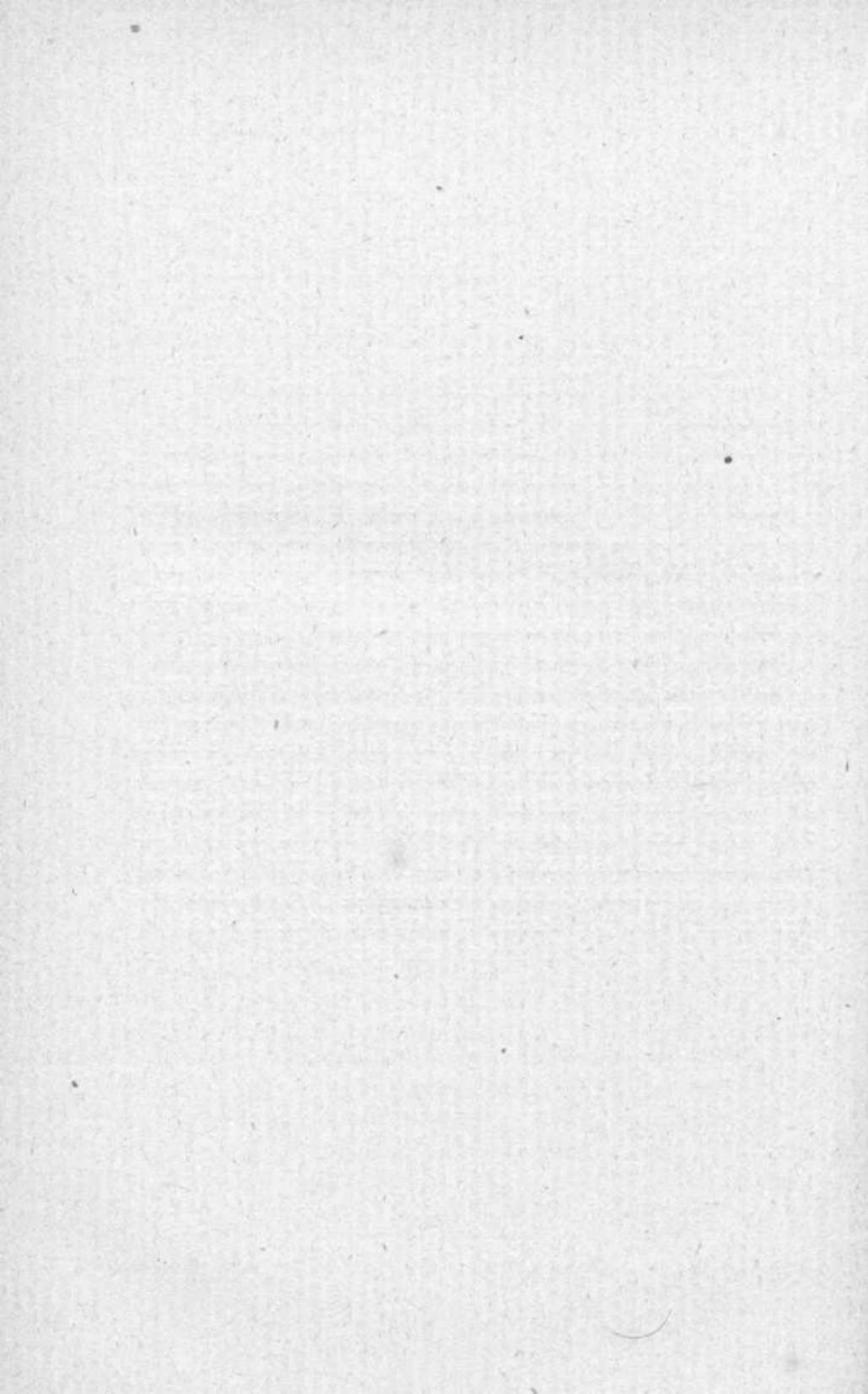
A todos admira la solicitud, diligencia y gracia del Presidente.—Sabe Gasca la rota de Centeno y siéntelo y disimula.—Las cosas que hizo y proveyó el licenciado Gasca.—Querella de Diego de Urbina contra Rodrigo de Salazar.—Desafía Urbina á Salazar sobre la querella. Respuesta de Salazar.—Conciértalos el Presidente.

Después que el presidente Gasca llegó al valle de Jauja, luego despachó cartas y mensajeros á todas partes, dando priesa á todos los capitanes para que acudiesen con la gente allí donde él estaba. Y en pocos días se juntaron mil y quinientos hombres, y á todos recibía el Presidente con grandísimo amor y les hacía muchos ofrecimientos y promesas; y viendo tanta gente consigo era cosa de ver la diligencia que traía en hacer fraguas, buscar y traer herreros que hiciesen y aderezasen arcabuces, y á cortar picas, y, finalmente, en hacer todo género de armas y proveer de lo necesario á todos; todo lo cual hacía con tanta gracia y buena manera que á todos admiraba, porque verdaderamente parecía que toda su vida se hubiese criado y ejercitado en la guerra. Tenía gran solicitud y cuidado de visitar de continuo el campo y todo lo que se hacía, y de curar los enfermos; y hacía y proveía tantas cosas que

parecía cosa imposible poderlo hacer un solo hombre; porque de tal manera tenía cuenta con cada una cosa destas y lo solicitaba como si de otra cosa alguna no tuviera cuidado; con lo cual, en muy poco tiempo, ganó la voluntad á todos y le tenían mucho amor y todos le deseaban agradar y servir. Vinole en esto la nueva del desbarato de Diego Centeno, y, cierto, sintiólo mucho (como era razón) mas él disimuló y en lo público mostraba no hacer caso dello ni tenerlo en nada. Luego proveyó que el capitán Mercadillo y Lope Martín, con treinta de á caballo, fuesen á descubrir y correr el campo la vuelta del Cuzco, y que, pasados de Guamanga, fuesen delante quanto la disposición de los negocios lo sufriesen, y procurasen saber de Diego Centeno y por dónde iba y recogiesen los que se habían huído. Luego envió al mariscal Alvaro á Lima para que ayudase á Lorenzo de Aldana á sacar la gente y traerla con brevedad, y dióle una provisión y una carta para enviar á Lima por el camino de la Nasca á Diego Centeno, para que si acaso por allí hubiese aportado desbaratado supiese cómo el Presidente estaba en Jauja y se viniese á juntar con él y trujese á la gente que pudiese, y mandó traer toda la artillería que había en la ciudad de los Reyes. También despachó al capitán Palomino que se fuese con cincuenta arcabuceros de su compañía para juntarse con el capitán Mercadillo y con los que de Centeno viniesen, y todos fuesen á Guaylas á dar calor y á animar á los indios para que se fuesen á Pizarro y le alzasen los mantenimientos, y asimismo para que defendiesen que los de Pizarro no llevasen los caciques, y que ellos los recogiesen á Guaylas, por razón que quien tiene los caciques tiene los avisos y los indios y los mantenimientos, porque si los enemigos llevasen el mantenimiento y destruyesen aquella comarca, el ejército real padecería mucha hambre cuando allí llegase.

Era venido en este tiempo Rodrigo de Salazar con la gente de Quito, y Diego de Urbina mostraba tener pasión y enojo por haber muerto Rodrigo Salazar á Pedro de Puelles, y decía que antes que le matasen tenía ya ordenado Puelles de reducirse al servicio del Rey, y que con

él y con otros lo tenía tratado y concertado que había de ser un día de fiesta que venía muy cerca. En el cual día Pedro de Puelles había de hacer un gran convite y banquete á muchas personas, y que estando allí todos juntos, había de hacer la reducción con mucha solemnidad y ceremonia; y que esto, estando así concertado, el mismo Urbina lo había dicho en poridad y secreto á Rodrigo de Salazar, como á grande amigo suyo que entonces era; y que, por razón que siempre él había servido y seguido á Gonzalo Pizarro y entendía que si Pedro de Puelles hacía reducir la gente á él no se darían gracias algunas ni dél se acordaría el Presidentè, se había él anticipado y urdido de matar á Pedro de Puelles y decía que no lo hiciera Salazar si no entendiera que Puelles se quería reducir; y ser esto así verdad que él lo haría bueno y lo combatiría á Rodrigo de Salazar, y decía estas cosas Diego de Urbina con mucha instancia y con cólera. A esto respondía y satisfacía Rodrigo de Salazar diciendo que lo que Urbina decía haberle á él descubierto sobre la reducción que había de hacer Pedro de Puelles era así verdad y se lo había á él dicho, mas que él le había muerto porque sospechó que dilatarlo como lo dilatava para aquel día de fiesta era entretenimiento para no hacerlo; y con esta respuesta Diego de Urbina se satisfizo y el Presidente los acordó loando y aprobando lo que Salazar había hecho, y decía, que allende que lo hecho esperaba bien á lo por hacer, con cualquier ocasión se pudiera mudar Puelles de hacer buen propósito.



CAPÍTULO LXXXIII

Cómo Lope Martín prendió á Pedro de Bustinza y á los que con él estaban en Andaguaylas, y el Presidente nombró Capitanes y Oficiales de guerra y partió con el campo de Jauja para Guamanga.

Acomete Lope Martín animosamente contra Pedro Bustinza y los suyos. Ríndense á Lope Martín y ahorca dos hombres.—La manera como el Presidente ordenó su campo.—Siete capitanes de caballo.—Trece capitanes de infantería.—Los obispos, religiosos y sacerdotes que seguían el campo.—Tiene el Presidente en Xaquixaguana mil y novecientos hombres.

Caminando el capitán Mercadillo y Lope Martín con la gente que llevaban, en pasando de Guamanga les dieron nueva que Pedro de Bustinza (vecino del Cuzco) estaba en el Tambo de Andaguayla con veintitrés hombres, y que tenía preso al cacique principal. Diéronles esta nueva cinco leguas antes del campo y era ya tarde. Luego el capitán Lope Martín tomó quince soldados consigo de los que llevaban, y adelantóse, y fué aguijando con ellos de manera que á la media noche llegó al campo, y desviándose dél pasaron adelante camino del Cuzco, y apeáronse y revolvieron sobre el Tambo, donde estaban veintidós hombres de Pizarro y por su capitán Pedro de Bustinza, y vieron tres dellos que estaban á una lumbre en vela. Lope Martín arremetió á ellos con doce que llevaba que le habían seguido, diciendo á voces: “¡Viva el

Rey, y mueran traidores!„ Y fingiendo que el capitán Mercadillo venía allí, decían: “Señor capitán Mercadillo, cerque vuestra merced todo el campo con su gente, porque no se nos vayan estos traidores„. Y con esto, y con disparar en los que de Pizarro allí estaban, los hicieron retraer á una cámara donde queriéndolos poner fuego se les rindieron y los quitaron las armas y lo ataron muy bien; y luego, á la mañana, Lope Martín ahorcó dos dellos que eran corzos que confesaron haber muerto en la de Guarina diez hombres de Centeno y que habían siempre estado con sus arcabuces al estribo de Pizarro. Lope Martín había muerto otro en la revuelta cuando entraron en el campo. Esto hecho Lope Martín hizo soltar once dellos, que eran de los de Diego Centeno, y los demás los dejó después en poder de la justicia de Guamanga, y con Pedro de Bustinza se volvió á Jauja.

En este tiempo volvió el Mariscal de Lima (donde el Presidente le había enviado) y envió delante mucha gente y artillería de campo, municiones y armas, y quedábanse aprestando más de otros cien hombres que estaban casi á punto para venir. Luego el Presidente ordenó su campo en esta forma: Que Pedro de Hinojosa fuese General, y el mariscal Alvarado Maestre de campo; el licenciado Carvajal Alférez general; Pedro de Villavicencio Sargento mayor; y siete capitanes de á caballo, de cincuenta hombres cada uno, que fueron: don Pedro Cabrera, Gómez de Alvarado, Juan de Saavedra, Diego de Mora, Francisco Hernández, Rodrigo de Salazar y Alonso de Mendoza. Hiciéronse de tan pocos porque los capitanes pudiesen tener cuenta con su gente y comunicarla y tener mejor recado de ella, y por el mismo respecto se hicieron trece compañías de infantería, que fueron Pablo de Meneses, don Baltasar de Castilla, Hernán Mexía de Guzmán, Juan Alonso Palomino, Gómez de Solís, Francisco Mosquera, don Hernando de Cardenes, el adelantado Andagoya, Francisco de Olmos, Gómez Arias, Juan Porcel, Valentín Pardaví y el capitán Serna, y por capitán de artillería Gabriel de Rojas. Tenía consigo el Presidente al Obispo de Lima y los Obispos del

Cuzco y Quito y al provincial fray Tomás de San Martín y al Comendador provincial de la Merced, y otros muchos sacerdotes, clérigos y frailes. Ordenado, pues, el Presidente, su campo, llegó el padre vizcaíno Domingo Ruiz, que salió de la batalla con Diego Centeno y traía carta suya en que refería que había llegado á Hacari (setenta leguas de Lima) con treinta y cinco hombres de á caballo, y que él venía mejor, y que, en llegando á Lima y proveyéndose, iría de allí en busca del Presidente.

En la postrer reseña que el Presidente mandó hacer halló que tenía setecientos arcabuceros, quinientos piqueiros, cuatrocientos de á caballo, y de allí hasta llegar á Xaquixaguana se recogieron hasta número de mil y novecientos hombres. Salió el Presidente del valle de Jauja con el campo á veintinueve de Diciembre de cuarenta y siete, y fueron caminando hacia Guamanga para tentar por dónde habría menos peligro de pasar el río de Avancay, habiendo ya enviado delante para lo prevenir á Pero Alonso Carrasco y á Mesa y á Orihuela, vecinos del Cuzco, que por aquella parte tenían sus repartimientos, y habiendo asimismo escrito al capitán Palomino y Mercadillo que estaban delante, avisándolos de su camino y lo que debían hacer.

CAPÍTULO LXXXIV

En qué se pone el traslado de una carta que el Presidente escribió para Juan de Espinosa en razón de otra carta que Gonzalo Pizarro, muy en cólera, había enviado á Juan de Espinosa.

Carta del Presidente á Juan de Espinosa.

Entre las personas que el Presidente envió á Andaguaylas para ayuntar los caciques y los demás efectos, fué á Juan de Espinosa, y estando allí haciéndolo, Gonzalo Pizarro le había escrito una carta en que hacía grandes amenazas al Presidente y que le haría andar los turdiones al son del viento, y otras cosas semejantes. Y á Juan de Espinosa le escribía un montón de villanías é injurias. Juan de Espinosa reescribió á Gonzalo Pizarro con alguna cólera en respuesta de su carta, y el traslado de ambas cartas envióle al Presidente, el cual recibió estos traslados y carta de Juan de Espinosa nueve días después que partió de Jauja. Vistas, pues, las cartas, por el Presidente respondió á Juan de Espinosa por una carta del tenor siguiente:

Del Presidente Gasca á Juan de Espinosa.

“Magnífico señor:

„Recebí su carta de dos del presente y juntamente la que Gonzalo Pizarro le envió, y parece que la de Vm. tiene el coraje que un bueno debe tener, y que la de Gon-

zalo Pizarro muestra bien la bajeza de quien la escribió. Porque aunque no concurriera otra cosa, para no escribir las vanidades é simplezas que en ella dice, sino su propia reputación, no las había de escribir. Pero al fin no puede disimular la bajeza que de su propio nacimiento trae, y lo que en su crianza aprendió. Vm. no debe tener pena, pues sólo él la había de tener de lo que escribe, si entendiése la limitación que en las palabras de los buenos debe haber; y así se lo pido por merced que no la tenga, y que, continuando lo que siempre como hijodalgo ha hecho en servicio de su Majestad, ponga diligencia en allegar los caciques é indios de esa comarca, y hacer que no acudan con mantenimientos á Gonzalo Pizarro, y en tener espías, y hacer todas las otras diligencias que convengan para saber lo que Gonzalo Pizarro hace, y nos dé (en este poco de tiempo que dura nuestra ausencia) aviso de todo lo que supiere. La priesa que en nuestro camino nos damos verá por la que escribo á esos señores capitanes, y por eso no lo torno aquí á decir. Nuestro Señor conserve y aumente en su santo servicio la magnífica persona de Vm. como desea.

„De Paucará, á nueve de Enero de mil y quinientos y cuarenta y ocho, á lo que Vm. mande.—El licenciado *Gasca.*„

Por esta carta se puede ver cuánto cuidado tenía el Presidente de cumplir con todos y agradarlos y con cuánta prudencia lo hacía.

CAPÍTULO LXXXV

Como el Presidente llegó con el campo á Andaguaylas, donde vino Diego Centeno y Benalcázar y el Oidor de Guatemala, y como también llegó Valdivia de Chile. Pónese la razón de su venida.

Llega Diego Centeno al campo.—Llega también Pedro de Valdivia de Chile.—Juegan cañas y corren sortijas los del Rey.—La manera como Pedro de Valdivia salió de Chile.—Los que metió consigo Pedro de Valdivia.

Caminando el Presidente con su séquito llegó á Guamanga, donde proveyó cosas necesarias y despachó mensajeros á diversas partes, y de allí fueron poco á poco á la puente de Bilcas con alguna necesidad de comida, y holgáronse mucho de hallar hecha la puente, por que traían temor de los de Pizarro la hubiesen quemado, que cierto lo pudieran fácilmente haber hecho, y, con cincuenta arcabuceros que allí pusieran, estorbaran que no se volviera á hacer. Pasada, pues, la puente de Bilcas, pasaron á Andaguaylas y hallaron los capitanes y gente que delante se habían enviado; y de allí á poco llegó el adelantado Benalcázar con veinte hombres de á caballo. Asimismo llegó Diego Centeno con sesenta de á caballo, con el cual el Presidente y todos los del ejército se holgaron mucho por su mucha bondad y lealtad en que grandemente se había señalado. Luego también llegó Pedro de Valdivia con ocho de á caballo que venía de



Chile, y el Presidente y todos se holgaron extremadamente, porque aunque con el Presidente estaban buenos capitanes y gente, ninguno había tan práctico y diestro como Valdivia, ni que así se pudiese igualar con la destreza y maña de Francisco de Carvajal. Luego llegó también el licenciado Pedro Ramírez (Oidor de la Audiencia de los confines) con doce hombres de á caballo que venían con él, y otros ciento y veinte quedaban atrás porque venían á pie, y tras éstos llegó el contador Juan de Cáceres con mucha ropa y plata para el socorro de los soldados, con que la gente se regocijó mucho. Y por la venida de Valdivia y Centeno jugaron cañas y corrieron sortija; aquí se detuvo el campo mucho tiempo por ser en invierno y haber muchas lluvias, y donde adoleció gran parte de la gente y algunos murieron, y fallecieron muchos más si no fuera por el mucho cuidado que el Presidente tenía de los enfermos, por cuya causa muchos convalecieron; y porque cualquier discreto curioso lector deseará saber la causa de la venida de Pedro de Valdivia, y que conviene para mejor entendimiento de la narración de la historia, la quiero aquí poner, que fué desta manera:

Estando el gobernador Pedro de Valdivia en las provincias de Chile, tuvo nueva cómo Gonzalo Pizarro estaba alzado contra el servicio de su Magestad; y aun quieren decir (y así es) que había recibido carta de Gonzalo Pizarro, lo cual disimuló Pedro de Valdivia como si nada supiera, y pidió prestado oro á las personas que entendió que lo tenían, diciendo que quería este empréstito para enviar á Francisco de Villagrá al Perú para hacer gente y para acabar de hacer aquella conquista, y aunque lo procuró mucho, ninguno le quiso prestar cosa alguna. Por lo cual Pedro de Valdivia, disimuladamente, juntó á todos y díjoles que, pues de su voluntad no le querían prestar el oro que les había pedido, se fuesen al Perú todos los que quisiesen, que él les daba licencia para ello, por razón que visto allá que llevaban oro se acreditase la tierra y viniese gente á ella; y desta suerte muchos se dispusie-

ron á venir al Perú y se fueron á embarcar al puerto de Valparaíso (que es diez leguas de la ciudad de Santiago) y con ellos Francisco de Villagrá, que era la persona que del Perú había de volver con gente, y Valdivia quedose en la ciudad de Santiago; y ya que todos fueron partidos y que entendió que estarían aprestados para hacer su viaje, salió de noche secretamente y llegó á tiempo que todos estaban embarcados y que habían hecho una ramada á la lengua del agua. E allí Pedro de Valdivia hizo guisar muy bien de comer y enviólos á convidar, que serían hasta veinte personas, los cuales vinieron todos, y acabada la comida hablólos encomendándolos mucho á Francisco de Villagrá (que tenía en lugar de hijo) diciendo, que pues él iba con ellos á traer gente para defensa de la tierra, les rogaba que si Villagrá tuviese allá necesidad de algún oro, se lo prestasen. Todos prometieron de hacerlo con gran voluntad. Lo cual hecho, Valdivia salió de la ramada muy disimulado hacia la mar donde estaba un barco, en el cual se entró y se fué al navío y tomó todo el oro que llevaban, que sería más de ochenta mil castellanos, é hizo asentar lo que á cada uno tomaba, y metió luego consigo en el navío á Jerónimo de Alderete, Gaspar de Villarroel, Juan de Cepeda y al capitán Jofre, Luis de Toledo, don Antonio Beltrán, Diego García de Cáceres, Vicente de Monte, Diego Oro y á su Secretario, ante quien hizo cierta protestación de cómo iba á servir á su Magestad contra la rebelión de Pizarro; y dejando en tierra aquellos que tomó el oro, luego con esto se hizo á la vela dejando por su teniente general á Francisco de Villagrá; y llegados al Perú tuvo nueva cómo el Presidente iba camino del Cuzco, y viniéronse derechos á Lima, donde se proveyeron de todo lo necesario, y de allí se fueron á Andaguaylas, donde sabían que todo el ejército estaba esperando á que aflojasen las lluvias y entrase la punta del verano para allí caminar y dar fin á las cosas de la guerra.

CAPÍTULO LXXXVI

Cómo el campo partió de Andaguaylas para el valle de Auancay, donde se trató de hacer la puente de Aporima, y lo que sobre esto se hizo.

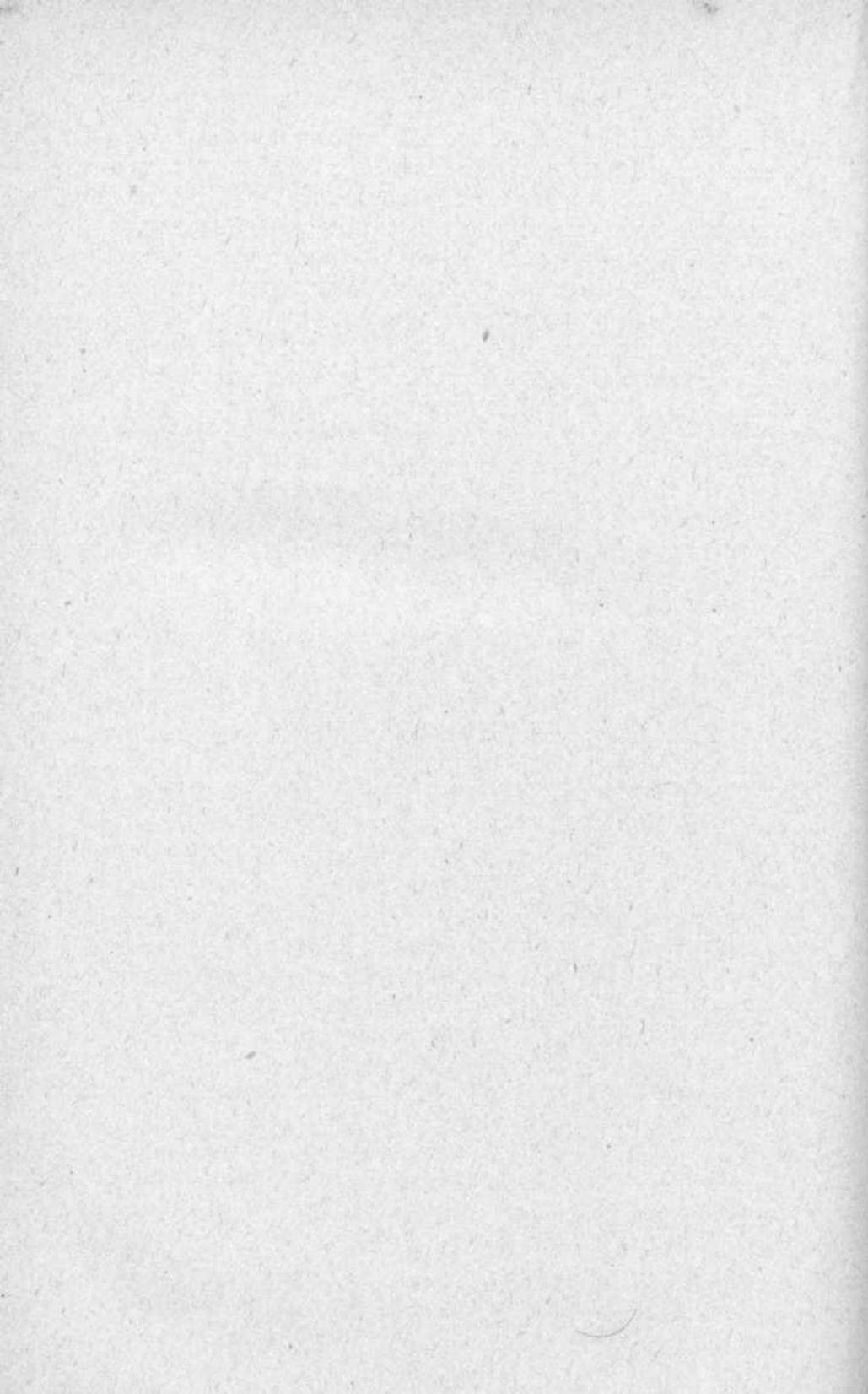
Entran en consulta sobre hacer la puente.—Acuerdo de la consulta.

Ya que al Presidente le pareció que la furia del invierno era pasada y que las lluvias habían cesado, habiendo dado algún socorro á los soldados, partió con todo su campo para el valle de Auancay, y llegó á la puente deste valle que está veinte leguas del Cuzco, donde estuvo sitiado tres días, por entender (si pudieran) el desinio de sus enemigos, para mejor atinar el camino que de allí debían seguir y á qué parte habían de caminar; y porque Gonzalo Pizarro había hecho quemar todas las puentes del río de Aporima por donde habían de pasar (que están doce leguas del Cuzco) entraron en consulta para determinarse en qué lugar y sitio harían la puente. Porque de otra manera habían de caminar por otras partes más de setenta leguas y por lugares incultos y despoblados y faltos de comida, y estando determinados de hacer puente se trató en qué sitio se harían que más cómoda fuese y que el enemigo fuese menos parte para estorbar de hacerlo; y habiéndose tratado y altercado mucho, después de muchos y diversos pareceres, se acordó que á cuatro partes se trajesen criznejas y materiales para hacer puen-

tes, por desvelar á Gonzalo Pizarro que no supiese en qué parte se debía de hacer, y si acudiese á una parte pudiesen acudir á la otra, y, siendo ya deste acuerdo, se determinó que los cuatro lugares fuesen la una en el camino Real y las otras en Cotabamba, Acha y Guachaca.

A Pedro Carrasco encomendaron con gente la del camino Real, y á Lope Martín la de Cotabamba, y á don Pedro Puertocarrero y Tomás Vázquez la de Acha, y á Antonio de Quiñones y Juan Julio de Ojeda de la Guachaca. No se intentó de ir por el camino Real por los malos pasos y dificultad de hacer allí la puente, y porque no había comida desde allí al Cuzco, y, llegando faltos della, necesitábanse á dar batalla en el fuerte donde los enemigos quisiesen esperar para darla, y no podían aguardar tiempo alguno á los que se quisiesen venir del tirano á servir al Rey; y así, por el consiguiente, parecía haber dificultad en el paso por Acha y por Guachaca, de manera que la parte más cómoda parecía ser en Cotabamba; y resumidos en esto, mandó el Presidente que Pedro Valdivia, Gabriel de Rojas, Diego de Mora y Francisco Hernández, fuesen á Cotabamba á ver el lugar donde se debía hacer la puente y la salida que della había, y á informarse qué tan lejos de la otra parte había agua, y de los sitios que habría para sentar el Real y la disposición para tomar lo alto de unas lomas que están pasada la puente, donde se temía que vernían los enemigos á defender la subida, ya que no defendiesen el hacer la puente ni el paso della. Venidos, pues, estos capitanes, todos fueron de parecer, y dijeron que se debía ir por Cotabamba, y dieron para ello muchas y bastantes razones. Luego se escribió á Lope Martín para que tuviese á punto las criznejas y materiales, avisándole que otro día el campo marcharía para allá, y que no echase crizneja alguna hasta que se le escribiese, porque los enemigos no tuviesen lugar de entender que allí se hacía puente y vienesen á impedir el paso ó la subida de la cuesta, echando las criznejas antes que el campo llegara. Luego, asimismo, se escribió á don Pedro Puertocarrero y á los que

con él estaban entendiendo en los materiales de la puente de Acha, que luego echasen dos criznejas en aquella puente, así porque los enemigos entendiesen que porque quería pasar el campo y se descuidasen de Cotabamba, como también porque por aquellas criznejas pudiesen llevar comida al real, cuando por la otra parte hubiesen pasado. También se proveyó cómo nadie pudiese pasar el río de Aporima para dar aviso á los enemigos, y para esto se tomaron todas las cestas y balsas por donde los indios pasan y se tuvieron en poder de personas que tuviesen cargo de enviar soldados confiados é indios para tener aviso de lo que convenía.



CAPÍTULO LXXXVII

Cómo teniendo echadas tres criznejas el capitán Lope Martín á la puente, los de Pizarro quemaron las dos y el campo fué allá, y á nado, y en una balsa, pasó gente de la otra parte y se echaron las criznejas, y la puente se comenzó á hacer.

Escribe Lope Martín que tiene echadas tres criznejas á la puente.—Dicen al Presidente que los de Pizarro han quemado las dos criznejas y recibe mucha pena por ello.—Lo que acordó y ordenó el Presidente.—Pasa parte de los del Rey por la puente.—Pasan muchos caballos á nado, con mucho trabajo.

Habiendo ya el Presidente ordenado estas cosas, recibió carta de Lope Martín, en que decía que ya tenía echadas tres criznejas, y que el día siguiente, á medio día, ternía hecha la puente; y que, por tanto, el campo se diese prisa á caminar, porque pudiesen pasar antes de ser sentidos de los enemigos. Gran desabrimiento recibió el licenciado Gasca en que se hubiese Lope Martín adelantado á echar las criznejas, é hizo que el campo marchase de allí á toda prisa, y mandó que fuesen delante Valdivia y Palomino para que ayudasen á guardar la puente y á hacer lo que conviniese. E yendo caminando el Presidente, llegó fray Martín (lego de la orden de Santo Domingo) y dijole cómo el día antes Lope Martín había echado tres criznejas, y que la noche pasada habían

llegado tres soldados de Pizarro con indios y habían echado fuego y quemado las dos y que luego habían huído. Recibió grandísima pena el Presidente desto, así porque se había perdido autoridad de haber tenido tan poco tiempo y prudencia en echar criznejas tan antes de tiempo, como de haber habido tanto descuido en guardarla, y lo que mayor pena le dió fué creer que ya tenían aviso los contrarios, y que en tanto que el campo llegaba á la puente y se ponía en estado de pasar por ella, tenían tiempo los enemigos de venir á estorbar que se hiciese, ó á lo menos que no pasasen por ella; y que desta manera, ó pasarían á gran riesgo ó serían forzados ir á pasar por Acha, de que resultaría grandes inconvenientes y mucho trabajo, y se perdería ánimo y reputación de su parte y lo ganarían sus contrarios, y que también podrían tener noticia del camino que habrían de llevar y les podrían estorbar el camino por Acha.

Consideradas, pues, estas cosas, parecía que el remedio de todo estaba en la brevedad, y así acordó que tras Valdivia y el capitán Palomino partiese luego el General con las compañías de Pablo de Meneses y Hernán Mexía (que eran arcabuceros) y procurasen (si fuese posible) llegar á la puente aquella noche, así para procurar de pasar en balsas de la otra parte para defender que no se quemase la crizneja que quedaba, como también para ayudar á estirar las criznejas y hacer la puente; y que asimismo fuese Gabriel de Rojas con la artillería para que, con los indios della y su industria, ayudase á las cosas de la puente, y dió orden que otras compañías fuesen siguiendo al General, y disimulando el Presidente que salía platicando cosas con el General se fué con él, y echándole luego menos, los obispos y otras muchas personas se partieron tras él, quedando el Mariscal en el campo; y aquella noche fueron á la puente el General y sus capitanes Mexía, Valdivia y Palomino, é hicieron pasar á nado sus soldados, que pasaron de la otra parte á gran riesgo, y con esto y con disparar arcabuces toda la noche, así los que estaban con el General como los de la otra parte, con

esto no osaron llegar ciertos españoles é indios que de parte de Gonzalo Pizarro vinieron á quemar la crizneja que había quedado, y á derribar el pilar que estaba de aquella parte.

El Presidente, con los obispos y otras personas, no pudieron llegar aquella noche á la puente, aunque á pie, con escuridad y despeñaderos, caminaron mucha parte del camino hasta que, de cansados, pararon á media legua de la puente; y aquella noche, luego que salió la luna, se partieron á pie (que por ser áspero el camino no podían ir cabalgando) y llegaron en amaneciendo á la puente. Luego se dió gran priesa en la obra de la puente y se echaron tres criznejas, y aquéllas y la que no se quemó se estiraron y aderezaron, y aparejáronse también otras dos para otro día; y pusiéronse á punto todos los materiales para tejer y solar la puente. Luego pasaron casi doscientos hombres por una balsilla de magueis (que es un palo liviano como de cañahejas, aunque tan gordo como una pierna de hombre) tirando gente de una parte y de otra de dos gruesas sogas, y pasaron á gran trabajo y peligro, trastornándose muchas veces la balsa con la gran corriente del río, teniendo debajo los que en ella iban, mas plugo á Dios que ninguno peligró, y asimismo por el río á nado pasaron aquel día muchos caballos aunque con mucho trabajo, así por ser el río grande y furioso como porque la entrada á él era muy áspera y alta y caían como despeñados en el agua y así hartos perecieron. La gente que estaba de la una parte y de la otra, todos tiraban y trabajaban al poner y apretar de las criznejas, sin que el Presidente ni Obispo ni otra persona quisiese tener privilegio para dejar de trabajar.

CAPÍTULO LXXXVIII

Cómo sabiendo Gonzalo Pizarro que la puente se hacía, envió á Juan de Acosta con gente y lo que hizo, y la puente se acabó de hacer, y por ella pasó todo el campo, y Gonzalo Pizarro envió á requerir al Presidente y lo que Carvajal aconsejó á Pizarro, el cual salió del Cuzco y asentó su real en Xaquixaguana.

Envía Gonzalo Pizarro á Juan de Acosta con gente.—Pásase Juan Núñez de Prado y da aviso.—Retírase Juan de Acosta.—Envía caudolosamente Gonzalo Pizarro dos clérigos al Presidente.—Intento y motivo del Presidente.—El consejo que dió Carvajal á Gonzalo Pizarro.—Respuesta de Pizarro.—Réplica de Francisco de Carvajal.—Dicho de Carvajal.—Asienta Pizarro su campo y el sitio que toma.

Teniendo Gonzalo Pizarro noticia cómo la puente se había hecho en Cotabamba, envió á Juan de Acosta con cincuenta arcabuceros y treinta de á caballo, el cual luego partió con intento de quemar la puente y matar los que hubiesen pasado y defender que allí no se volviese á hacer; y como vió que andaban corredores del campo del Rey, adelantóse con solos cinco ó seis de á caballo y dejó la otra gente puesta en celada, y pasando adelante hizo muestra de se reparar, á fin de meter á los corredores en la celada, y lo hiciera si no que Juan Núñez de Prado (que venía con Juan de Acosta) puso las piernas al caballo y pasóse á los corredores y dióles

aviso, y con esto los corredores se fueron retrayendo y dieron aviso á la gente que había pasado como Juan de Acosta venía. Por lo cual, tomaron por fuerte un repuesto é hicieron subir en los caballos indios y negros (porque ya casi todos los caballos habían pasado por hallarse la gente más desembarazada á la mañana) y, dándoles las lanzas y palos de los toldos, hicieron un buen escuadrón, cubriendo las haces de las primeras hileras con los españoles, y así cuando Juan de Acosta envió á reconocer la gente, creyó que había número tan desigual que no los osó acometer y se volvió por más gente; y entretanto el Presidente dió priesa en acabar de hacer la puente, é hizo pasar luego todo el campo. Otro día siguiente estaban ya todos de la otra parte del río é asimismo se pasó toda la artillería. Lo cual hecho, el General y Pedro de Valdivia fueron á tomar lo alto de la montaña, que había casi dos leguas de subida, por causa de que si Gonzalo Pizarro se adelantase á hacerlo, les pudiera hacer gran daño primero que subiesen, y diéronse mucha priesa á subir, y, puestos en la cumbre, estuvieron en vela y en escuadrón toda la noche novecientos hombres que con el Presidente habían subido de á pie y de á caballo.

Venido, pues, el día, envió Gonzalo Pizarro trescientos arcabuceros á Juan de Acosta, y teniendo aviso desto el Presidente proveyó que el mariscal Alonso de Alvarado volviese al río para hacer subir la artillería y recoger y traer consigo toda la gente; y como antes que el Mariscal volviese asomaron las banderas de Gonzalo Pizarro, luego se puso el Presidente con los novecientos hombres en orden de batalla para dársela; y como la gente que de socorro había venido á Juan de Acosta eran solos trescientos hombres arcabuceros, viendo la mucha pujanza de los contrarios se retiró, y lo hizo saber á Gonzalo Pizarro, y el Presidente estuvo en aquel sitio tres días hasta que la gente y artillería acabó de subir aquella gran cuesta. Tenía Gonzalo Pizarro en este tiempo gran congoja en no saber qué gente traía el Presidente en su ejército, y él y los suyos lo deseaban mucho sa-

ber, pero fué tanto el recato y aviso que se tuvo desde que el campo partió de Jauja, que no pudo tener remedio para lo saber; y con este deseo, viendo cuanto le importaba, determinó enviar dos clérigos al Presidente so color de le requerir que no pasase adelante y que derramase la gente hasta en tanto que su Magestad fuese informado de lo que sus procuradores y del Reino pedían á su Magestad.

Llegaron, pues, los clérigos al Presidente un día antes que partiese de aquella loma el campo, y entendido por el Presidente el intento y desinio que traían, no los dejó volver, antes mandó que estuviesen en el real hasta que se les diese la respuesta de lo que pedían. Hizo esto (allende otros motivos que tuvo) porque temió que sabiendo Pizarro la calidad y número de la gente que traía podría dar lado y andarse con alguna gente cansando y trabajando á los que les siguiesen y fatigando toda la tierra; sabido, pues, por Gonzalo Pizarro que el Presidente había tomado el alto de aquella gran cuesta, aconsejóse con su maestro de campo Carvajal, el cual dicen que le dijo que se retrajese de allí del Cuzco con los que tuviese más prendados y más se confiase, y que, haciendo esto, él les haría á los contrarios una guerra galana que fuese señor de todo lo que quisiese hollar y lo gozase; y que si le siguiesen, no comerían más que aquello que, pasando ellos, les quisiesen dejar, y que desta suerte se manternía hasta cansarlos ó hasta que del descontento naciese alguna novedad que, perseverando en la retraída, era imposible faltar. Gonzalo Pizarro rehusó este consejo diciendo que se le imputaría á cobardía y dirían que como cobarde había huído; y entendiendo esto Carvajal le dijo que aquello no era huir sino retraer, y que los prudentes y valientes capitanes no juzgaron jamás perderse pundo-nor en la retraída, y así le volvió á persuadir lo mismo, diciendo: "Haga vuestra señoría lo que digo, y á estos de Diego Centeno démosles sendas lanzas de centeno y váyanse. Porque estos son rendidos y nunca serán buenos amigos, y sin ellos nos estará muy bien el retraer,."

Finalmente, Gonzalo Pizarro dijo que quería probar su ventura, pues siempre había sido vencedor y jamás vencido; y así salió del Cuzco con novecientos hombres de pie y de caballo, y más de los quinientos arcabuceros y seis piezas de artillería; y vino á asentar su real en Xaquixaguana (cuatro leguas del Cuzco) en un llano al pie del camino por donde el ejército real había de pasar bajando de la sierra; y era el sitio tan fuerte, que no le podían acometer sino por una pequeña angostura que por delante tenía; porque de una parte tenía el río y las ciénagas y por la otra la montaña y por espaldas una muy honda cava; y desde allí siempre salían á escaramuzar (tres días que allí estuvo antes de que la batalla se diese) los unos con los otros, yendo marchando el campo del Rey hasta hallar lugar y sitio seguro donde alojarse, más adelante ó en el paraje que ellos estaban.

CAPÍTULO LXXXIX

Cómo el campo real se puso á vista del de Gonzalo Pizarro y bajó á lo llano jugando su artillería y haciendo daño á los enemigos, y de la manera que el Presidente ordenó los escuadrones para dar la batalla.

Hace mañosamente Pizarro retraer su gente.—Dispara el artillería de Pizarro.—Disparan cuatro tiros los del Rey y ponen en confusión á los de Pizarro.—Orden de la gente del Rey.—Dió la traza de los escuadrones Valdivia.—Dicho de Carvajal.

Al tiempo que el ejército real venía decendiendo por la cuesta abajo, temiendo Gonzalo Pizarro que la gente desfalleciera viendo tanta ventaja en sus contrarios, mandó retraer la gente detrás de un cerro que estaba junto á su campo, fingiendo que lo hacía porque, viendo el Presidente la buena orden y el número y calidad de gente que tenía, dejaría de dar la batalla; y habiendo ya pasado la gente y asentado su campo en un llano á vista de los enemigos, sacó Gonzalo Pizarro toda su gente en sus escuadrones, sacadas mangas de arcabuceros en orden de dar batalla, y comenzó á disparar su artillería y arcabucería para que el Presidente lo viese y oyese; y, venida la noche, acordaron Gonzalo Pizarro y su Maestre de campo venir por tres partes á dar sobre el real. Lo cual no hubo efecto porque se les huyeron dos soldados y entendieron que habrían ya dado el aviso; y venido el día, muchos arcabuceros de Gonzalo Pizarro subieron por el camino de una loma para dar en el real; á los cuales salieron al encuentro Juan Alonso Palomino y Hernán

Mexía con trescientos arcabuceros, y con ellos Pedro de Valdivia y Alonso de Alvarado y los hicieron luego volver más que de paso; y Valdivia y los demás hicieron subir encima de la loma cuatro tiros de artillería y dispararon á mucha furia, porque como la munición, así de pelotas como de pólvora, iban sus cargas hechas, pudieron hacerse muchos tiros que pusieron gran confusión entre los enemigos, porque muchas pelotas dieron en medio de la gente, y una dellas mató junto á Gonzalo Pizarro un criado suyo que se estaba armando y mató otro hombre y un caballo, que puso grande alteración en el campo y abatieron todas las tiendas y toldos. Los tiros de Pizarro comenzaron á asestar á lo alto de la loma, empero ningún daño hicieron; y habiendo por allí bajado el ejército real, luego se puso en orden con gran presteza y fué desta manera: Un escuadrón de infantería de trescientas picas y cuatrocientos arcabuceros, los doscientos y cincuenta en dos mangas que llevaban los capitanes Juan Alonso Palomino y los demás en la gente del escuadrón, porque como tenían aviso que la gente de caballo de Gonzalo Pizarro no pasaba de doscientos y la del ejército era mucho más, pareció que no había para qué guarnecer este escuadrón por los lados. A las espaldas deste escuadrón iba el General con el estandarte real y tres banderas de á caballo en buenos caballos y medianamente armados, que todos serían doscientos y veinte. El cual, con la gente de á caballo, había de hacer espaldas á este escuadrón de infantería hasta que llegase á pelear, y entonces salir á dar en la gente de caballo de los enemigos; item otro escuadrón de doscientas picas y doscientos y veinte arcabuceros, los sesenta en una manga que llevaba el capitán Valentín Pardave, y los otros sesenta donde la gente de caballo de los enemigos pudiese venir á romper en él, porque este escuadrón había de romper el lado del escuadrón de la infantería de los enemigos que era uno solo. La gente de caballo iba en dos escuadrones, el uno de ciento y veinte y el otro de ochenta. A las espaldas deste escuadrón menor iba junto á él un otro escuadrón de cuatro banderas de gente de caballo que había en ellas

ciento y cincuenta, y por capitán al adelantado Benalcázar para que, luego que el escuadrón menor diese en los enemigos, diese este de á caballo en el menor de caballo de los contrarios. Iba el capitán Pablo de Meneses con los arcabuceros de su compañía por sobresalientes, que eran ciento y tantos. El capitán Alonso de Mendoza quedó con su compañía de caballo (que eran más de cincuenta) para que estuviesen á un lado fuera de los escuadrones, y para que acudiesen á aquella parte que más necesidad tuviese, y estaba con el capitán Diego Centeno.

Los siete tiros se pusieron delante de los escuadrones á la mano derecha, y los otros cuatro que bajaron de encima de la loma y se pusieron á la izquierda (que era hacia la parte que la loma estaba). En esta orden, pues, se puso el campo con mucha presteza, porque la artillería de los contrarios se iba acercando y podría hacer daño, y llegándose el campo real, en esta orden, á los enemigos, se puso en un lugar bajo (sitio bien dispuesto) donde de la artillería contraria ningún daño se podía recibir, y juntamente con esto, debajo de la guarda de los sobresalientes y de las dos mangas de los escuadrones de la infantería de Alonso de Mendoza, se sacó por entrambos lados la artillería. De manera que descubría los enemigos y daba en ellos, y la de Gonzalo Pizarro ningún daño les hacía por estar tan bajos, que todas las pelotas volaban por alto. El mariscal Albarado llegó para socorrer y acudir á todas partes y proveer lo que fuese necesario; y para el mismo efecto llegó Pedro de Valdivia con el capitán Peña; fué sargento mayor deste campo Pedro de Villavicencio. Iba poniendo la gente en orden Pedro Alonso de Hinojosa, como general della, habiendo dado la traza de los escuadrones Pedro de Valdivia, á quien todos se rindieron en esto; y así, cuando vió Francisco de Carvajal el campo real, pareciéndole que los escuadrones venían bien ordenados, dijo: "Valdivia está en la tierra y rige el campo ó el diablo,,.

CAPÍTULO XC

Cómo se rompió la batalla de Xaquixaguana y el Presidente hubo la victoria, y Gonzalo Pizarro y su Maestre de campo fueron presos, y de algunas cosas que dijo Francisco de Carvajal.

Pásanse algunos de Pizarro al Rey.—Prenden á Pizarro y á Carvajal y á otros.—Llevan á Pizarro al Presidente.—Lo que dijo el Presidente á Pizarro.—Traen á Carvajal al Presidente.—Pláticas entre el Obispo del Cuzco y Carvajal.—Habla Carvajal á Diego Centeno.—Dicho de Carvajal.—Virtud de Diego Centeno.—Lo que dice Carvajal á Diego Centeno.—Los que murieron en la batalla y la consideración. Tenía el Presidente *Breve*, á instancia de su Magestad, para ser juez de causas criminales y no usa dél y por qué razón.

Era lunes, nueve de Abril de mil y quinientos y cuarenta y ocho, cuando abajado que fué el campo real de la cuesta, encomenzándose á ordenar, se pasó á él Garcilaso y un primo suyo con otros que con ellos huyeron, que fué mucho desmán para Gonzalo Pizarro; y luego tras éstos vino también huyendo el licenciado Cepeda, y salió tras él, siguiéndole para detenerle Pedro Martín de Sicilia y le alanceó el caballo, y si no fuera socorrido, también á él le alanceara. Pasóse asimismo el bachiller (que llamaban) de los Diez y el capitán Diego Guillén con doce arcabuceros. y todos éstos decían al licenciado Gasca que no diese aquel día la batalla, porque aquella noche, sin falta, se le pasaría toda la gente ó la mayor parte della; y aunque el Presidente temía la huída de

Gonzalo Pizarro, todavía se determinaba de no se la dar hasta ver si la gente dejaba de continuar en pasarse. Mas como Gonzalo Pizarro y su Maestre de campo vieron como se les iba poco á poco la gente, procuraron caminar en el orden que tenían para sus contrarios. Lo cual, viendo los sobresalientes y mangas del campo real, fuéronse allegando á los enemigos. Estando, pues, los campos casi juntos, los enemigos se desbarataron, y como hombres perdidos y cortados, muchos se pusieron en huida y entre ellos Francisco de Carvajal y Gonzalo Pizarro, que ni fueron para pelear ni bien para huir, y así luego se dió Gonzalo Pizarro á Villavicencio, sargento mayor, á quien entregó las armas; y con él fueron presos Juan de Acosta, Francisco Maldonado y el bachiller Guevara y otros muchos. Gonzalo Pizarro fué llevado al Presidente, á quien (siendo apeado) hizo su mesura. El Presidente le quiso consolar juntamente con representarle su yerro, á lo cual Pizarro se mostró obstinado y duro, respondiendo que él había ganado aquella tierra, y colorando en alguna manera lo que había hecho, daba sus disculpas; y habló de tal suerte, que forzó al Presidente á responderle áspero, porque le pareció que convenía satisfacer á tantos como le oían; y le dijo que no le bastaba andar fuera de la fidelidad que debía á su Príncipe, sino que aun en aquel tiempo se le quisiese mostrar ingrato y obstinado; y que habiendo su Magestad hecho merced á su hermano el Marqués de lo que le dió, con que á él y sus hermanos había hecho ricos de muy pobres, y levantándoles del polvo de la tierra, también lo desconociese, especialmente que en el descubrimiento de la tierra él no había hecho nada, y que su hermano, que lo había hecho todo, había siempre mostrado bien cuán entendida tenía la merced que su Magestad le había hecho, no sólo mostrándosele fiel, empero muy acatado; y sin aguardar el Presidente que á esto le diese respuesta alguna, dijo al Mariscal que se le quitase de delante y le entregase á Diego Centeno, á quien encargó su buen tratamiento. Luego trajeron al Presidente á Francisco de Carvajal (que en el alcance habían tomado caído en una

ciénaga debajo de su caballo) al cual traía Pedro de Valdivia; y venía tan cercado de gentes ofendidas que le querían matar, que apenas el Presidente le podía defender, y daba Carvajal á entender que quisiera que allí le mataran; y así rogaban afectuosamente que no les impidiesen para que le dejasen de matar.

Llegó á este tiempo el Obispo del Cuzco, y dijole: "Carvajal, ¿por qué mataste á mi hermano?" (lo cual decía por Ximénez su hermano, que después de la de Guarina, le había ahorcado). Carvajal respondió: "No le maté yo." Y tornándole á preguntar el Obispo: "¿Pues quién le mató?" Dijo Carvajal: "Su ventura," de lo cual, enojado el Obispo (y representándosele entonces la muerte de su hermano) arremetió á él y dióle tres ó cuatro puñadas en el rostro. Asimismo llegaba mucha gente, y le decían injurias y oprobios representándole cosas que había hecho, á lo cual todo Carvajal callaba; y Diego Centeno reprendía mucho á los que le ofendían. Por lo cual Carvajal le miró y le dijo: "Señor, ¿quién es vuestra merced que tanta merced me hace?" A lo cual Centeno respondió: "Qué, ¿no conoce vuestra merced á Diego Centeno?" Dijo entonces Carvajal: "Por Dios, señor, que cómo siempre vi á vuestra merced de espaldas, que agora, teniéndole de cara, no le conocía," (dando á entender que siempre había dél huído). Lleváronle luego preso, y todavía Centeno (aun con lo que Carvajal le había dicho) se le iba ofreciendo mucho y le decía que si había en qué hacer alguna cosa por él, se lo dijese porque lo haría con toda voluntad, aunque él no lo hiciera estando en el estado que él estaba. A lo cual Carvajal, llevándole entonces al toldo do había de estar preso, reparó un poco y dijo: "Señor Diego Centeno, no soy tan niño ó muchacho para que con temor de la muerte cometa tan gran poquedad y liviandad como sería rogar á vuesa merced hiciese algo por mí, y no me acuerdo, buenos días ha, tener tanta ocasión de reirme como del ofrecimiento que vuestra merced me hace." Y con esto le metieron preso en un toldo. De todo el ejército real no murió sino tan solamente un hombre en la batalla, y de Gonzalo Pizarro murieron quince. Porque así como Dios

puso los medios (por quien él es y por los méritos y santo celo que su Magestad tuvo para usar de benignidad con Gonzalo Pizarro y los suyos) así de su bendita y poderosa mano dió el fin con tan poco derramamiento de sangre, habiendo dentrambas partes mil y cuatrocientos arcabuceros y diez y siete tiros de campo y más de seiscientos de á caballo, y mucho número de piqueros, porque como los del campo real vieron luego tan desechos y perdidos sus contrarios y sin resistencia alguna, no hicieron más que prenderlos.

Juntáronse aquella noche con el Presidente el obispo de Lima y el General y el Maestre de campo y trataron sobre si se llevarían los presos al Cuzco para hacer justicia ó si sería en aquel asiento, y parecióles que se debía hacer con toda brevedad, así por el peligro que de huirse los presos podía haber, como porque en tanto que Gonzalo Pizarro vivía parecía que la paz no era segura, según la inquietud y mudanza que siempre había habido en aquella tierra. Y así les pareció que dél y de los otros sus capitanes que presos estaban, se debía hacer justicia antes que de allí se partiese, tomadas sus confesiones é información de la notoriedad de sus delitos, y aunque por el *Breve* que, á instancia de su Magestad, cuando los negocios de Valencia, se dió al Presidente, pudiera él conocer destas causas y de cualesquier otras (aunque fuesen criminales) y de todo lo que su Magestad le mandase entender, empero por la decencia de su hábito sometió el castigo de los culpados al licenciado Cianca y al mariscal Alonso de Alvarado, Maestre de campo.

CAPITULO XCI

Cómo se hizo justicia de Gonzalo Pizarro y de Francisco de Carvajal y de Juan de Acosta, y las cosas que dijo Carvajal, y el Presidente con el campo se fué al Cuzco, donde se hizo justicia de los culpados en la rebelión.

La justicia que se hizo de Gonzalo Pizarro.—Muerte de Francisco de Carvajal.—Dicho de Carvajal al tiempo de su muerte.—Hacen justicia del capitán Guevara y de Juan de Acosta.—Vase el Presidente al Cuzco.—Los que más fueron justiciados.

Luego otro día martes, diez de Abril, habiéndose tomado la confesión muy larga á Gonzalo Pizarro, se dió por traidor y se le cortó la cabeza y mandóse llevar á Lima al rollo della y que se derribase la casa que en el Cuzco tenía y la sembrasen de sal y en aquel sitio se pudiese un letrado declarando la causa; y aunque algunos dieron parecer é insistieron que se debía hacer cuartos y ponerlos por el camino del Cuzco, el Presidente no lo consintió por el respeto que al Marqués, su hermano, se debía; murió bien, mostrando arrepentimiento de los yerros que contra Dios y su Rey y prójimos había cometido.

Este mismo día se hizo justicia de Francisco de Carvajal. Fué arrastrado y hecho cuartos, que se pusieron alrededor del Cuzco, y se mandó poner su cabeza en Lima con la de Gonzalo Pizarro, y que se derribase la casa que en Lima tenía y sembrase de sal y pusiese letrado. Este Fran-

cisco de Carvajal, allende de lo que dél hemos referido, estuvo desde que le prendieron hasta que dél se hizo justicia tan sin turbación como lo estaba en tiempo de toda su prosperidad. Habiéndole notificadô la sentencia y todo lo que en ella contenía, dijo sin alteración alguna: "Basta matar,.". Préguntó Carvajal aquel día por la mañana que de cuántos habían hecho justicia, y como le dijeron que de ninguno, dijo con mucho sosiego: "Muy piadoso es el señor Presidente, porque si por nosotros hubiera caído la suerte, ya tuviera yo derramado por este asiento los cuartos de novecientos hombres,.". Acabóse con gran dificultad que se confesase, y persuadiéndole á ello, decía que él se entendía y que hacía poco que se había confesado; y tratando con él de restitución, se reía dello, diciendo: "En eso no tengo que confesar, porque ¡juro á tal! que no tengo otro cargo sino medio real que debo en Sevilla á una bodegonera de la Puerta del Arenal, del tiempo que pasé á Indias,.". Al tiempo que le metían en una petaca, en lugar de serón, dijo con mucho descuido: "Niño en cuna y viejo en cuna,.". Llegado ya al lugar que dél se había de hacer justicia, como iban tantos á verle y embarazaban al verdugo, les dijo: "Señores, dejen vuestras mercedes hacer justicia,.". En todo mostró morir más como gentil que como cristiano. De trescientos y cuarenta hombres que se dijo Gonzalo Pizarro y sus ministros haber justiciado en su rebelión, se tiene que Carvajal justició los trescientos.

Luego se hizo también justicia del capitán Guevara, natural de Málaga, y de Juan de Acosta, natural de Villanueva de Barcarrota; á éste le ahorcaron é hicieron cuartos y se llevó también su cabeza á la Ciudad de los Reyes. Habiéndose, pues, hecho esta justicia, partió el Presidente de Xaquixaguana en once de Abril con todo el campo para el Cuzco, y entró el día siguiente y fué recibido con grandísima alegría. Luego el Presidente escribió á todas las partes del Perú, haciéndoles saber su gloriosa victoria, y encomendando mucho que todos diesen gracias á Dios por los haber librado de tan dura sujeción y servidumbre; luego prendieron muchos culpados en el Cuzco y se tra-

ieron de otras partes, y cada día se iba haciendo dellos justicia, que fueron: Francisco Maldonado, Juan de la Torre, el bachiller Castro, el capitán Vergara, Gonzalo de los Nidos, Diego Carvajal *el Galán*, y otros muchos capitanes y soldados. E asimismo azotaron por la ciudad mucho número de culpados condenados á galera, y se procedió también contra los delincuentes que eran ya difuntos; y en rebeldía se condenaron á muerte (que no pudieron ser habidos) doscientos y diez y seis, y el obispo del Cuzco y el provincial de los Dominicos penitenciaron también á fray Luis, de la orden de Santo Domingo, y á Juan Coronel, canónigo de Quito, y á Juan de Sosa, clérigo sacerdote. También el Presidente escribió á todas las justicias del Perú que prendiesen (con secuestro de bienes) á todos los que hubiesen sido culpables en la rebelión que no hubiesen acudido á la voz y servicio de su Magestad, y lo mismo escribió á Popayán y Nuevo Reino; vino después de la batalla Francisco de Espinosa, que Gonzalo Pizarro había enviado á Arequipa y los Charcas, y fué preso y cortada la cabeza.

CAPÍTULO XCII

Cómo el Presidente dió la conquista de Chile á Pedro de Valdivia, y habiendo hecho el repartimiento en Guainarina, le envió á publicar al Cuzco con don Jerónimo de Loaysa, y la carta que el Presidente escribió á todos los pretendientes.

El cargo que dió el Presidente á Valdivia.—Por qué dió el Presidente esta gobernación á Valdivia.—Carta del Presidente á los del Cuzco.

De ahí á diez días que el Presidente estuvo en la ciudad del Cuzco, despachó á Pedro de Valdivia por Gobernador y Capitán general de Chile (llamado Nuevo extremo); limitada y tasada aquella gobernación desde Copiapó, que está veintisiete grados de la equinoccial al Sur, hasta cuarenta y un grados Norte-Sur del Meridiano, y en ancho desde la mar la tierra dentro cien leguas Oeste-Este. Dióle esta gobernación el Presidente por virtud del poder que de su Magestad tenía que dar gobernaciones; y también se la dió en esta sazón porque convenía mucho descargar el Perú de gente. Diósele á Pedro de Valdivia antes que á otro, porque, allende lo que sirvió á su Magestad en la jornada, tenía mucha noticia de Chile y había trabajado mucho en aquel descubrimiento y conquista. Dada, pues, esta gobernación á Pedro de Valdivia, y proveído de justicias todo el Reino y hecho otras muchas cosas tocantes y cumplideras al servicio de Dios y de su Magestad y á la buena gobernación y bien de la tierra y de los natura-

les della, y habiendo también hecho el repartimiento en el asiento de Guainarima (como está referido en la historia que de la tiranía de Francisco Hernández Girón habemos escrito) envió el Presidente este repartimiento con el Obispo de Lima que allí con él estaba, y habiendo mandado que se publicase día de San Bartolomé, envió á encargar al provincial fray Tomás de San Martín predicase aquel día como mejor le pareciese al propósito, y que en el fin razonase con todos los pretensores para que tuviesen por bueno el repartimiento que él enviaba, y que después del sermón y de su plática les leyese una carta que para todos escribía, que decía así:

Sobrescrito:

“A los muy magníficos y muy nobles señores los señores caballeros é hijosdalgos servidores de su Magestad en el Cuzco.

„Muy magníficos y muy nobles señores:

„Porque muchas veces la afición que los hombres á sus cosas propias tienen, no les deja tan libremente usar de la razón como convenía para dar gracias á quien se deben y tenerle amor y gratitud, acordé escribir ésta, suplicando á vuestras mercedes le tengan é conserven á mi persona. No sólo por el crecido que yo con cada uno de vuestras mercedes tengo y he de tener, pero aun por lo que en su servicio he hecho, hago y haré cuanto viviere en el Perú y fuera dél. E que, dejaba aparté la consideración y memoria que se debe á particulares servicios que á algunos de vuestras mercedes he hecho, consideren como, aun en lo general, ninguna cosa de las que he podido he dejado de hacer en su servicio. Pues como saben en el gasto de la guerra que se ha hecho, ninguno en el Perú (ni aun fuera de él) creo se ha visto ni se sabe que en tan poco tiempo, ni con tan poca gente, tanto haya gastado; y todo lo que estaba vaco en la tierra he proveído á vuestras mercedes con la mayor igualdad y justicia

que he podido, desvelándome de noche y de día en pensar los méritos de cada uno, para, á la medida dellos, repartir á cada uno lo que mereciese, no por afición, sino por mérito, de tal manera, que ni al que mucho fuese por contentarlo no se diese tanto que se defraudase al que menos méritos tuviese de lo que mereciese, y lo mismo se hará en todo lo que en tanto que estuviese en el Perú vacare, que será repartirlo sólo en vuestras mercedes, los que como buenos vasallos é hijosdalgo sirviendo á su Rey lo han merecido; y porque más á solas vuestras mercedes gocen desta tan rica tierra, no sólo procuro echar della los que han sido malos y aun los que han estado á la mira dejando de hacer lo que vuestras mercedes han hecho, mas he procurado que hasta que vuestras mercedes estén remediados y ricos, ni de España ni de Tierra Firme, ni de Nicaragua ni de Guatemala, ni Nueva España entren de nuevo en ella otros que puedan estorbar á vuestras mercedes el aprovechamiento de la tierra; y, pues, todo lo que digo es verdad, y es todo lo que he podido y puedo hacer en servicio y aprovechamiento de vuestras mercedes, suplícoles que siguiendo á Dios se contenten y satisfagan con lo que él se satisface, que es con hacer los hombres lo que en su servicio pueden; y que conociendo esto el que lleva suerte (aunque no sea tan gruesa como él la deseaba) se contente, considerando que no se puede hacer más; y que el que aquéllo le dió deseó que hubiera para dársela muy mayor; y que así lo hará cuando hubiere oportunidad para ello; y que á quien no le cupiere, crea que fué por haber menos paño de lo que yo quisiera para podérsela dar; y que tenga por cierto que todas las veces que vacare cosa alguna de provecho (en tanto que yo estuviese en el Perú) no se proveerá sino entre vuestras mercedes. E así al que ahora no le cupo le cabrá placiendo al inmenso Dios. Y, pues, de todos mis trabajos que por mar y tierra en esta jornada (en el postrer tercio de mis días) he pasado, ninguna otra cosa pretendo ni quiero sino haber hecho en ella, conforme á la poquedad de mi talento, lo que debo como cristiano á Dios é á mi Rey

como vasallo y á vuestras mercedes como prójimo y verdadero servidor. Grande agravio me harían si no lo entendiesen y fuesen gratos al amor y deseo que al crecimiento de cada uno de vuestras mercedes tengo é á lo que he hecho y haré en su servicio. Pues como he dicho, en nada de lo que he podido ni podré habrá en mí falta, y porque á causa de ir yo á asentar la audiencia é cosas de la ciudad de Lima é todo lo demás que aquí podría decir, podrá mejor representar su señoría reverendísimo del señor Arzobispo suplique á su señoría me hiciese merced y favor de ir á esa ciudad y dar á cada uno de vuestras mercedes lo que le ha cabido, y ofrecerles en mi nombre lo que he dicho que se hará en lo porvenir. Y por esto no terné aquí más que decir de que ruego á Nuestro Señor me deje ver á todas vuestras mercedes, y con tan gran prosperidad y crecimiento en su santo servicio cuanto desean y yo deseo que pueden tener por cierto, es todo uno.

„Desde asiento de Guinarima, á diez y ocho de Agosto de mil y quinientos y cuarenta y ocho. Servidor de vuestras mercedes.—*El licenciado Gasca.*„

CAPÍTULO XCIII

Cómo el Presidente mandó poblar el Pueblo Nuevo de la Paz al capitán Alonso de Mendoza y se fué á la Ciudad de los Reyes, y del recibimiento que se le hizo y la ceremonia con que entró el sello Real con el Presidente.

Para qué llamó el Presidente al Pueblo Nuevo Nuestra Señora de la Paz.—
La manera cómo entró el Sello Real en Lima y el Presidente.

Partióse don Jerónimo de Loaysa con esta carta para la ciudad del Cuzco, y sobre esté repartimiento sucedieron las cosas referidas en la historia de la tiranía de Francisco Hernández, cuya rebelión y desvergüenza quieren decir que tuvo origen y principio deste repartimiento. El Presidente Gasca se partió de Guinarima para la Ciudad de los Reyes, y en el camino despachó á Alonso de Mendoza con poder de Corregidor del Pueblo Nuevo que en Chuquiabo (en el repartimiento general) mandó fundar é intitular la ciudad de Nuestra Señora de la Paz. Nombróle así el Presidente por le haber fundado en tiempo de paz después de tantas guerras; y en aquel sitio, porque era en medio del camino que va de Arequipa á los Charcas, que es de ciento y setenta leguas; y asimismo está en el medio del camino que va del Cuzco á los Charcas, de ciento y sesenta leguas, y por haber tan gran distancia entre estos pueblos y no haber entre ellos pueblo alguno de cristianos y ser entre estos pueblos tan gruesa y tanta la contratación, convino mucho hacer allí pueblo

para excusar robos y malos casos que por aquella comarca se hacían.

Habiendo, pues, hecho esta provisión, fué prosiguiendo su camino, y en diez y siete de Septiembre entró en la ciudad de los Reyes, do fué recibido con mucho regocijo de juegos y danzas, y le recibieron desta manera: entró con el sello Real que para sentar la Audiencia en aquella ciudad el Presidente llevaba. Metieron al sello y al Presidente debajo de un rico palio, llevándole á su mano derecha. Iba metido el sello en un cofre muy bien aderezado y adornado, puesto encima de un caballo blanco cubierto con un paño de brocado hasta el cuello, y llevaba de rienda el caballo Lorenzo de Aldana (Corregidor de la ciudad) y á la mula del Presidente llevaba de rienda Jerónimo de Silva (Alcalde ordinario); iba Lorenzo de Aldana y los alcaldes y los otros que llevaban las varas del palio con ropas rozagantes de carmesí raso y descubiertas las cabezas; diéronse libreas á los de guarda (que para meter el sello y al Presidente la ciudad sacó) y para otros personajes de juegos y danzas, de seda de diversos colores; salieron en una hermosa danza tantos danzantes como pueblos principales había en el Perú, y cada uno dijo una copla en nombre de su pueblo, representando lo que en demostración de su fidelidad había hecho, que fueron éstas:

LIMA

Yo soy la ciudad de Lima
que siempre tuve más ley,
pues fué causa de dar cima
á cosa de tanta estima
y contino por el Rey.

TRUJILLO

Yo también soy la ciudad
muy nombrada de Trujillo
que salí con gran lealtad
con gente á su Magestad
al camino á recebillo.

PIURÁ

Yo soy Piurá deseosa
de servirte con pie llano,
que como leona rabiosa
me mostré muy animosa
para dar fin al tirano.

QUITO

Yo, Quito, con lealtad
(aunque fué tan fatigada)
seguí con fidelidad
la voz de su Magestad,
en viéndome libertada.

GUÁNUCO Y LOS CHACHAPOYAS

Guánuco y la Chachapoya
te besamos pies y manos,
que por dar al Rey la joya
despoblamos nuestra Troya
trayendo los comarcanos.

GUAMANGA

Guamanga soy que troqué,
un trueque que no se hizo
en el mundo tal, ni fué,
trocando la P por G;
fué Dios aquel que lo quiso.

AREQUIPA

Yo la villa más hermosa
de Arequipa la excelente,
lamenté sola una cosa
que en Guarina la rabiosa
pereció toda la gente.

EL CUZCO

Ilustrísimo señor,
yo el gran Cuzco muy nombrado
te fué leal servidor,
aunque el tirano traidor
me tuvo siempre forzado.

LOS CHARCAS

Preclarísimo varón,
luz de nuestra oscuridad,
parnaso de pertición
desta cristiana región
por la divina bondad;
en los Charcas floreció
Centeno discretamente,
y, puesto que no venció,
fué que Dios lo permitió
por guardarlo al Presidente.

CAPÍTULO XCIV

Cómo el Presidente envió prender á Pedro de Valdivia, y de los capítulos que los de Chile le pusieron y la forma que el Presidente tuvo para salvarle.

Envía el Presidente á prender á Valdivia.—Ponen capítulos los de Chile contra Valdivia.—Invención artificiosa del Presidente.

Ya hizo mención la historia de la forma que Pedro de Valdivia tuvo para salir de Chile; y como después le dió el Presidente la conquista de aquellas provincias, pues queriéndose aprestar para la jornada, Valdivia se fué del Cuzco para la Ciudad de los Reyes, donde se aprestó de todo lo que le era menester, y juntó los que pudo para acabar la conquista; y entre la gente que llevaba había algunos que habían sido desterrados del Perú y otros á galeras por culpados de rebelión; y como hubo aparejado la gente y cosas necesarias, todo lo embarcó en navíos que se hicieron á la vela desde el puerto del Callao de Lima, y Pedro de Valdivia fuése á Arequipa por tierra. Y como en este tiempo hubiesen dado noticia al Presidente de los culpados que llevaba y de algunas otras cosas que iba haciendo por el camino y desacatos que había tenido á ciertos mandamientos suyos, envió á Pedro de Hinojosa para que por buenas mañas le trujese preso; y dijole la manera que para hacerlo había de tener. Pedro de Hinojosa alcanzó á Valdivia en el camino y rogóle se volviese á satisfacer al Presidente, y como no lo quisiese

hacer, fuése una jornada en buena conversación con Pedro de Valdivia, el cual, yendo descuidado, así por la gente que llevaba consigo, como confiado en la amistad que con Hinojosa tenía, tuvo Pedro de Hinojosa manera cómo le prendió con sólo seis arcabuceros que había llevado y viniéronse juntos al Presidente. Asimismo habían ya llegado en esta sazón algunos de Chile de aquellos á quien Valdivia había tomado el oro al tiempo de su venida (como tenemos contado); éstos, pues, pusieron ciertos capítulos por escrito y querellas contra Pedro de Valdivia luego que llegó con Pedro de Hinojosa, en que le acusaban del oro que había tomado y de personas que había muerto y de la vida que hacía por una cierta mujer, y aun de que había sido confederado con Gonzalo Pizarro, y que su salida de Chile había sido para le servir en su rebelión y de otras muchas cosas que le achacaban; y, finalmente, pedían que luego les pagase el oro que les había tomado.

Vióse confuso con esto el Presidente considerando que si condenaba á Valdivia desaviábale su viaje (que para los negocios del Perú le parecía grande inconveniente por la gente valdía que con él iba). Pues probándose haber tomado el oro aquél y no se lo hacer volver y restituir, parecíale cosa injusta contra todo derecho, y que por ello sería muy notado. Estando, pues, en esta perplejidad, inventó y halló una cuarta manera de salvarle por entonces de esta restitución, y fué que antes de dar traslado á Pedro de Valdivia de la acusación y capítulos ni tomar sumaria información dello, tomó información de oficio sobre quiénes y cuántas personas habían hecho y sido en hacer y ordenar aquellos capítulos. Lo cual hizo muy descuidadamente sin que nadie advirtiese ni entendiese para qué lo hacía; y á este efecto tomó por testigos desta información todos los de Chile interesados. De que resultó que todos ellos habían sido en los hacer y ordenar. De manera que ninguno podía ser legítimamente testigo en su causa propia; y tomada, pues, esta información, mandó el Presidente dar traslado á Valdivia de aquellos capítulos. El cual presentó un bien largo es-

crito disculpándose de todo lo que se le imponía, y como ya en este negocio no se podía proceder á pedimiento de las partes por la falta de legítimos testigos (que ninguno había), procedió el Presidente de oficio, y no hallando por la información de las otras cosas ninguna averiguada ni cierta por que debiese estorbar á Valdivia su jornada (aunque hubo algunos indicios de lo de Gonzalo Pizarro y otras cosas) le mandó ir á hacer su viaje y proseguir su conquista, conque prometiese de no llevar los culpados, reservando que se enviaría juez para satisfacer los querellosos sobre el oro que había tomado, encargando mucho á Valdivia que luego, en llegando, se lo pagase, el cual así lo prometió de hacer, y con esto, Valdivia se partió para Chile.

CAPÍTULO XCV

Final de las cosas que el licenciado Gasca hizo después que entró en la Ciudad de los Reyes, y de las buenas partes que tuvo y por qué fué notado del repartimiento que hizo.

Lo que hizo Gasca después que entró en Lima.—Condición, manera y virtud del presidente Gasca.—De lo que ha sido Gasca notado de algunos.—Lo que otros juzgan del presidente Gasca.—Hinchada pretensión de la gente del Perú.—Consideración de Francisco Hernández Girón.—Al Consejo Real de Indias toca el examen y sentencia.

Luego que el licenciado Gasca entró en la Ciudad de los Reyes, asentó la Audiencia real y presidió en ella, y se comenzaron á despachar los pleitos y negocios. Procuró mucho que se tornase á hacer la Santa doctrina á los naturales; tuvo asimismo grande atención á sustentar y sostener el Reino, y reducir la tierra á mejor estado, y, por tanto, procuró sacar della la gente suelta, vagabunda y valdía (porque ésta siempre suele ser ocasión de alborotos y novedades) y así, á este efecto, dió entradas y conquistas por donde se esparciese, y porque en la segunda parte desta historia (que es en el libro de la tiranía de Francisco Hernando Girón) se tratan aquellas cosas que hizo y le avinieron después de la batalla que Xaquixaguana y lo que sucedió de los repartimientos que en el Cuzco y en Lima se publicaron, y lo que fué de la rebelión de los Contreras, y de su llegada á Castilla (tanto para él deseada) no lo diremos en ésta.

Fué el licenciado Gasca hombre virtuoso, prudente, discreto y muy avisado, de gentil y dulce conversación y

de buen ingenio y de claro juicio y entendimiento, y, sobre todo, hombre de grandes méritos; lo que decía hacía y escribía sobre los negocios que trataba, era todo de mucho fundamento, y previniendo á diversos fines, tenía mucho brío en todo lo que entendía y hacía, y mucha gracia y fuerza en persuadir ó disuadir á cualquiera.

Fué muy curioso en servir á su Rey, y, sobre todo, tan limpio y sin codicia en lo que trató, que aun á las sospechas prevenía; y así, no quiso aceptar en esta jornada salario alguno, sino que solamente persona señalada le diese aquello que hubiese menester, entendiendo que los demás gobernadores habían sido notados de codicia. Fué tan recatado y extremado en esta virtud, que puesto que de muchos quedó malquisto cuando del Perú se partió para España por el repartimiento que hizo con todo eso, jamás nadie dijo dél ni sospechó que en esto ni otra cosa se hubiese movido por codicia, dado que á los que le informaron y aconsejaron, el vulgo los infamó, y aun hoy día no los perdona. Estando el licenciado Gasca en el Cuzco y en Lima y en otras partes, algunos caciques principales le hicieron presente de vajilla de plata y otras cosas, empero jamás quiso recibir ni tomó cosa alguna. Aunque los caciques lloraban y se entristecían por ello. Pareciéndoles que por estar dellos enojado no lo quería recibir, como los ingas, que eran sus señores, lo solían hacer, al tiempo que se quiso embarcar en el Callao de Lima para venirse á España (sin él entenderlo) y le llevaron algunas personas de los que le iban á despedir, más de cincuenta mil castellanos, y le importunaron mucho que los recibiese, diciendo que ya cesaba la causa por qué de antes no se había querido servir de sus personas. El les rindió las gracias de su buena voluntad y oferta, diciendo que él no había ido sino tan solamente á servir á Dios y á su Rey á ponerlos en paz, y que pues Dios había querido obrar aquello siendo el instrumento y sin tener merecimiento ni ser para ello sólo por los méritos de quien le había enviado (que era su Magestad) que le parecía profanar la merced que Dios le había hecho si tomaba interés alguno, por lo cual algunos de aquéllos

le enviaron á Sevilla más de veinte mil castellanos y le escribieron los recibiese, pues ya estaba fuera del Perú. Mas tampoco quiso tomar nada antes; escribió luego á los padres y deudos de aquéllos que se lo enviaban para que viniesen por ello, y así vinieron y se les dió. Con estar entonces el licenciado Gasca tan pobre que el Arzobispo de Sevilla le daba de comer. Fué asimismo loado por celar y guardar mucho el secreto de los negocios que tocaba, que no es cierto pequeña virtud, sino muy grande y necesaria á los que tratan y hacen negocios importantes y de gran calidad como lo eran los que el licenciado Gasca siempre trató.

Con todas estas buenas partes que tuvo fué (y ha sido) de algunos muy notado, diciendo que en el repartir de la tierra hubo de injusticia y mucha desigualdad, porque dió más honra, intereses y provecho á los principales valedores y secuaces de Gonzalo Pizarro, que no á los leales y servidores del Rey, y porque á muchos destes no les cupo ni se le dió cosa alguna de renta. A esto, los que son libres de afición y pasión (y que no les tocó intereses en el negocio), aunque juzgaron en alguna manera haberse hecho injustamente comparando la lealtad de los unos á la iniquidad de los otros, teniendo tan solamente atención á haber usado generalmente el licenciado Gasca oficio de Juez y no á otra cosa, considerando haberlo hecho administrando justicia, juntamente con lo que pertenece y toca á oficio de Capitán general, juzgaron haberlo así hecho con mucha prudencia y discreción, pues notoriamente lo hizo á fin de sostener y sustentar el Reino y mejor conservarle. Esto, así por las consideraciones que el licenciado Gasca tuvo, como aun por la experiencia que lo mostró, porque si repartiendo la tierra gratificara solamente los leales, eran tantos, que por muy justa balanza que tuviera habían de quedar muchos quejosos, y esto fundándose con los que á Pizarro primero habían tenido y con los huídos y desterrados fueran parte para se alzar y tiranizar el Reino por la arrogante, loca y soberbiosa pretensión que toda la gente del Perú, que cada cual cree por sus servicios y méritos él solo mere-

cer todo el Reino. Lo cual el licenciado Gasca desvió gratificando grandemente á personas muy principales y de muchos amigos y allegados de aquellos que á Pizarro habían seguido y que después al Rey se habían vuelto, cuya reducción fué parte (y aun en todo) para destruir y desbaratar al tirano, y haberse hecho la experiencia de los leales hinchados mostróse luego incontinenti que se hizo el primer repartimiento en Francisco Hernández Girón, el cual (de verdad), siempre hasta entonces había servido al Rey, y teniendo en parte aun no seiscientos pesos de renta y habiéndole dado el Presidente el repartimiento de Xaquixaguana que era el mismo que Gonzalo Pizarro tenía y que valía en aquella sazón más de nueve mil castellanos de renta, con todo eso se agravió tanto que no lo pudiendo disimular (con ser un hombre particular y que había muchos muy más principales que no él), se quiso luego alzar y tiranizar la tierra. Como se refiere en la segunda parte desta historia. Quanto más que todos los que sirvieron al Rey en aquella empresa recibieron gajes y premios, y armas y caballos, y comida, que todo fué de mucha costa, como se podrá mejor ver por las cuentas y costas de la Hacienda real; de manera que sólo en quererse comparar unos á otros, fué y se tuvo por agravio é injusticia, y hoy día duran desto las querellas ante su Magestad y los de su Consejo real de las Indias, á quien justamente toca el examen y sentencia destas dos opiniones. Y con esto á loor y gloria de Dios y de la gloriosísima inmaculada Virgen María, su Madre, pongo fin esta primera parte de mi historia.

LAUS DEO

ÍNDICE DE PERSONAS

- Acosta* (Juan de), págs. 10, 73, 176, 242, 265, 272, 274-5, 277-8, 289-90, 296, 306, 310, 315-7, 356, 364-5, 397-8, 406 y 410.
- Agreda* (Juan de), 355.
- Aguirre* (Francisco de), 282.
- Aguirre* (Perucho de), 13 y 14.
- Alarcón* (Alonso de), 357 y 373.
- Alba* (Duque de), 78.
- Alcántara* (Francisco Luis de), 177 y 260-2.
- Alcázar* (Gaspar de), 177.
- Aldana* (Lorenzo de), 13, 73, 171, 174, 179-80, 191, 193, 201-2, 206-8, 232, 236-7, 252, 260-2, 267, 270-1, 273, 299, 300, 309-11, 313-4, 316-7, 319-20, 328, 336, 344-5, 352, 356-7, 359, 376 y 418.
- Alderete* (Jerónimo de), 387.
- Almagro* (Diego de), 21, 47, 166, 206 y 309.
- Almao* (Luis de), 177.
- Almendáriz* (Licenciado), 110, 113, 341 y 353.
- Almendras* (Francisco de), 9.
- Almendras* (Martín de), 177, 265, 295 y 317.
- Alonso* (El príncipe don), 242.
- Alonso* (Diego), 36.
- Alonso* (Hernando), 177, 279 y 355.
- Altamirano* (Antonio), 177, 265, 282 y 290.
- Alvarado* (Alonso de), 162, 195-6, 202, 274, 320, 339-40, 355-6, 376, 380, 398, 402-3 y 408.
- Alvarado* (Gómez de), págs. 252, 262, 344 y 380.
- Alvarado* (Gonzalo de), 262.
- Alvarez de Hinojosa* (Alonso), 15, 310 y 361.
- Alvarez* (Diego), 35-7, 40-3, 46 y 367.
- Alvarez Cueto* (Diego), 77-8 y 80-2.
- Alvarez del Almendral* (Diego), 281-2.
- Ampuero* (Francisco de), 177 y 303.
- Amador*, 47.
- Andagoya* (El adelantado), 123, 202, 339-40, 358 y 380.
- Añaya* (Bernardino de), 176.
- Arias* (Gómez), 342, 358 y 380.
- Avila* (Alonso de), 177 y 285.
- Bachicao* (Hernando), 74, 95, 176, 265, 304, 365, 367 y 371.
- Badajoz* (Juan Alonso de), 281.
- Baeza* (Ruiz de), 176.
- Balboa* (Bernardino de), 27, 40, 42, 65-6 y 68.
- Balmaseda* (Diego de), 65-7.
- Baptista* (El capitán), 11-2.
- Barba* (Pero), 36, 39, 40 y 42.
- Barbarroja*, 78.
- Barbosa*, 39 y 40.
- Barrientos*, 217.
- Barrionuevo* (Alonso de), 303.
- Beltrán* (D. Antonio), 387.
- Beltrán* (Ventura), 355.
- Benalcázar* (D. Sebastián de), 73, 165, 214, 252, 341, 348, 353, 385 y 403.

- Bermúdez* (Gabriel), págs. 19, 37, 48 y 306.
Biedma (Antonio de), 177.
Bobadilla, 59.
Bobadilla (Dionisio de), 370.
Bonifacio, 166.
Boscan, 221, 231 y 325.
Boso (Francisco), 363.
Bravo de Lagunas (Hernán), 303-4.
Burgos, paje de Pizarro, 243.
Burgos (Cristóbal de), 177 y 196.
Bustanza (Pedro de), 370 y 379-80.
Caballero (Diego), 67.
Cabrera (D. Pedro), 124-5, 202, 319-20, 357 y 380.
Cáceres (El capitán), 176 y 357.
Cáceres (Juan de), 386.
Cáceres (Alonso de), 304 y 310.
Calderón de la Barca, 11.
Camargo (Alonso), 48, 57 y 65-7.
Canamíco, cacique indio, 22.
Cantillana, 55-7.
Cardenes (D. Hernando de), 263 y 380.
Carlos V, 78.
Carmona (Hernando), 40.
Carrasco (Pedro), 390.
Carrasco (Pedro Alonso), 381.
Carvajal (El Licenciado), 73, 75, 162, 171, 176, 190, 230, 242, 265, 267, 278, 306, 357 y 380.
Carvajal (Diego de), 177, 370, 373-4 y 411.
Carvajal (Francisco de), 9-11, 13-5, 17-9, 50-3, 55-7, 59-63, 65-9, 73, 134, 136, 160, 163, 166-8, 175, 184-5, 228, 242-3, 265-7, 272, 274-5, 277, 281, 296, 299, 301, 303, 306-7, 361, 364-7, 369-71, 374, 386, 399, 403, 406-7 y 409-10.
Carvajal (Jerónimo de), 106-7.
Carvajal (Manuel de), 352.
Carvajal (Pedro de), 177.
Castilla (D. Baltasar de), 380.
Castillo, 69.
Castillo (Diego del), 355.
Castro (El Bachiller), 411.
Centeno (Diego), 9-15, 17-9, 47, 50, 57, 59, 175, 281-3, 285-9, 297, 316, 352-3, 356-61, 363-7, 369-71, 376, 380-1, 385-6, 399, 403 y 406-7.
Chaves (Luis de), 177.
Cepeda (El licenciado), 73-4, 160, 162, 170-1, 176, 186-7, 189-90, 227-8, 242, 265, 267, 270-2, 291-3, 296, 301, 365, 367, 374 y 405.
Cepeda (Juan de), pág. 387.
Cianca (El licenciado), 146 y 408.
Cobos (Francisco de los), 78, 83 y 96.
Colón (D. Luis), 325.
Coronel (Juan), 411.
Cornejo (Miguel), 18.
Díaz (Pero), 12.
Díaz Merino (Alonso), 177.
Díez (El bachiller de los), 405.
Domingo (Fray), 274 y 296.
Enciso, 23 y 28.
Enrique IV, 241.
Eraso (Francisco de), 83 y 148.
Escobar (Rodrigo de), 177.
Espinar (Manuel de), 285.
Espinosa, 40 y 68.
Espinosa (Francisco de), 280, 361, 373 y 411.
Espinosa (Juan de), 311 y 383.
Esquivel (Alonso de), 281 y 355.
Estacio (Manuel), 263.
Esteban (Fray), 193.
Felipe (El príncipe don), 78.
Fernández (Juan), 300 y 314.
Ferrer (Gracián), 177.
Gaboto (Sebastián), 30 y 32.
Galán (Fray), 22.
Gallego (Diego), 46.
Gallego (Francisco), 36.
Gama (El licenciado de la), 177.
Garay (D. Antonio de), 329-30, 345 y 353.
Garcla (Francisco), 41.
Garcla (Luis), 283.
Garcla de Alfaro (Diego), 374.
Garcla de Almadén (Juan), 28 y 55.
Garcla de Cáceres (Diego), 387.
Garcla de la Cueva (Francisco), 32, 33 y 41.
Garcla de Paredes (Diego), 319-21, 324-5, 329-30 y 333.
Garcla de San Mamés (Luis), 283 y 360.
Garcilaso, 177, 283 y 367.
Gasca (El licenciado Pedro de la), 18, 78, 82-3, 85-6, 89-90, 92, 95-9, 103, 109, 110, 113-5, 118, 130, 132, 140, 143, 145, 147-8,

- 157, 159-60, 162, 169-70, 172, 174, 184, 195, 209, 211, 216, 218, 235, 270-2, 279, 291-2, 316-7, 319, 351, 359, 375, 383-4, 393, 405, 416-7 y 425-8.
- Gil* (Juan), pág. 27.
- Girón* (Francisco), 13.
- Godínez*, 166.
- Gómez de Añaya* (Juan), 341 y 356.
- Gómez Calavantes*, 359.
- González de Prado* (Pero), 35, 36, 40, 46, 61, 65-6, 68-9 y 283.
- Gonzalo* (Fray), 249, 255-6 y 274.
- Guerra* (Diego), 177.
- Guevara* (El Bachiller), 365 y 406.
- Guevara* (El capitán), 410.
- Guevara* (Vasco de), 177, 303 y 357.
- Guillada* (Francisco), 35, 37 y 306.
- Guillén* (Diego), 295 y 405.
- Gutiérrez* (Cristóbal), 319-20.
- Gutiérrez* (Diego), 13-4.
- Gutiérrez* (Felipe), 21-3, 26, 28, 32, 41-2 y 45.
- Gutiérrez de Zafra* (Pero), 67.
- Guzmán*, 41.
- Guzmán* (Francisco de), 13-4.
- Guzmán* (Juan de), 222.
- Guzmán* (Leonor de), 40.
- Guzmán* (D. Martín de), 359.
- Guzmán* (Nuño de), 222.
- Heredia* (Nicolás de), 21, 23, 25-6, 28, 35, 37, 40-3, 45-8 y 56.
- Hermosilla*, 347-8 y 374.
- Hernández* (Baltasar), 46.
- Hernández* (Diego), 46.
- Hernández* (García), 177.
- Hernández Girón* (Francisco), 380, 390, 414, 417, 425 y 428.
- Hernández Paniagua* (Pero), 61, 103, 146, 148, 160, 162-3, 208, 227, 229, 291, 333 y 337.
- Herrera*, 36.
- Herrera* (El padre), 365.
- Hinojosa* (Alonso de), 240, 267, 280 y 283.
- Hinojosa* (Pedro de), 72, 102-3, 105-7, 114, 124-9, 132, 138, 145, 169-70, 172-4, 179, 192-4, 196-9, 201-3, 206-8, 213-4, 217-8, 228, 232, 271, 320, 325, 329-30, 333, 355-7, 380, 403 y 421-2.
- Holgún*, 30.
- Humarán* (Julián de), 62, 65 y 69.
- Hurtado* (Francisco), pág. 10.
- Illanes* (Juan de), 223, 237 y 247.
- Irala* (Domingo de), 31 y 41.
- Jiménez*, 370.
- Jiménez* (Esteban), 278 y 345.
- Jiménez de Avila* (Juan), hermano del licenciado Gasca, 97.
- Jofre* (El capitán), 387.
- Ladrillero*, 231.
- León* (El licenciado), 256-7 y 259-60.
- León* (Antón de), 309.
- León* (Francisco de), 177.
- León* (Fulano), 360.
- Loaysa* (Baltasar de), 187, 257, 259-62, 274 y 353.
- Loaysa* (Bernardino de), 185 y 187.
- Loaysa* (Fray Jerónimo de), 174, 194, 223, 355 y 417.
- Loaysa* (Fray García de), 78.
- López* (Juan), 306.
- López* (Mari), amiga de Balboa, 27, 40 y 68.
- López* (Pero), 208 y 211.
- López de Ayala* (Pero), 49, 47-8 y 53.
- López de Segura* (Diego), 243.
- López de Zúñiga* (Diego), 57 y 367.
- Lorenes* (Fray Miguel de), 256.
- Luis* (Fray), dominico, 136 y 411.
- Luján* (Diego de), 65-6.
- Lunar*, 348.
- Llantadilla*, 65-6 y 69.
- Maldonado* (Diego), 46 y 177.
- Maldonado* (Francisco), 77, 80-2, 147, 162-3, 227-8, 406 y 411.
- Maldonado* (Pedro), 283.
- Manjares* (Pedro), 13.
- Manuel* (Francisco), 41.
- Mansilla*, 39.
- Marín* (El bachiller), 177.
- Márquez* (El padre), 50 y 242.
- Martel* (El licenciado), 370.
- Martín* (Don), cacique, 273.
- Martín* (Diego), 314.
- Martín* (Fray), 393.
- Martín* (Lope), 290-1, 305, 376, 379, 390 y 393.
- Martín de Sicilia* (Pero), 303.
- Martín Vegasso* (Lucas), 73, 267, 284-7 y 289.
- Martínez de Rivera* (Juan), 177.
- Martínez Sillceo* (Juan), 96.
- Matamoros*, 62.

- Mazuela* (Juan de), pág. 359.
Mejla (Lorenzo), 290.
Mendoza (Alonso de), 52, 61, 65, 167-8, 283, 288, 310, 359-61, 363, 365-6, 380, 403 y 417.
Mendoza (D. Antonio de), 140, 145 y 222.
Mendoza (D. Francisco de), 23, 25-6, 28-30, 32-3, 35-6, 40-3, 45, 47 y 222.
Mendoza (D. Juan de), 222.
Mendoza (Lope de), 19, 47-53, 55-7, 59-61 y 175.
Meneses (Pablo de), 125, 202, 218, 223-4, 339-40, 345, 348-9, 352, 380, 394 y 403.
Mercadillo (El capitán), 74, 252, 268, 352, 356-7, 376 y 379-81.
Mercado, 23 y 25.
Mesa, 381.
Mexla (Gaspar), 177 y 187.
Mexla de Guzmán (Hernán), 101-3, 105-7, 118-9, 123-5, 180, 197, 199, 203, 237, 247, 252, 261-2, 328, 344, 352, 356-7, 380, 394 y 402.
Mexla (Rodrigo), 187.
Mezera (Gómez de), 177.
Miranda, 36.
Monje (Martín), 177.
Monroy (Alonso de), 10.
Montañés (Juan), 256.
Monte (Vicente de), 387.
Montenegro (Hernando de), 177 y 184.
Mora (Diego de), 248-9, 251-2, 255-6, 262, 272, 277, 344-5, 352, 358, 380 y 390.
Morales de Abad (El capitán), 52, 56-7, 65 y 68.
Moreno, 32.
Morillo, 347 y 374.
Mosquera (Francisco), 380.
Muñoz (Lorenzo), 177.
Negral (Francisco), 283 y 367.
Nidos (Gonzalo de los), 177 y 411.
Nieto (Antonio), 208 y 211.
Niño (Rodrigo), 177.
Núñez de Prado (Juan), 397.
Núñez Vela (Blasco), 47, 69, 78, 147-8, 155, 166, 171, 175, 183-4, 192, 215, 278, 285, 287, 291, 334-5 y 348.
Ojeda (Juan Julio de), 390.
Olmos (Francisco de), págs. 263 y 358.
Olmos (Martín de), 177, 295 y 316.
Orihuela, 381.
Oro (Diego), 387.
Ortiz (Pero), 30.
Ortiz Sánchez (El padre), 244.
Ovando (El comendador), 165.
Ovando (Diego de), 165-6 y 345.
Pablo (Vicencio), 72.
Páez de Sotomayor, 295 y 316.
Palomino (Juan Alonso), 101, 119, 125, 180, 197, 202-3, 206, 213, 218, 223, 237, 247, 252, 260-2, 290, 300, 328, 357, 380-1, 393-4 y 401.
Paniagua. Véase *Hernández Paniagua*.
Pantaleón, clérigo portugués, 310.
Pantoja, 37 y 367.
Pardavé (Valentín), 358, 380 y 402.
Pedro (Fray), 249, 256, 260-2, 274 y 315.
Peña (El capitán), 300.
Peramato (Bernardino de), 177.
Perdomo (Luis), 57, 65-6 y 68.
Pérez (Rodrigo), 360.
Pérez Becerra (Diego), 240.
Pérez de Esquivel (Alonso), 283.
Pérez de Vargas (Juan), 340.
Pérez de Vergara (Juan), 344 y 352.
Piedrahita (Juan de), 177.
Pineda, 14.
Pizarro (Cristóbal), 177.
Pizarro (Francisco), 148, 206 y 309.
Pizarro (Gonzalo), 9-11, 13, 48-51, 59-60, 62-3, 66-7, 69, 71-5, 77-9, 81-2, 85-6, 95, 102-3, 105-7, 111-2, 114, 122-4, 126-8, 132-7, 139-40, 145-8, 159-60, 162-3, 165-71, 173-5, 179-80, 183-6, 189-99, 203, 205-7, 209-10, 212-6, 219, 221, 223-5, 227-30, 232, 235-6, 239-43, 247-9, 251-3, 255-6, 259-60, 262-3, 265-71, 273-5, 277-80, 283-93, 295-7, 300-1, 303-7, 309-10, 313-7, 319-20, 328, 333, 338, 345, 353, 355-61, 363-7, 370-1, 373-4, 376, 379-80, 383-7, 389-90, 394-5, 397-01, 405-11, 422-3 y 427-8.

- Pizarro* (Hernando), págs. 11, 128, 176, 179, 191, 194, 224, 334 y 337.
Pizarro (Martín), 177 y 309.
Pizuelo de la Rúa, 260-2.
Polo (El licenciado), 357.
Porcel (Juan), 74, 252, 262, 268, 344-5, 357 y 380.
Porras, 55.
Puelles (Pedro de), 72-3, 163, 165-6, 214, 228-9, 278, 341, 345, 347-8, 374 y 376-7.
Puertocarrero (D. Pedro), 177 y 390.
Quiñones (Antonio de), 390.
Quiñones (El licenciado), 101.
Ramírez (El capitán), 161 y 166.
Ramírez (Juan), 176.
Ramírez (Pedro), 78 y 386.
Randona, 290.
Rejas (Lope), 35 y 37.
Rengifo (Francisco), 36.
Rentería (El licenciado), 146.
Retamoso, 367.
Ríos (Pedro de los), 177, 283 y 365-6.
Riquelme (Alonso), 176.
Rivadeneira (Diego), 18-9.
Rivera (Doctor), 114.
Rivera (D. Antonio de), 176, 187, 267-8, 279, 290-1 y 309.
Rivera (Luis de), 18, 281, 283, 365 y 367.
Rivera (Nicolás de), 176, 187 y 303.
Rivera (El doctor Pedro de), 103 y 106.
Robles (Antonio de), 190, 267, 280, 283 y 288-9.
Robles (Martín de), 177, 265, 304 y 358.
Rodríguez (El P. Juan), 353.
Rojas (Diego de), 19 y 21-3.
Rojas (Gabriel de), 177, 306, 380, 390 y 394.
Rojas (Gaspar de), 356-7.
Rojas (Gómez de), 306.
Ruiz (El P. Domingo), 281-2, 366 y 381.
Saavedra (Juan de), 252, 262, 268, 279-80, 344, 352, 358 y 380.
Salazar (Pedro ó Rodrigo de), 166, 345, 347-8, 351, 353, 374, 376-7 y 380.
Salcedo (García de), págs. 176 y 281.
San Martín (Fray Tomás de), 174, 194, 223-4, 237, 381 y 414.
San Miguel (Fray Francisco de), 129, 132 y 169.
Sánchez del Corral (El licenciado Juan), 92 y 356.
Sánchez de Hinojosa (Ruy), 23, 26, 28, 35, 40, 42-3 y 45.
Sánchez de Valenzuela (Lope), 36 y 240.
Sandoval (D. Juan de), 353.
Santa Cruz, 62.
Santillana (El capitán), 231.
Sayavedra, 47.
Segovia (Juan de), 281.
Serna (El capitán), 358 y 380.
Sicilia (Pero Martín de), 13 y 405.
Silva (Diego de), 176.
Silva (Jerónimo de), 418.
Silvera (Juan de), 256, 285, 288, 310 y 359-63.
Solana (Fray Juan), 367.
Soletto, 31.
Sollis (Gómez de), 174, 177, 179, 191-4, 223-4, 227 y 380.
Soria (Jerónimo de), 290.
Soria (Pedro de), 52 y 62.
Sosa (Juan de), 411.
Tavera (D. Juan), 78 y 96.
Tejada (El doctor), 77.
Tinoco (Diego), 303.
Tirado, 347-8 y 374.
Tobilla, 113-4.
Toledo (Doña María de), 66.
Toledo (Luis de), 387.
Toro (Alonso de), 9, 14-5, y 239-40.
Torres (Hernando de), 177.
Torre Villegas (Juan de), 177, 183-7, 189, 265, 286, 303, 365, 370-1 y 411.
Ulloa (Antonio de), 11-2, 360 y 365-6.
Ulloa (Fray Pedro de), 273-4.
Urbina (Diego de), 166 y 376-7.
Urbina (Juan de), 166.
Vaca de Castro (Cristóbal), 19, 21 y 43.
Valderrama (Nuño), 177.
Valdés (D. Francisco), 78.
Valdés (Juan de), 00.
Valdivia (Pedro de), 11-2, 385-7,

- 390, 393-4, 398, 402-3, 407, 413 y 421-3.
Vargas (Hernando de), pág. 177.
Vargas (Juan de), 283.
Vargas (Fray Juan de), 214 y 217.
Vázquez (Juan), 40.
Vázquez (Tomás), 176 y 390.
Vázquez de Avila (Juan), 61.
Vázquez de Tapia (Juan), 316 y 370.
Vela Núñez, 73, 184-7, 189 y 190.
Velázquez (Diego), 128-9, 132, 146, 169-70 y 172.
Velázquez (Juan), 13.
Vélez de Guevara (Juan), 265.
Vendrel (Juan), 233 y 325.
Verdugo (Melchor), 99, 101-2, 105-7, 113-4, 118 y 121-3.
Vergara (El capitán), pág. 411.
Villagrà (Francisco de), 386-7.
Villalobos (Bartolomé de), 169, 248 y 262-3.
Villarroel (Gaspar de), 63 y 387.
Villavicencio (Pedro de), 221, 231, 380, 403 y 406.
Viezma (Antonio de), 374.
Villegas (Jerónimo de), 287, 353 y 365-6.
Vizcalno (El padre), 367.
Zambrano, 14.
Zamorano, 69.
Zamudio (Rodrigo de), 244.
Zárate (Diego de), 126.
Zárate (El licenciado), 160-1 y 239.
Zúñiga (D. Juan de), 78.

ÍNDICE GENERAL

	<u>Páginas.</u>
<i>Capítulo I.</i> —Cómo Francisco de Carvajal salió de Quito contra Diego Centeno robando la tierra, y en Piurá mató á Francisco Hurtado, y la carta que de Lima escribió á Gonzalo Pizarro, y de una conjuración que se hacía en Lima, y los que sobre ello fueron justiciados, y cómo en el Cuzco ahorcó Carvajal á cuatro vecinos.....	9
<i>Capítulo II.</i> —Cómo Francisco de Carvajal sigue á Diego Centeno y le desbarató, y Lope de Mendoza, huyendo de Carvajal en el despoblado de la entrada del Río de la Plata, encontró con Gabriel Bermúdez.....	17
<i>Capítulo III.</i> —En que se da relación de la conquista y jornada de Diego de Rojas al Río de la Plata, de donde había salido Gabriel Bermúdez, y la manera que murió Diego de Rojas.....	21
<i>Capítulo IV.</i> —Cómo Francisco de Mendoza prendió á Felipe Gutiérrez é hizo que Nicolás de Heredia desistiese del cargo, y cómo, después de muchos trabajos, halló el Río de la Plata y la fortaleza de Sebastián Gaboto; y los trabajos y necesidades que todos los de la conquista pasaron y el remedio que tuvieron para la hierba.....	25
<i>Capítulo V.</i> —De los trabajos que los del Real pasaban y de los asaltos que les daban de noche los indios, y la orden que tenían para buscar comida y cómo se mudaron á otro sitio....	35
<i>Capítulo VI.</i> —Cómo los del Real tuvieron grandes refriegas y asaltos de los indios, y cómo vino al Real Francisco de Mendoza y dió relación de lo que había descubierto, y de las revoluciones que hubo entre los principales y toda la gente, y cómo Diego Alvarez y otros mataron á Francisco de Mendoza y á Hinojosa, y Nicolás de Heredia fué obedeci[d]o de todos por Gobernador y Capitán general.....	39

<i>Capítulo VII.</i> —Cómo después de muertos Francisco de Mendoza é Hinojosa salió la gente del asiento de los Comechingones, y Heredia envió á descubrir á Diego Alvarez, y descubrieron indios que traían coronas como frailes y comían carne humana, y de las revueltas que hubo entre toda la gente, sobre que Pero López de Ayala y otros se apartaron y fueron la vía del Perú, donde se encontraron con Lope de Mendoza, el cual los hizo á todos amigos, y á él alzaron por Capitán general contra Gonzalo Pizarro.....	45
<i>Capítulo VIII.</i> —Cómo Lope de Mendoza se fué con la gente de la entrada á Pocona, y Carvajal fué para allá, y de la pelea que hubo de noche, y cómo Lope de Mendoza y su gente tomaron la ropa, oro y plata que Carvajal había dejado siete leguas antes de Pocona, y con la prisa se fueron retrayendo...	49
<i>Capítulo IX.</i> —Cómo Francisco de Carvajal mandó matar dos soldados de los de la entrada, y fué siguiendo á Lope de Mendoza y su gente y los alcanzó y desbarató, y fueron muertos Lope de Mendoza y Nicolás de Heredia y otras personas.....	55
<i>Capítulo X.</i> —Cómo Francisco de Carvajal se fué á Cotabamba llevando la cabeza de Lope de Mendoza, y de lo que allí pasó Carvajal con dos soldados, y se fué á la villa de Plata y envió á las minas de Potosí á Pedro de Soria y Santa Cruz que trajeron cantidad de plata.....	59
<i>Capítulo XI.</i> —Cómo se descubrieron las minas de Potosí, y de la forma que se tuvo para que el metal corriese con la materia del fuego.....	63
<i>Capítulo XII.</i> —Cómo en la villa de Plata se conjuraron muchos soldados para matar á Francisco de Carvajal, y, siendo auxiliado, los prendió y mató dieciséis dellos, y procuró echar de sí á los de la entrada.....	65
<i>Capítulo XIII.</i> —Cómo Gonzalo Pizarro vivía viciosamente en Quito después del vencimiento de la batalla, y cómo se partió de allí para la ciudad de los Reyes, dejando á Pedro de Puelles por su Teniente y Capitán general, y de las cosas que proveyó y las pláticas que por el camino trataban.....	71
<i>Capítulo XIV.</i> —Cómo Diego Alvarez Cueto y Francisco Maldonado llegaron á España, y habiendo dado su embajada se trató que fuese al Perú el licenciado Pedro de la Gasca, y sobre ello enviaron correo á su Magestad.....	77
<i>Capítulo XV.</i> —Cómo llegado el correo en Alemania, su Magestad confirmó lo que en España se había ordenado, y escribió al licenciado Gasca que partiese al Perú.....	81

- Capítulo XVI.*—Cómo estando en Valencia el licenciado Pedro de la Gasca recibió las cartas de su Magestad y del serenísimo Príncipe su hijo, y se vino á Madrid, donde se trató sobre el poder y despacho que se le había de dar para el Perú, y lo que pidió el licenciado Gasca que se le había de conceder para hacer la jornada..... 85
- Capítulo XVII.*—Cómo habiéndose tratado y altercado sobre los capítulos y cosas que pidió el licenciado Gasca se envió la relación á su Magestad, y de una carta que á su Magestad escribió el licenciado Gasca..... 89
- Capítulo XVIII.*—Cómo llegado el correo á su Magestad otorgó todas las cosas que el licenciado Gasca había pedido en España, y de los negocios y cosas que hizo antes de su partida, y cómo se embarcó y salió de Sanlúcar en la flota, y lo que en el camino le acaeció..... 95
- Capítulo XIX.*—Cómo Melchor Verdugo, partiéndose de Cartagena, salió á la mar del Norte y combatió de noche la ciudad del Nombre de Dios, y el capitán Hernán Mexía se huyó á Panamá, donde estaba el general Pedro Hinojosa..... 101
- Capítulo XX.*—Cómo Melchor Verdugo se apoderó de la ciudad del Nombre de Dios, y el Gobernador y Pedro Hinojosa vinieron de Panamá sobre él, y hubo pelea entre ellos, y Verdugo se fué á Cartagena..... 105
- Capítulo XXI.*—Cómo prosiguiendo el licenciado Gasca su navegación llegó á Santa Marta, y allí tuvo nueva de la muerte del Virrey, y lo que sobre esta razón dijo y demostró, y cómo por razón del interese Gonzalo Pizarro era comunmente amado de todos, y, por el consiguiente, Blasco Núñez Vela fué de todos aborrecido..... 109
- Capítulo XXII.*—Cómo queriendo salir la flota del puerto de Santa Marta le llegó nueva al Gobernador cómo Melchor Verdugo había llegado á Cartagena y le pedían socorro, y cómo el licenciado Gasca escribió á Verdugo y la flota siguió luego su viaje para el Nombre de Dios..... 113
- Capítulo XXIII.*—Cómo prosiguiendo la flota su viaje llegó al Nombre de Dios y de la manera con que el Presidente fué recibido en el pueblo, y Hernán Mexía le vino á ver de noche secretamente, y la simulación y recato que el Presidente con todos tenía..... 117
- Capítulo XXIV.*—Cómo estando el Presidente en el Nombre de Dios vino Melchor Verdugo y puso en rebato al pueblo, y el Presidente dió orden para que se fuese, y lo que Hernán Mexía

pasaba con el Presidente, de lo cual, siendo avisado Hinojosa, mandó á Hernán Mexía se fuese á Panamá.....	121
<i>Capítulo XXV.</i> —Cómo el Presidente se fué á Panamá y la simulación y recato con que habló á Pedro de Hinojosa y á la gente de Gonzalo Pizarro para atraellos al servicio de su Magestad, y Pedro de Hinojosa escribió á Gonzalo Pizarro la venida del Presidente.....	125
<i>Capítulo XXVI.</i> —Cómo el Presidente tuvo manera que en la fragata en que iba Diego Velázquez fuese fray Francisco de San Miguel, con el cual escribió muchas cartas para los pueblos y Prelados del Perú.....	129
<i>Capítulo XXVII.</i> —Cómo al tiempo que el Presidente estaba en Panamá llegaron muchos pasajeros del Perú y le dieron aviso del estado de la tierra, y lo que Gonzalo Pizarro y los suyos trataban, y las consideraciones que hacían é intento que tenían.	133
<i>Capítulo XXVIII.</i> —Cómo habiendo el Presidente Gasca entendido de los pasajeros, el intento de Gonzalo Pizarro y de su gente y el estado de la tierra, escribió muchas cartas á diversas partes. Pónese el traslado de la carta que escribió al Virrey de la Nueva España.....	139
<i>Capítulo XXIX.</i> —Cómo entendiendo el licenciado Gasca que Hinojosa estorbaría su pasada al Perú, acordó escribir á Gonzalo Pizarro y envió á Pero Hernández Paniagua con la carta que su Magestad envió á Gonzalo Pizarro, juntamente con otra que el Presidente le escribió.....	145
<i>Capítulo XXX.</i> —Del intento y consideraciones que el Presidente tuvo para escribir á Gonzalo Pizarro y cómo hinchó una carta, de las que venían en blanco de su Magestad, para el licenciado Cepeda y se la envió con otra suya, y cómo Francisco Maldonado y un fraile que llevó cartas del Presidente á la Buena Ventura, se partieron en compañía de Pedro Hernández Paniagua.....	159
<i>Capítulo XXXI.</i> —Cómo Pedro de Puelles ahorcó en Quito á Ramírez, capitán de Gonzalo Pizarro, y á Godínez su mujer, y al padre de la mujer con quien Gonzalo Pizarro tenía en Quito conversación deshonestá, y á otras personas, y de un cuento que á Francisco de Carvajal aconteció con un hombre tratante.	165
<i>Capítulo XXXII.</i> —Cómo fray Francisco de San Miguel, llegando al puerto de Manta, encaminó las cartas, y cómo yendo Pizarro de la ciudad de Trujillo para Lima, antes que entrase llegó Diego Velázquez con las cartas de Pedro de Hinojosa, y de la manera que Gonzalo Pizarro fué recibido en los Reyes... ..	169

<i>Capítulo XXXIII.</i> —Cómo Gonzalo Pizarro entró en consulta para lo que se debía proveer sobre la venida del Presidente Gasca, y se nombraron procuradores para ir á España, y se escribió sobre ello una carta al Presidente con sesenta y cuatro firmas.....	173
<i>Capítulo XXXIV.</i> —De las cosas que se contenían en la instrucción que se dió á Lorenzo Aldana, y cómo se dió licencia á los navíos del puerto de Lima para ir á Tierra Firme.....	179
<i>Capítulo XXXV.</i> —Cómo habiendo Juan de la Torre hallado una rica sepultura se quiso ir á España, y trató de llevar á Vela Núñez, y el concierto que sobre ello pasó, y cómo Juan de la Torre descubrió el concierto á Gonzalo Pizarro, de que resultó que Vela Núñez y otros fueron presos y la desastrada muerte del capitán Gaspar Mexía.....	183
<i>Capítulo XXXVI.</i> —Cómo el licenciado Cepeda, por mandado de Gonzalo Pizarro, condenó á muerte á Vela Núñez y le fué cortada la cabeza, y al que con él fué preso le hicieron cuartos.	189
<i>Capítulo XXXVII.</i> —Cómo se partió de Lima Gómez de Solís con instrucción y poderes de Gonzalo Pizarro y del Reino, y las cosas que en ello se contenía, y cómo también se partieron los demás Procuradores, el Obispo de Lima y el de Bogotá y fray Tomás de San Martín.....	191
<i>Capítulo XXXVIII.</i> —Cómo Alonso de Alvarado se quiso embarcar para el Perú y la causa por qué lo dejó, y cómo los Capitanes de Tierra Firme insistían al Presidente para matar á Pedro de Hinojosa y tomar á Tierra Firme, y las discretas y prudentes razones que el Presidente dijo á los Capitanes y á Pedro de Hinojosa.....	195
<i>Capítulo XXXIX.</i> —Cómo Lorenzo de Aldana llegó á Panamá y quemó la instrucción de Gonzalo Pizarro, y Pedro de Hinojosa entregó al Presidente secretamente la armada y la dió de su mano al capitán Palomino, haciendo todos pleito homenaje de guardar secreto.....	201
<i>Capítulo XL.</i> —De la invención que tuvo el Presidente para disimular las consultas que había tenido con los Capitanes y para enviar traslados á Gonzalo Pizarro y pueblos del Perú de las provisiones y poderes que traía, y las cartas que escribió á Gonzalo Pizarro y á los pueblos, y el fin que para ello tuvo.	205
<i>Capítulo XLI.</i> —De las pláticas que pasaron el Presidente y Pedro de Hinojosa sobre y cómo se habían de llevar los despachos y cartas, y si primero se enviarían á Gonzalo Pizarro, y lo que el Presidente escribió al gobernador Benalcázar y á otros....	213

<i>Capítulo XLII.</i> —Cómo habiéndose embarcado los mensajeros con los despachos se hizo auto público del perdón general, y Pedro de Hinojosa y Capitanes le aceptaron y entregaron las banderas al Presidente, y él las volvió á dar de su mano, y el Presidente comenzó á dar orden en las cosas de la guerra . . .	217
<i>Capítulo XLIII.</i> —Cómo el Presidente despachó personas que fuesen á la Nueva España y Nicaragua y otras partes para que le envasen gente y armas y otras cosas necesarias	221
<i>Capítulo XLIV.</i> —Cómo el Obispo de Lima y el de Bogotá y el Provincial de los dominicos y Gómez de Solís, Procuradores de Gonzalo Pizarro, vinieron á Panamá, y de la suerte que llegaron	223
<i>Capítulo XLV.</i> —De lo que sucedió á Pero Hernández Paniagua sobre el mensaje que llevaba, y cómo se derramaron muchas cartas por el Perú, y lo que sobre esto hizo y proveyó Gonzalo Pizarro	227
<i>Capítulo XLVI.</i> —Cómo llegó á Panamá número de gente, bastimentos y municiones, y envió el Presidente por la gente de Nueva España, y determinado en su partida, comenzó á aprestar la gente y navíos para el viaje	231
<i>Capítulo LXVII.</i> —Cómo proveyó el Presidente que Lorenzo de Aldana, Hernán Mexía y Palomino y Juan Illanes fuesen delante con trescientos arcabuceros en cuatro navíos, y la ayuda de costa que se dió á los capitanes y soldados	235
<i>Capítulo LXVIII.</i> —Cómo el licenciado Zárate murió en la ciudad de los Reyes, y á Alonso de Toro le mataron en el Cuzco, y de los que fueron justiciados por se querer alzar en el Cuzco por el Rey	239
<i>Capítulo XLIX.</i> —Cómo queriéndose coronar Gonzalo Pizarro envió á llamar á Francisco de Carvajal; el cual enfermó en el camino, y cómo fingió confesarse y la carta que escribió á Gonzalo Pizarro	241
<i>Capítulo L.</i> —Cómo los navíos en que fué Lorenzo de Aldana, por necesidad que tuvieron, llegaron á Guayaquil y á Túmbez, y Villalobos dió dello aviso á Gonzalo Pizarro, y Diego de Mora abrió las cartas, y partiéndose para Lima, por cierto acaecimiento se volvió á Trujillo y se embarcó con su mujer y gente la vuelta de Panamá en servicio de su Magestad . . .	247
<i>Capítulo LI.</i> —Cómo navegando Diego de Mora con su navío topó los navíos en que venía Lorenzo de Aldana, y todos juntos se vinieron á Trujillo y alzaron bandera por el Rey y escribieron la razón de su venida á diversas partes	251

- Capítulo LII.*—Cómo teniendo nueva Gonzalo Pizarro de lo que Diego de Mora había hecho en Trujillo, proveyó al licenciado León por Teniente de aquella ciudad, encomendando los indios de los vecinos de Trujillo al licenciado León y los que con él iban, y envió á fray Miguel de Lorenés á Panamá á requerir al Presidente..... 255
- Capítulo LIII.*—Cómo yendo por la mar el licenciado León se encontró con los navíos de su Magestad, en que venía Lorenzo de Aldana, y se redujo á ellos, y Diego de Mora se fué con la gente que tenía á Caxamalca, y los navíos se fueron la vuelta de Lima, y cómo se redujeron Gómez de Alvarado y Saavedra y otros Capitanes..... 259
- Capítulo LIV.*—Cómo teniendo nueva Gonzalo Pizarro que el licenciado León se había juntado con los navíos, nombró Capitanes para la guerra, y Francisco de Carvajal entró en la ciudad de los Reyes, y se enviaron á prevenir todos los Capitanes y Tenientes del Reino para que estuviesen apercebidos..... 265
- Capítulo LV.*—Cómo Gonzalo Pizarro mandó hacer reseña para ver la gente que tenía y la manera como con todos justificaba su causa, y del proceso y sentencia que el licenciado Cepeda hizo contra el Presidente y los Capitanes que le entregaron el armada, y se proveyó que Juan de Acosta fuese contra Diego de Mora..... 269
- Capítulo LVI.*—Cómo los navíos llegaron al río de Santa y la burla que les hizo don Martín indio, y Juan de Acosta tomó alguna gente dellos que hacían aguada, y cómo Juan de Acosta se retiró hacia Lima..... 273
- Capítulo LVII.*—Cómo habiendo proveído Gonzalo Pizarro que el licenciado Carvajal fuese contra Diego de Mora, y á otros efectos, por persuasión de Carvajal, no se hizo y proveyó que fuese Juan de Acosta..... 277
- Capítulo LVIII.*—De lo que hizo don Antonio de Rivera en Guamanga y Hernando Alonso en Guánuco, y cómo el capitán Saavedra se fué á Caxamalca y se le huyó Francisco de Espinosa y Antonio de Robles fué al Cuzco..... 279
- Capítulo LIX.*—Cómo Diego Centeno entró de noche en el Cuzco y peleó con la gente del pueblo y hubo victoria, y justificó á Antonio de Robles y redujo la ciudad al servicio del Rey, y salió con gente contra Alonso de Mendoza..... 281
- Capítulo LX.*—Cómo queriendo Lucas Martín traer la gente de Arequipa á Gonzalo Pizarro, le prendieron los del pueblo y le

enviaron al Cuzco á Diego Centeno, y ellos después se partieron en su demanda y le entregaron la gente y banderas...	285
<i>Capítulo LXI.</i> —Cómo sabiendo Gonzalo Pizarro la muerte de Antonio de Robles y toma del Cuzco y prisión de Lucas Martín, envió por Juan de Acosta para que fuese al Cuzco y los Charcas, y, volviéndose Juan de Acosta, se le huyeron Jerónimo de Soria y otros y mató á Lorenzo Mejía, y en Lima Gonzalo Pizarro mandó matar á Antonio Altamirano, y Carvajal quiso dar garrote á Lope Martín, y el juramento que los vecinos hicieron á Gonzalo Pizarro.....	289
<i>Capítulo LXII.</i> —Cómo proveyó Gonzalo Pizarro que Juan de Acosta fuese al Cuzco con trescientos hombres, y lo que el Licenciado hacia para aviar la gente, y lo que Gonzalo Pizarro respondió á fray Domingo persuadiéndole que dejase la tiranía.....	295
<i>Capítulo LXIII.</i> —Cómo estando Gonzalo Pizarro aparejando su partida la dejó por la venida de los navíos á Lima, y sacó la gente al campo, y el capitán Peña vino á hablar á Gonzalo Pizarro, y le trajo los despachos, y lo que en razón dellos pasó en la consulta.....	299
<i>Capítulo LXIV.</i> —Cómo del campo de Gonzalo Pizarro se huyeron muchas personas y fueron tras ellas, y estando Hernán Bravo para le ahorcar, fué suelto por una su parienta, y luego se tornó á huir.....	303
<i>Capítulo LXV.</i> —Cómo se huyeron el capitán Lope Martín y el licenciado Carvajal y otros muchos, y Gonzalo Pizarro alzó su campo y se partió para el Cuzco.....	305
<i>Capítulo LXVI.</i> —Cómo los que quedaron en Lima alzaron bandera por su Magestad é hicieron pregonar el perdón general y la revocación de ordenanzas, y lo que proveyó Lorenzo de Aldana.....	309
<i>Capítulo LVXII.</i> —Cómo se publicó que Gonzalo Pizarro daba la vuelta para Lima y puso en rebato á la ciudad, y, sabiendo ser nueva fingida, Lorenzo de Aldana y los capitanes del armada saltaron en tierra.....	313
<i>Capítulo LXVIII.</i> —Cómo Gonzalo Pizarro escribió á Juan de Acosta que se juntase con él, y Martín de Olmos se huyó con muchas personas, y Acosta llegó al Cuzco, y habiendo salido de la ciudad, se huyó Martín de Almendras y en el Cuzco alzó bandera y se vino á Lima, y Juan de Acosta llegó á Arequipa y se juntó con Gonzalo Pizarro.....	315
<i>Capítulo LXIX.</i> —Cómo estando el Presidente Gasca en Panamá	

recibió una información hecha contra Diego García de Paredes, y lo que en ella se contenía y lo que sobre ella hizo y proveyó el Presidente	319
<i>Capítulo LXX.</i> —Cómo estando el Presidente aprestando su partida, le pidieron socorro contra los franceses que habían llegado á Santa Marta, y lo que en ella sucedió, y cómo el Presidente se hizo á la vela con el armada	323
<i>Capítulo LXXI.</i> —De la gran tormenta que la armada corrió después que partió de Taboga, y cómo, queriendo todos arribar á Tierra Firme, lo estorbó el Presidente y las causas que para ello daba	327
<i>Capítulo LXXII.</i> —Cómo habiendo visto señales de cesar la tormenta, el Presidente persuadía fuesen con ella á la Gorgona, y lo que sobre esta razón decía, y cómo llegaron á la Gorgona y de allí á la isla del Gallo, donde halló á Paniagua y le dió la carta que Gonzalo Pizarro le escribía en respuesta á la suya	331
<i>Capítulo LXXIII.</i> —Cómo el Presidente y capitanes llegaron á la bahía de San Mateo, y queriendo echar parte de la gente en tierra llegó Gómez Arias con un navío de provisión que el Audiencia de los confines enviaba	339
<i>Capítulo LXXIV.</i> —Cómo el Presidente llegó á Manta y allí tuvo nueva de la reducción de los pueblos y gente por el Rey, y teniendo aviso que Pedro de Puelles enviaba gente contra los de Guayaquil, envió á Pedro de Meneses á hacer gente, y lo que más el Presidente hizo y proveyó	343
<i>Capítulo LXXV.</i> —Cómo el capitán Pedro de Salazar y otros mataron en Quito á Pedro de Puelles y se redujo la ciudad al servicio del Rey, y sabiéndolo el Presidente envió provisión de Capitán y Justicia mayor al capitán Salazar	347
<i>Capítulo LXXVI.</i> —Cómo el Presidente llegó al puerto de Túmbez y las cosas que allí proveyó	351
<i>Capítulo LXXVII.</i> —Cómo el Presidente se partió de Túmbez, y de las cosas que en el camino hizo y proveyó, y cómo llegó á Jauja con su compañía, y los que allí halló, y los que más fueron llegando	355
<i>Capítulo LXXVIII.</i> —Cómo Diego Centeno tuvo nueva de la venida del presidente Gasca, y Alonso de Mendoza y Juan de Silvera se juntaron con él con ciertas capitulaciones, y Francisco de Carvajal ahorcó al padre Pantaleón y otras personas	359
<i>Capítulo LXXIX.</i> —De lo que hizo Gonzalo Pizarro después que supo que Alonso de Mendoza se había confederado con Diego Centeno, y del rompimiento de la batalla de Guarina	363

<i>Capítulo LXXX.</i> —De lo que se hizo después de la batalla, y de la manera que pelean los de caballo en el Perú, y las cosas que Gonzalo Pizarro proveyó, y se fué á la ciudad del Cuzco.....	369
<i>Capítulo LXXXI.</i> —De lo que más hizo Gonzalo Pizarro en el Cuzco, y cómo Diego Carvajal trajo las mujeres de Arequipa al Cuzco, y lo que él y Viezma hicieron con dos mujeres casadas, y cómo Francisco de Carvajal mató á doña María de Calderón, mujer del capitán Jerónimo de Villegas.....	373
<i>Capítulo LXXXII.</i> —De las cosas que el Presidente hizo y proveyó después que llegó al valle de Jauja, y de la mucha diligencia y cuidado que en todo ponía, y la querella de Diego de Urbina contra Rodrigo de Salazar sobre la muerte de Pedro de Puelles.....	375
<i>Capítulo LXXXIII.</i> —Cómo Lope Martín prendió á Pedro de Bustinza y á los que con él estaban en Andaguaylas, y el Presidente nombró Capitanes y oficiales de guerra y partió con el campo de Jauja para Guamanga.....	379
<i>Capítulo LXXXIV.</i> —En que se pone el traslado de una carta que el Presidente escribió para Juan de Espinosa en razón de otra carta que Gonzalo Pizarro, muy en cólera, había enviado á Juan de Espinosa.....	383
<i>Capítulo LXXXV.</i> —Cómo el Presidente llegó con el campo á Andaguaylas, donde vino Diego Centeno y Benalcázar y el Oidor de Guatemala, y cómo también llegó Valdivia de Chile. Pónese la razón de su venida.....	385
<i>Capítulo LXXXVI.</i> —Cómo el campo partió de Andaguaylas para el valle de Anancay, donde se trató de hacer la puente de Apurima, y lo que sobre esto se hizo.....	389
<i>Capítulo LXXXVII.</i> —Cómo teniendo echadas tres criznejas el capitán Lope Martín á la puente, los de Pizarro quemaron las dos, y el campo fué allá, y á nado, y en una balsa, pasó gente de la otra parte, y se echaron las criznejas, y la puente se comenzó á hacer.....	393
<i>Capítulo LXXXVIII.</i> —Cómo sabiendo Gonzalo Pizarro que la puente se hacía, envió á Juan de Acosta con gente y lo que hizo, y la puente se acabó de hacer, y por ella pasó todo el campo, y Gonzalo Pizarro envió á requerir al Presidente y lo que Carvajal aconsejó á Pizarro, el cual salió del Cuzco y asentó su real en Xaquixaguana.....	397
<i>Capítulo LXXXIX.</i> —Cómo el campo real se puso á vista del de Gonzalo Pizarro y bajó á lo llano jugando su artillería y ha-	

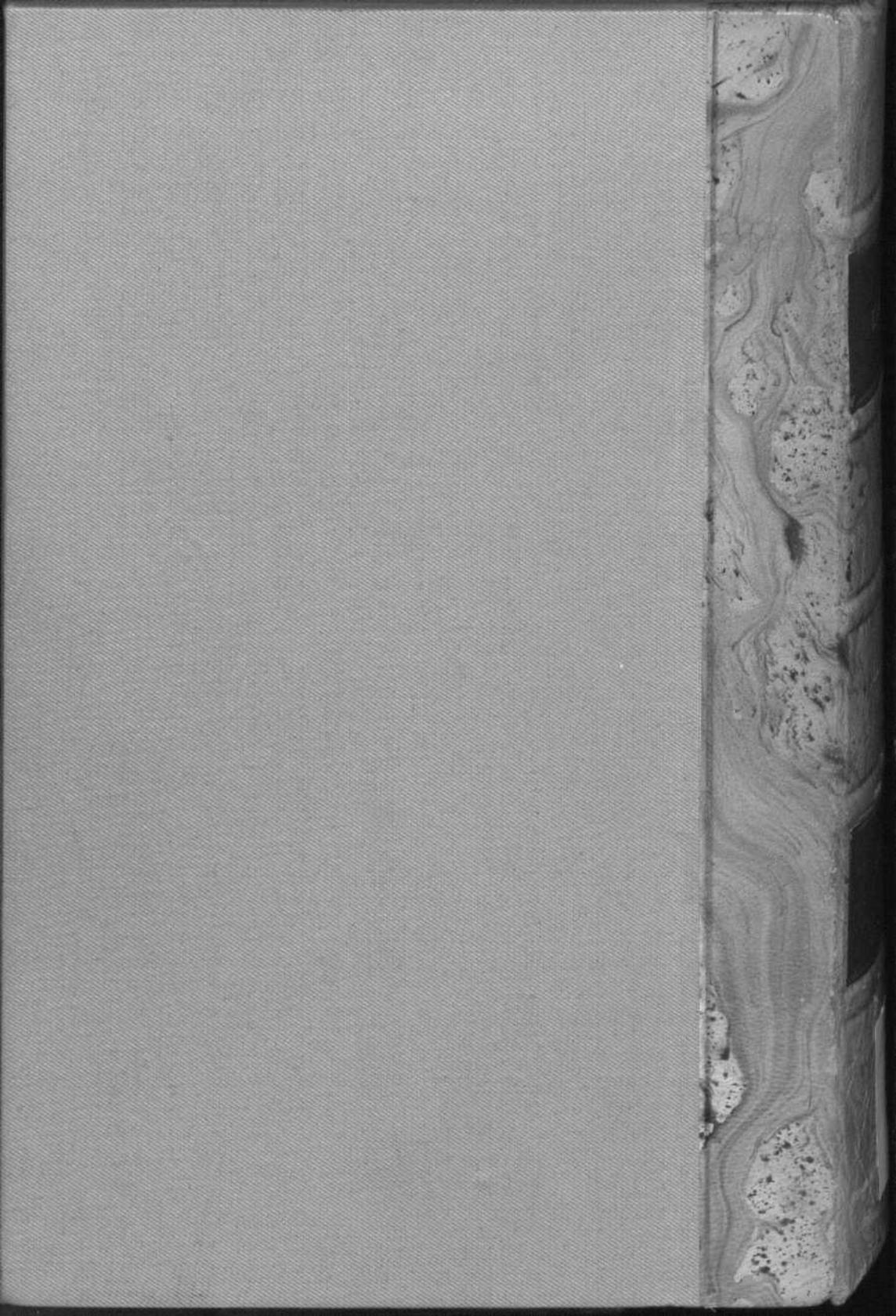
ciendo daño á sus enemigos, y de la manera que el Presidente ordenó los escuadrones para dar la batalla.....	401
<i>Capítulo XC.</i> —Cómo se rompió la batalla de Xaquixaguana y el Presidente hubo la victoria, y Gonzalo Pizarro y su Maestre de campo fueron presos, y de algunas cosas que dijo Francisco de Carvajal.....	405
<i>Capítulo XCI.</i> —Cómo se hizo justicia de Gonzalo Pizarro y de Francisco de Carvajal y de Juan de Acosta, y las cosas que dijo Carvajal, y el Presidente con el campo se fué al Cuzco, donde se hizo justicia de los culpados en la rebelión.....	409
<i>Capítulo XCII.</i> —Cómo el Presidente dió la conquista de Chile á Pedro de Valdivia, y habiendo hecho el repartimiento en Gualnarina, le envió á publicar al Cuzco con don Jerónimo de Loaysa, y la carta que el Presidente escribió á todos los pretensesores.....	413
<i>Capítulo XCIII.</i> —Cómo el Presidente mandó poblar el Pueblo Nuevo de la Paz al capitán Alonso de Mendoza y se fué á la ciudad de los Reyes, y del recibimiento que se le hizo y la ceremonia con que entró el sello Real con el Presidente.....	417
<i>Capítulo XCIV.</i> —Cómo el Presidente envió á prender á Pedro de Valdivia, y de los capítulos que los de Chile le pusieron y la forma que el Presidente tuvo para salvarle.....	421
<i>Capítulo XCV.</i> —Final de las cosas que el licenciado Gasca hizo después que entró en la ciudad de los Reyes, y de las buenas partes que tuvo y por qué fué notado del repartimiento que hizo.....	425
Índice de personas.....	429
Índice general.....	435

*Esta obra se acabó de imprimir en la
imprensa de la Viuda de Prudencio
Pérez de Velasco, Libertad, 31,
á veintisiete días del mes
de Marzo del año de
MCMXV*









DIEGO FERNANDEZ

HISTORIA
DEL
PERÚ

JT 4528